

ALMANAQUE

VER

AES-
TAS

HIEMS

AUTUMNUS

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

BIBLIOTECA
MADRID

BIBLIOTECA
MADRID

J. LUMBERAS
1902

AÑO XLVII

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En PORTUGAL rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos

quedando los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.

En PORTUGAL como en provincias, á razón de 180 reis por peseta.
MADRID: Administración, Arzapal, 18.

AÑO XLVI.—NÚM. XXX.
REDACCIÓN Y TALLERES:
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20.
Madrid, 15 de Agosto de 1902.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Extranjero.....	50 francos.	26 francos.	14 francos.
Estados de América, Asia y Oceanía (pagaderos en oro).	60 id.	35 id.	19

PARÍS: 4, rue de la Michodière.



ALMANAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

1903



ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1903

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Andreotti, Bayda (D. Eduardo), Benot (D. Eduardo), Bermejo (D. J.), Bohpe,
Blasco-Beimonte (D. M. R.), Blas (D. V.), Cavestany (D. Juan Antonio), Chocarpe Moreau, Ciarap (D. Alfonso),
Córdoba (D. Rafael de), Coullaut Valera (D. Lorenzo), Cuepca (D. Carlos Luis de), Damapt, Defonte,
Echeagaray (D. José), Elola (D. José de), Eydenhaufr, Fernández Bremón (D. José), Fould,
Francos Rodríguez (D. José), Gallegos (D. José), García (D. Manuel J.), Girardel, Guardiola, Hamza, (D. J.),
Kapderer (D. José J.), Larrubiera (D. Alejandro), Laserna (D. José), Liopel Roger, Madrazo (D. R.),
Martín, Navarro Ledesma (D. Francisco), Palacio (D. Manuel del), Palao (D. Luis),
Paredes (D. Vicente), Patein, Pedrero (D. Mariano), Pérez y González (D. Felipe), Kaufman (D. A.),
Ramos Carrión (D. Miguel), Reina (D. Manuel), Ricci, Ríos de Lampérez (D. Blasco de los),
Roberts, Rueda (D. Salvador), Sánchez Gerona (D. J.), Sandoval (D. Manuel de),
Sbarbi (D. José M.), Sellés (D. Eugenio), Sús, Vasari.

AÑO XXX



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1902

REPUBLICA ARGENTINA

SECRETARÍA DE CULTURA

1903

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ES PROPIEDAD.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.



ÍNDICE GENERAL.

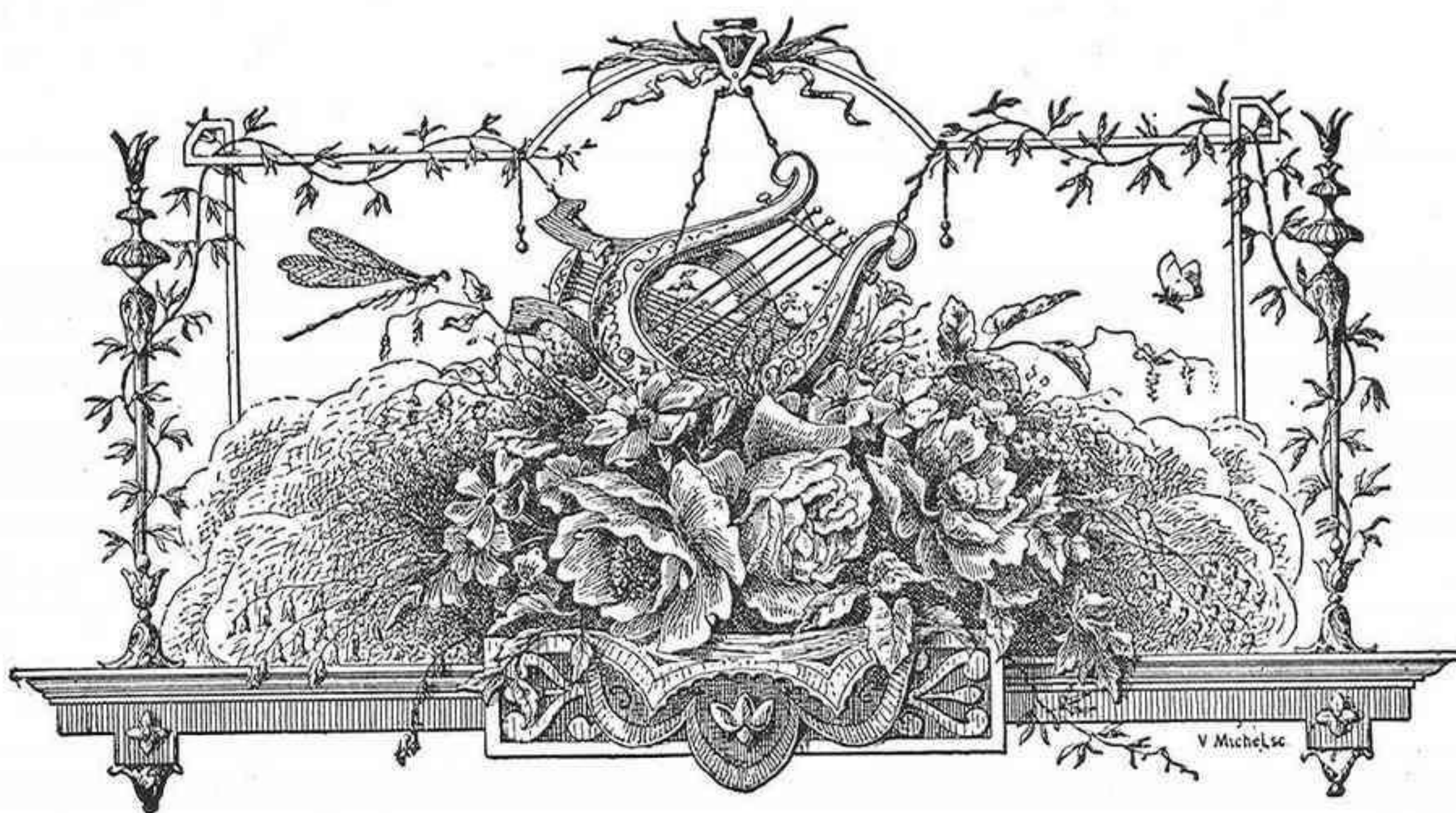
TEXTO.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.	7	El loco de los relojes, por D. José Echegaray.	72
Anuncios astronómicos, por D. M. V.	7 y 8	El placer y el dolor, poesía, por D. Juan Antonio Castany.	78
Ilustración del santoral, por D. Juan Pérez de Guzmán. 9 á 12		El hijo del sordo-mudo, por D. José Fernández Bremón.	80
Cabos sueltos, por D. José María Sbarbi.	31	Tarjetas de moda, poesía, por D. José de Laserna.	83
La catedral de Burgos, poesía, por D. Manuel de Sandoval.	36	Por teléfono, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca.	83
El cielo en 1903, por D. José J. Landerer.	39	El puchero roto, por D. Miguel Ramos Carrión.	84
Crepúsculo, poesía, por D. R. de Córdoba.	42	Pintura y realidad, poesía, por D. J. Francos Rodríguez.	87
Maravillosa historia de unos anteojos, por D. Alejandro Larrubiera.	43	El entierro de Ofelia, El llanto del Gran Capitán, El hijo de la Cantinera y La serenata de D. Juan, poesías, por D. Manuel Reina.	88, 89 y 90
Los Príncipes, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte.	50	El tesoro de Sorbas, por D. ^a Blanca de los Ríos de Lampérez.	91
La invasión, por D. Francisco Acebal.	54	Postrimerias, poesía, por D. Manuel del Palacio.	98
Juan Fernández y Fernández, poesía, por D. Eduardo Benot.	60	Canto de amor, poesía, por D. Salvador Rueda.	99
¡Calabazas han de ser!, por D. Manuel J. García.	62	La peseta, por D. José de Elola.	102
Una lavativa de Real orden y un cuadro «realista» de Velázquez, por D. Felipe Pérez y González.	67	Celos de humo, por D. Eugenio Sellés.	105
Luz de lo alto, poesía, por D. F. Navarro y Ledesma.	71		

GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del santoral, dibujos de Palao.	13 á 28	Ilustración de «La catedral de Burgos», dibujo de Banda.	36
Su retrato, cuadro de Martín.	29	¡Aquí estoy yo!, cuadro por Eydenhauf.	38
La primera doncella, cuadro de R. Madrazo.	30	Ilustración de «Crepúsculo», dibujo de A. Kaufman.	42
Bodas de oro, cuadro de Ricci.	34	La gallina ciega, cuadro de Fould.	45
El nuevo oficial de la guarnición, cuadro de Girardel.	35		

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Un apretón de manos, cuadro de Chocarne Moreau.	45	En el garlito, cuadro de Roberts.....	75
Las musas, cuadro de Lionel Roger.....	48	Cuadro de Botticelli.....	77
Confidencias.....	49	Ilustraciones de «El hijo del sordo-mudo», dibujos	
La prometida del Rey, cuadro de Paredes.....	52	de Pedrero.....	80 y 82
Un molino, cuadro de Damant.....	53	Ilustración de «Pintura y realidad», dibujo de Guar-	
Pescadoras, cuadro de Blas.....	56	diola.....	87
¿Te quieres estar quieta?, cuadro de Pattein.....	57	Ilustración de «El entierro de Ofelia», dibujo de	
Juego de bolos, cuadro de Vasari.....	59	Bermejo.....	88
Ilustración de «Juan Fernández y Fernández», di-		Ilustración de «El llanto del Gran Capitán», dibujo	
bujo de Guardiola.....	60	de Bermejo.....	89
El baño, cuadro de Defonte.....	61	Concierto, cuadro de Andreotti.....	93
Ilustraciones de «¡Calabazas han de ser!», dibujos de		Marina, por Bohne.....	101
Sánchez Gerona.....	62 y	Un festín, cuadro de Süs.....	104
Dúo amoroso, cuadro de J. Hamza.....	64	Ilustraciones de «Celos de humo», dibujos de Pe-	
En el jardín de los Cardenales, cuadro de José Ga-	66	drero.....	106, 107 y 108
llegos.....	70		
Ilustración de «Luz de lo alto», relieve de Coullaut		VIÑETAS VARIAS: 9, 31, 36, 37, 39, 43, 50, 54, 65, 67,	
Valera.....	71	69, 72, 77, 78, 84, 86, 91, 98, 99, 102 y 105.	





PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	4	Indicción romana.	16
Epacta.	II	Letra dominical.	d
Ciclo solar.	8	Letra del martirologio romano.	B

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que, cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del *Apóstol Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (8, 9, 10 y 11 de Abril).

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	18 de Enero.
La Sacra Familia.	25 de Enero.
Septuagésima.	8 de Febrero.
Sexagésima.	15 de Febrero.
Quincuagésima.	22 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	25 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	12 de Abril.
Patrocinio de San José.	3 de Mayo.
Letanías.	18, 19 y 20 de Mayo.
Ascensión del Señor.	21 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	31 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	7 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	11 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	21 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	5 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	8 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	25.
Adviento.	29 de Novbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma* ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.*

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 20 de Abril, y se cierran respectivamente el 24 de Febrero y el 28 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I.—El 4, 6 y 7 de Marzo.	III.—El 16, 18 y 19 de Sepbre.
II.—El 3, 5 y 6 de Junio.	IV.—El 16, 18 y 19 de Dicbre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 8 de Febrero; el 3, 14, 15 y 22 de Marzo; el 3, 4 y 15 de Abril, y el 4 y 6 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva correspondientes al año 1903.

POSICIÓN GEOGRAFICA DE MADRID.

LATITUD.	40° 24' 30" N.
LONGITUD.	0 ^h 10 ^m 4,2 ^s al E. del Observatorio de San Fernando.
	0 14 45,1 al O. de Greenwich.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

21 de Enero, en <i>Acuario</i> .	24 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Cancula</i> .
19 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	24 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	24 de Sepbre, en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
21 de Abril, en <i>Tauro</i> .	24 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
22 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	23 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	23 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 19 horas y 15 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 15 horas y 5 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 24 de Septiembre á las 5 horas y 44 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 23 de Dicbre. á las 0 horas y 21 minutos.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

MARZO 28. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 10 h. 44,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se

halla en la longitud de 109° 24' al E. de San Fernando, y latitud 15° 12' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 12 h. 10,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 86° 21' al E. de San Fernando, y latitud 39° 51' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 13 h. 40,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 156° 13' al E. de San Fernando, y latitud 65° 6' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 14 h. 10,7 minutos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 110° 48' al O. de San Fernando y latitud 74° 50' N.

El eclipse termina en la Tierra á 15 h. 36,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 139° 22' al O. de San Fernando, y latitud 50° 31' N.

Este eclipse es visible en una pequeña parte de Europa y de la América Septentrional, en gran parte del Asia, en el Estrecho de Behring, en parte de los Océanos Índico y Pacífico y del Mar Polar Ártico.

ABRIL 11 y 12. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 22 h. y 35 m. del día 11.
 Medio del eclipse á 0 h. y 13 m. del día 12.
 Fin del eclipse á 1 h. y 51 m. del día 12.

El principio de este eclipse es visible en Europa, en gran parte de Asia, en África, en una pequeña parte de la América Septentrional y en casi toda la Meridional, en casi todo el Océano Atlántico, en el Índico, en una pequeña parte del Pacífico, en el Mar Mediterráneo y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse es visible en casi toda Europa, en parte Asia, en África, en parte de la América Septentrional y en toda la Meridional, en el Océano Atlántico, en parte del Índico y Pacífico, en el Mar Mediterráneo y en parte de los Mares Polares.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,968; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 45° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 75° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

SEPTIEMBRE 20. *Eclipse total de Sol, invisible en Madrid.*

El eclipse principia en la Tierra á 14 h. 3,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 57° 58' al E. de San Fernando, y latitud 17° 57' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 15 h. 28,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 37° 23' al E. de San Fernando y latitud 46° 20' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 16 h. 45,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 106° 59' al E. de San Fernando y latitud 69° 43' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 17 h. 1,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo

ve se halla en la longitud de 175° 6' al O. de San Fernando, y latitud 81° 48' S.

El eclipse termina en la Tierra á 18 h. 27,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 170° 1' al E. de San Fernando, y latitud 53° 42' S.

Este eclipse es visible en parte de África, en una pequeña parte de la Australia, y en parte de los Océanos Índico y Pacífico y del Mar Polar Antártico.

OCTUBRE 6. *Eclipse parcial de Luna, invisible en Madrid.*

Principio del eclipse á las 13 h. y 41 m.

Medio del eclipse á las 15 h. y 18 m.

Fin del eclipse á las 16 h. y 54 m.

El principio de este eclipse es visible en una pequeña parte de Europa, en gran parte de Asia, en parte de América Septentrional, en la Australia, en el estrecho de Behring, en gran parte de los Océanos Índico y Pacífico, y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse es visible en gran parte de Europa, en Asia, en parte de África, en una pequeña parte de la América Septentrional, en la Australia, en el estrecho de Behring, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico, y en parte del Mar Mediterráneo y de los Mares Polares.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,864; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 41° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 75° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

Horas de tiempo solar medio de Greenwich á que se verifican las fases de la Luna en Madrid el año 1903.

ENERO.	}	Día 6.—21h 57m, en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .	}	JULIO.	}	Día 1.—21h 2m, en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .
		13.—14h 17m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Llena</i> .				9.—17h 43m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .
		20.—11h 49m, en <i>Libra</i> .— <i>Menguante</i> .				17.—19h 24m, en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> .
		28.—16h 39m, en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> .				24.—12h 46m, en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
FEBRERO.	}	Día 5.—10h 13m, en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .	}	AGOSTO.	}	31.—7h 15m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> .
		12.—0h 58m, en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> .				Día 8.—8h 54m, en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .
		19.—6h 23m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> .				16.—5h 23m, en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .
		27.—10h 20m, en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> .				22.—19h 51m, en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
MARZO.	}	Día 6.—19h 14m, en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .	}	SEPTIEMBRE	}	29.—20h 34m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> .
		13.—12h 13m, en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .				Día 7.—0h 20m, en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .
		21.—2h 8m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> .				14.—13h 14m, en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> .
		29.—1h 26m, en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> .				21.—4h 31m, en <i>Virgo</i> .— <i>Nueva</i> .
ABRIL.	}	Día 5.—1h 51m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .	}	OCTUBRE.	}	28.—13h 8m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .
		12.—0h 18m, en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> .				Día 6.—15h 24m, en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .
		19.—21h 30m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> .				13.—19h 57m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .
		27.—13h 31m, en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> .				20.—15h 30m, en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .
MAYO.	}	Día 4.—7h 26m, en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .	}	NOVIEMBRE	}	28.—8h 33m, en <i>Acuario</i> .— <i>Creciente</i> .
		11.—13h 18m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> .				Día 5.—5h 27m, en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .
		19.—15h 18m, en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .				12.—2h 46m, en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> .
		26.—22h 50m, en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> .				19.—5h 10m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Nueva</i> .
JUNIO.	}	Día 2.—13h 24m, en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .	}	DICIEMBRE.	}	27.—5h 37m, en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .
		10.—3h 8m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .				Día 4.—18h 13m, en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .
		18.—6h 44m, en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> .				11.—10h 53m, en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> .
		25.—6h 11m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> .				18.—21h 26m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> .
						27.—2h 23m, en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .



ILUSTRACIÓN DEL SANTORAL.

EL SIGLO XIX.



Así como el siglo XVIII puede llamarse en la Historia el siglo de la degeneración nacional, el siglo XIX será juzgado á la larga como el siglo que constituye los laboriosos prolegómenos de una gran restauración. En el siglo XVIII cedimos todos los rasgos propios de nuestro carácter original al influjo de la nación vecina, que, después de habernos sostenido en una lucha de emulación continua, desde que Fernando V de Aragón incorporó su preciosa corona oriental de la península con la preciosa corona occidental, que se extendía desde las riberas que ponen freno al tempestuoso mar Cantábrico hasta las graciosas riberas por cuyos estrechos senos se dan el beso de amor los dos mares que bordan nuestro casi aislado territorio; desde que Carlos V engarzó las conquistas del Gran Capitán en Nápoles, de Pedro Navarro en Trípoli y del cardenal Ximénez de Cisneros en Orán, juntos con sus propios patrimonios de las fronteras septentrionales de Francia y sus conquistas en Italia y Alemania, á la grandeza de la nueva monarquía recién nacionalizada, y desde que Felipe II redujo á colonias opulentas los descubrimientos geográficos de Colón, las conquistas casi mitológicas de Hernán Cortés y Francisco Pizarro y el vasto Océano por donde con ellas se comunicaba, no sólo logró vencernos en los palenques de la guerra, devorarnos en los de la política y desmembrarnos por los acomodos de su diplomacia, hasta arrojarnos del corazón de Europa y de la supremacía del Mediterráneo, sino que, uniéndonos al yugo y sumisión de familia á que nos condenó la aceptación de un príncipe de su propia sangre, nacido en el ambiente de la inferioridad del derecho y de la subordinación, nos hizo participar de esta misma subordinación y de esta misma inferioridad. El siglo XVIII, desde sus auroras hasta su término, prolongado aún á los primeros años del siglo XIX, fué un siglo de completa desnaturalización para España; fué un siglo en que toda la vida nacional de España se tradujo al

francés. Cuando el instinto nacional comenzó á despertar, y selectas inteligencias consiguieron al fin poner los primeros fundamentos del renacimiento que ya en el corazón de todo el pueblo se acariciaba, vinieron las revoluciones de Francia, si por una parte á interrumpir el movimiento de avance que hacia nuestra restauración nos impulsaba, á romper, por otra, el vínculo dinástico que nos había empequeñecido en aquella larga é insensata dependencia de familia.

Al alborear el siglo XIX, la suprema dirección política del Estado, el movimiento de la jurisprudencia, el impulso de la instrucción popular, la orientación de las artes, las manifestaciones íntimas de las nacientes democracias, todo tendía á recobrar aquella perdida fisonomía, con la cual por algún tiempo Godoy fué más querido que Aranda, la reina María Luisa imponía al alto mundo social la mantilla de la maja al par que su banda de damas nobles, Goya se constituía en el pintor de las costumbres del pueblo con el pincel, como D. Ramón de la Cruz con la pluma; se intentaban empresas de pública utilidad en que se interesaban las clases privilegiadas; se introducía el saber, llamando á nuestras cátedras los sabios de toda Europa; se introducía la industria, trayendo de todas partes los prácticos que instruyeran á nuestros trabajadores mecánicos en los adelantos de las artes; se protegía el comercio; se formaban las primeras Compañías comerciales, y la primera balanza de nuestro movimiento mercantil para aquilatar las verdaderas fuerzas de nuestra opulencia; se abrían por todas partes las escuelas náuticas, que favorecían el fomento de nuestra navegación de alto bordo y largo corso; se prodigaban del mismo modo los institutos docentes en todos los ramos y en todas las disciplinas de la ciencia, y por todos los fenómenos políticos y sociales que en nuestra nación se observaban se dejaba ver claramente que el siglo que nacía venía resuelto á devolver-

nos la fisonomía y á reanimar el espíritu que la nación vergonzosamente había depuesto en todo un siglo de imitación y servidumbre. De 1800 á 1808, bajo el reinado de Carlos IV y María Luisa, bajo el gobierno del Príncipe de la Paz, revelados en la pequeña campaña de Portugal los grandes caracteres militares que nos dispusieron para la próxima y sangrienta guerra de emancipación que produjo la reacción de Francia bajo el primer Bonaparte para que no rompíeramos el lazo humillante de sumisión que á ella nos ligaba, levantado hasta las nubes el prestigio de nuestros heroicos generales del mar, que en Trafalgar gloriosamente supieron sucumbir con las ruinas de nuestro poder naval, que allí se hundía, y con la amenaza de la ruina de nuestro poder colonial, que en aquella catástrofe se dibujó ya siniestramente, el mundo de la dependencia acaba, el iris de la emancipación se anuncia, y, aunque en presencia de dolores y sacrificios infinitos, grandiosa era la bruma que nos envolvía si de su seno había de saltar el relámpago y la luz.

No pudo darse de 1808 á 1814 prueba más difícil. Una conmoción popular impuso en Aranjuez á Carlos IV la renuncia de su cetro á los pies del Príncipe, su hijo, entre la sentencia de sangre y de ludibrio dictada por la opinión fanatizada, así contra una reina acusada de bochornosas liviandades, como contra aquel ministro sobre quien no sólo se hacían cargar todas las desdichas de España á que nos empujaba la astucia del corso imperial que tenía trastornado todo el continente, sino en quien quería vengarse además el doble ultraje del heredero de la corona, envuelto en El Escorial en una causa por delito de Estado y el de habersele querido usurpar la herencia hasta de su monarquía. Pero, aun salvando las deplorables fascinaciones que consiguieron desunir y envenenar el espíritu de la nación para que á sí misma ó se devorase ó se sumiera en la impotencia, los sucesos que vinieron después fueron fuentes de nuevos rayos de luz que alumbraron por los tortuosos senderos del laberinto de los hechos el nuevo camino regenerador que se nos abría. Apoderado un ejército invasor de Madrid y de la mayor parte de las provincias del Norte, del Este y del Centro; engañados y cautivos nuestros monarcas y todos los miembros de derecho principal en nuestra dinastía reinante; promulgada en Bayona una Constitución política impuesta, y proclamado por igual imposición en rey intruso, la guerra se pronunció entre arrebatos de inopinados heroísmos. ¿Qué símbolos representan entonces los gérmenes gloriosos de nuestra resurrección? El 2 de Mayo de 1808, el pueblo de Madrid y los impávidos adalides de Monteleón, dirigidos por Daoiz y Velarde; el 12 de Junio, Cuesta, aunque derrotado en la sangrienta hecatombe del puente de Cabezón; el 14 de Julio, Cuesta, aunque derrotado en la sangrienta hecatombe de Rioseco; el 16 y 19 de Julio, los héroes que en la batalla de Mengíbar hicieron su-

cumbir al general Govert, y que en la batalla de Bailén hicieron rendirse las águilas imperiales de Dupont; el 13 de Agosto, el Marqués de la Romana con su gallarda retirada de los campamentos de Fionia y Langueland; el 5 de Septiembre, el Conde de Floridablanca, instalando en Aranjuez la Junta que resumió los poderes supremos para que no se relajara la unidad de la patria y la unidad del Estado; en Febrero de 1809, los defensores de Zaragoza; en Julio del mismo año, los gloriosos vencedores de Jourdan, Víctor y Sebastiani en los campos de Talavera; en Diciembre siguiente, Álvarez, el defensor de Gerona; en Julio de 1810, Herrasti, el defensor de Ciudad Rodrigo; en Marzo de 1811, Menacho, el defensor de Badajoz; después, los héroes de Albuera, de los Arapiles, de la ermita de San Marcial; después la fuga de José Napoleón y la liberación del cautivo de Valencey. ¡Es demasiada odisea para un párrafo de concisión!

De 1814 á 1820, ¡qué enorme retroceso! ¡Dan ganas de llorar! Los franceses en 1808 nos dividieron para dominarnos y nos sumergieron en la terrible guerra de desolación de los cinco años. Nuestros aliados los ingleses, que vinieron á auxiliarnos con Moore y lord Wellington, en Cádiz nos dividieron en partidos de odios acérrimos é indestructibles, para dilatar un siglo más nuestras desdichas, detener el curso de nuestro renacimiento y empujarnos para zozobrar al menos en el resto de aquellas grandiosas colonias que todavía podían restituírnos el cetro sobre la mar. Los ciegos entusiasmos de Gerona, Valencia, Zaragoza y Madrid á la reintegración de Fernando VII á su solio son deslustrados por los decretos del 4 de Mayo y las prisiones de los regentes y diputados de las Cortes de la orfandad, llevadas á cabo el día 10 por el general Eguía. Á las proscripciones y á los presidios suceden los patíbulos: hoy Porlier, mañana Richart, otro día el coronel Vidal. Cada nuevo sacrificio aviva más las pasiones enconadas, hasta que al cabo Riego, el Comandante del segundo batallón del regimiento de Asturias, destinado al ejército de embarque que había de ir á salvar en América el patrimonio colonial de la nación, que se desmoronaba, se subleva en las Cabezas de San Juan, y al eco de las victorias revolucionarias se inauguran los actos de salvajes represalias. Todavía no había acabado el mes de Enero de 1820, en que Riego se sublevó, cuando el capellán de honor, Vinuesa, cura de Tamañón, era recluído en un calabozo inmundo, donde se le asesinó después, el 4 de Mayo, aniversario de los decretos del Rey, expedidos en 1814 en Valencia. Hay que pasar como por encima de todo por los tres años del segundo período constitucional, hasta que Fernando VII vuelve á apelar para su salvación á las naciones aliadas, y sufrimos la vergüenza de que un nuevo ejército francés cruce segunda vez desde las entradas del Pirineo hasta Cádiz para sacar al Rey del dédalo en que se halla envuelto, y en el que repetidas veces tratóse alevosamente de su muerte.

En la laguna de 1824 á 1833, no recordemos á Bessieres en Guadalajara, al Conde de España en Cataluña, á Valdés y á Mina en las alturas de Vera, ni á Mariana Pineda en el cadalso de Granada, ni á Torrijos y sus compañeros en la hecatombe de Málaga. Volvamos á la esperanza; y la esperanza es María Cristina, viniendo de Nápoles al tálamo del Rey para arrojar sobre el país desquiciado una llamarada de amor y de poesía, envuelta entre un espíritu radiante en la ambición de convertir en bien los prolongados males de España. Esta esperanza aún más se vivifica en el feliz nacimiento de una heredera para el trono. No se perfecciona este derecho sin cruentas contradicciones, que comienzan á ser una perturbación indomable desde los primeros síntomas de enfermedad que se notan sobre el Monarca. Al fin muere. Su muerte equivale á una definición categórica sobre los campos. Todo lo que aspira á la vida de la regeneración circunda la cuna de la reina niña y de la augusta madre gobernadora. Todo lo que se abraza al vilipendio de los derechos innovados en la época de la servidumbre, se ampara á la protesta de las armas. Se enciende la guerra civil.

El 29 de Septiembre de 1833 expiró Fernando VII, y el 8 de Octubre los fanáticos de Bilbao proclaman á D. Carlos. Europa también se divide en el reconocimiento de nuestras nuevas instituciones. El Papa y los imperios y monarquías del Norte se declaran por el pretendiente. Francia é Inglaterra, aun reconociendo los derechos de Isabel II bajo el escudo de las libertades codificadas en Cádiz en 1812, vuelven á convertir la Península en palenque de sus añejas rivalidades de influencia. ¿Qué importa que nos den para la guerra su legión extranjera, después del tratado de la cuádruple alianza? Los dos influjos, en lucha, logran desunir nuevamente los que quedaron al lado de la Reina niña, é hicieron dos partidos: los moderados, sometidos á las inspiraciones de París, y los progresistas, sometidos á las inspiraciones de Londres. El general Córdoba en Mendigorría fija la suerte final de la guerra; pero Córdoba es moderado y sus victorias olímpicas se pagan con los despojos de su mando.

Espartero es el ídolo de los fanatismos populares, después que su espada y su política conquistan la paz en el abrazo de Vergara, el general progresista derrumba y usurpa la regencia de la Reina madre. Como en Londres se fundían los dardos que habían de arrojar de su puesto á Córdoba, en París se tejieron las conspiraciones, contra el Regente usurpador, hasta que se le abatió en Sevilla, en Barcelona, en Torrejón de Ardoz. Todos estos trasiegos, ¡á costa de cuántos sacrificios!

Al fin la Reina D.^a Isabel llega á los umbrales de la mayor edad. Su casamiento es un nuevo circo de pelea entre Inglaterra y Francia, disputándose siempre la supremacía de su influjo en la Península. ¡Francia vence! No logra colocar

uno de sus príncipes en el lecho nupcial de Isabel II, pero sí en el de su hermana. Luis Felipe parece asegurado en su trono francés, y el partido que sus políticos protegen, en medio de las incesantes tentativas revolucionarias, emprende la obra de la reconstrucción. El país está preparado y todo fácilmente florece, pero no todo con carácter original y propio. ¡Todavía nuestras grandes reformas políticas, económicas y sociales se traducen de Francia por Mon, por Brabo Murillo, por Moyano! No obstante, el genio nacional inunda el Parnaso de dioses. El teatro se levanta á una altura que emula el siglo de Lope y de Moreto; Durán compila los *Romances* nacionales; Pidal los *Cancioneros*; Pacheco los *Códigos* del antiguo derecho; Lafuente la *Historia*; Madoz la *Geografía*; Hartzenbusch el *Teatro*; Balmes inunda los abismos de la ciencia; Milá y Amador de los Ríos, abordando la alta crítica, allanan el camino al genio deslumbrador de Menéndez y Pelayo; Argumosa se erige en campeón de Esculapio; Colmeiro enumera las plantas que nacen en la Península ibérica; ¡una labor copiosa, que renueva el gran inventario de la patria! El genio catalán tiende sus primeros rieles á nuestras vías férreas, y las calderas de vapor crean la industria moderna, hasta en la más hermosa capital mediterránea de Andalucía. Mas ni aun en esto es todo el movimiento propio. Á veces lo impulsa el oro extranjero y casi siempre lo modela el aura de la imitación. Con todo, el período es brillante. Volvemos á progresar.

¡Ah, si el duelo entre los enemistados de 1837 y de 1848 estuviera concluído por fecundas reconciliaciones! Pero no fué así, y las revoluciones políticas volvieron á amenazar de muerte á todo y á todos. ¡1854! ¡1868! ¡Qué dos amargas efemérides! Entre las dos, como un oasis, se destaca un breve período de libertad política y de orden social, ocasionado por las victorias de África. ¡También á Marruecos nos empujó la Francia! Pero entonces Inglaterra nos atajó, y Francia nos dejó abandonados á las limitaciones puestas en Londres á nuestra misión civilizadora en el África septentrional. También Francia nos arrastró á Cochinchina á abrirle de par en par las puertas del Asia, donde quedaban contadas las horas de nuestra dominación en el rico archipiélago de las Filipinas, que poseíamos. También Francia nos inoculó la sed de ambiciones reparadoras en América, aconsejándonos la anexión de Santo Domingo, impulsándonos á las aventuras del Pacífico y conduciéndonos á la calaverada de Méjico. ¡Qué tristes lecciones! En el Pacífico se reveló la grandeza heroica de Méndez-Núñez, como en Méjico la grandeza política de Prim; pero de Santo Domingo salimos vencidos, del Pacífico odiados y de Méjico indefensos para proteger la vida del emperador Maximiliano y heridos en el corazón de nuestras ya reducidas posesiones antillanas. Las aventuras de la anexión de Santo Domingo, de la guerra del Pacífico y de la expedición de Méjico han tenido por corolario las dos guerras coloniales

de las Antillas, que eran el mejor florón de la Corona de España, la guerra con los Estados Unidos y la expulsión total de nuestra bandera del mundo que descubrió Colón en naves españolas, y que el genio de España introdujo en la arena de la cristiana civilización!

Con todo, la revolución de 1854 fué la expulsión de una reina; la de 1868 la de otra reina, y se trató que fuese la de la dinastía, y si esta última fecha iluminó algunos nuevos progresos en el camino de nuestro renacimiento nacional, no sólo fueron los de la introducción del espíritu democrático en nuestro edificio legal y en nuestro desenvolvimiento social, sino los que implícitamente se resolvían en la desaparición total de aquel antiguo partido moderado, que no era más que un arrendajo cortesano de la Francia, nuestra rival tradicional, y la de aquel partido progresista que no era sino un arrendajo cortesano de Inglaterra. Quisimos hacer una monarquía propia, fuese con el Duque de la Victoria, fuese con un príncipe católico de Alemania, fuese con un príncipe innovador de Italia. Esta monarquía fracasó bajo todas sus fases, dejando el haber alimentado la esperanza de la candidatura de los Hohenzollern enzarzado el continente en la guerra franco-alemana de 1870, que ha tenido el privilegio de transmutar con sus resultados la fisonomía política de Europa y trastornar el eje político del universo.

La república, solución nacional, derrocó el trono artificial del Príncipe saboyano que brevemente lo ocupó; así como la restauración de la monarquía legítima del derecho, de la historia y de la aclamación general acabó con la república, que sólo se manifestó bajo el aspecto repugnante de una profunda anarquía.

La restauración de Alfonso XII, después de la proclamación de Sagunto, fué el regreso á su verdadero equilibrio de la independencia nacional. La paz social fué establecida sobre el cimiento de la reconciliación común y de la común concordia. Nadie en el palenque del derecho, que restableció el prestigio de su nombre, quedó ya desheredado. El mismo socialismo que despierta no tiene fundamentos esenciales de derecho que

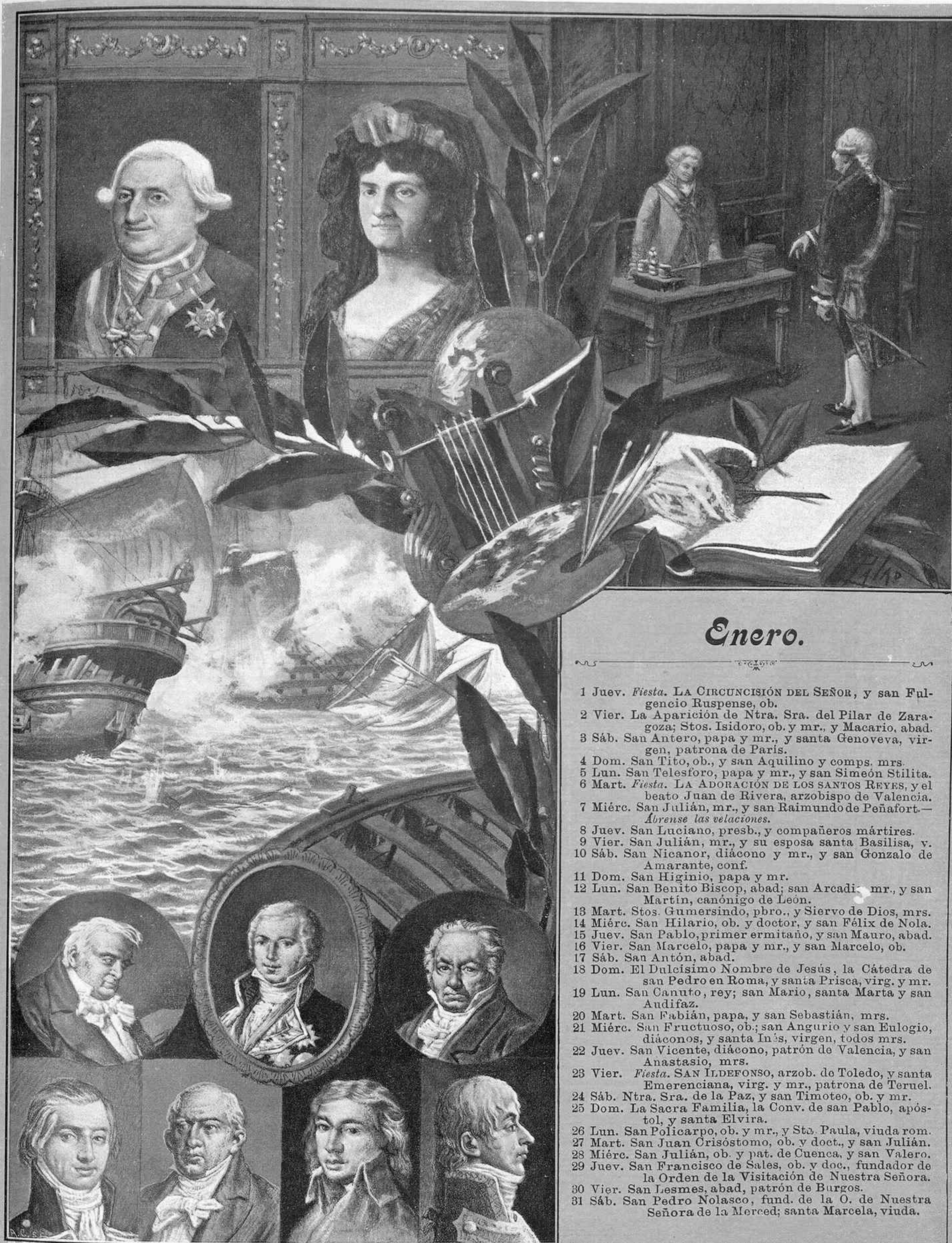
impugnar. Dentro del existente caben todas las aspiraciones reparadoras.

La regencia, que sucedió á la muerte temprana y sentida de aquel monarca idolatrado, habiendo sido amplia, noble, pulcra, honrada, circunspecta, no hizo más que prolongar el estado de libres garantías por el rey D. Alfonso XII establecido, y con el que se ha preparado el glorioso reinado que inicia ya entre simpatías universales el no menos amado rey D. Alfonso XIII.

Hay que descubrirse, entre el tumulto de los grandes sucesos, ante el tumulto de las grandes figuras que se destacan del siglo XIX, tan grandes como las más grandes de los pasados siglos y tan abundantes y consistentes en número y mérito efectivo como ningún siglo antecedente tuvo la gloria de contar. En el trono, ¡qué nombres los de la reina gobernadora María Cristina de Borbón, Isabel II, Alfonso XII y la reina regente D.^a María Cristina de Habsburgo-Lorena! ¿Poetas? Quintana, Arriaza, Lista, Gallego, los dos duques de Rivas, el de Frías, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Arolas, Bécquer, Núñez de Arce y Molíns. ¿Cómicos? Bretón, Harztenbusch, García Gutiérrez, López de Ayala, Echegaray. ¿Mujeres ilustres? Cecilia Böhl, Gertrudis Avelleda, Carolina Coronado, Concepción Arenal. ¿Filósofos? Balmes, Arbolí, Donoso, Sanz del Río. ¿Oradores? Un ejército, entre los que sobresalen Muñoz Torrero, Argüelles, Mendizábal, López, Olózaga, Donoso Cortés, Ríos y Rosas, González Brabo, Rivero, Martos, Monescillo, Aparici y Guijarro, Cánovas del Castillo, Castellar. ¿Estadistas, generales, hombres de ciencia, hombres de acción? Hay que vaciar un diccionario biográfico donde los hombres se cuentan por miles. La Iglesia, las artes, las grandes empresas de utilidad general: todo se sintetiza en grandes personalidades. Salamanca solo es un mundo. A Bravo Murillo se le levantan altares, y altares á Comillas. ¿Que no hemos progresado todo cuanto debíamos? Es verdad; ese avance está reservado al siglo que nace bajo la égida del nuevo rey Alfonso XIII. El siglo XIX ha sido una preparación. El siglo XX será el siglo de nuestras gloriosas realidades. Esta esperanza es en mí toda una profunda convicción.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.





Enero.

- 1 Juev. *Fiesta.* LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, ob.
- 2 Vier. La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza; Stos. Isidoro, ob. y mr., y Macario, abad.
- 3 Sáb. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.
- 4 Dom. San Tito, ob., y san Aquilino y comps. mrs.
- 5 Lun. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Mart. *Fiesta.* LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.
- 7 Miérc. San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*
- 8 Juev. San Luciano, presb., y compañeros mártires.
- 9 Vier. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, v.
- 10 Sáb. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Dom. San Higinio, papa y mr.
- 12 Lun. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr., y san Martín, canónigo de León.
- 13 Mart. Stos. Gumersindo, pbro., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Miérc. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola.
- 15 Juev. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.
- 16 Vier. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Sáb. San Antón, abad.
- 18 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, la Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virg. y mr.
- 19 Lun. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Mart. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Miérc. San Fructuoso, ob.; san Angurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mrs.
- 22 Juev. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.
- 23 Vier. *Fiesta.* SAN ILDEFONSO, arzob. de Toledo, y santa Emerenciana, virg. y mr., patrona de Teruel.
- 24 Sáb. Ntra. Sra. de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Dom. La Sacra Familia, la Conv. de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Lun. San Policarpo, ob. y mr., y Sta. Paula, viuda rom.
- 27 Mart. San Juan Crisóstomo, ob. y doct., y san Julián.
- 28 Miérc. San Julián, ob. y pat. de Cuenca, y san Valero.
- 29 Juev. San Francisco de Sales, ob. y doc., fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.
- 30 Vier. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.
- 31 Sáb. San Pedro Nolasco, fund. de la O. de Nuestra Señora de la Merced; santa Marcela, viuda.

1800 á 1808.—Retratos de Carlos IV y María Luisa.—Proceso del Escorial.—Trafalgar.—Retratos de Quintana, Godoy, Goya, Churruga, Jovellanos, Moratín y Gravina.



Febrero.

- 1 Dom. San Ignacio, y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mrs. y santa Brígida, virgen.
- 2 Lun. *Fiesta.* LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo *La Candelaria*), y san Cornelio Centurión, obispo.
- 3 Mart. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Miér. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, confesor.
- 5 Juev. Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.
- 6 Vier. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Sáb. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.

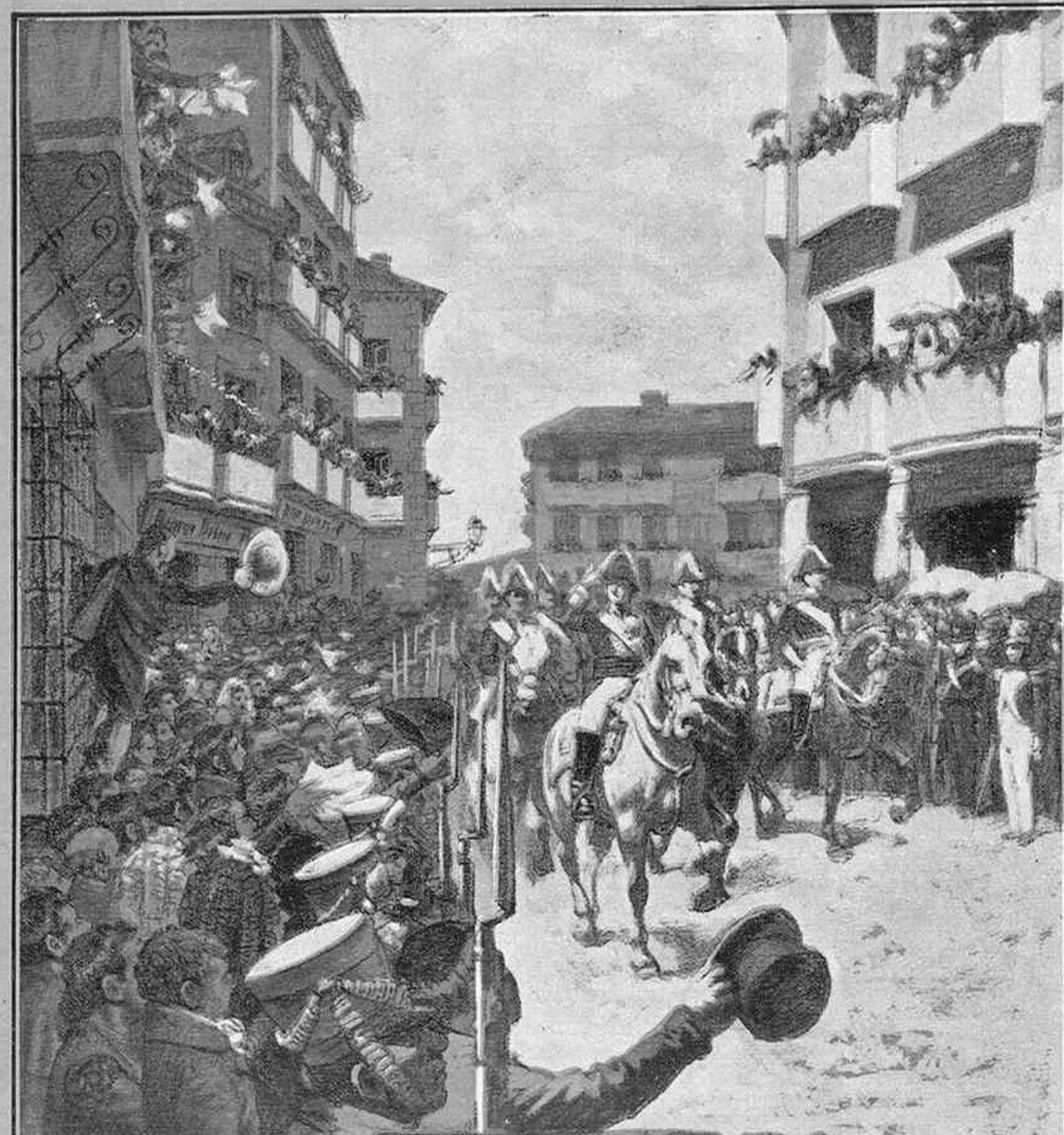
- 8 Dom. de *Sptuagésima.* San Juan de Mata, fund. de los Trinitarios. *Anima.*
- 9 Lun. Santa Apolonia, virgen y mr.
- 10 Mart. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 Miér. San Saturnino, presb., y compañeros, mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Juev. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.
- 13 Vier. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, virgen.
- 14 Sáb. San Valentín, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.
- 15 Dom. de *Sexagésima.* San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Lun. San Julián y 5.000 compañeros, mrs.
- 17 Mart. San Julián de Capadocia, mr.
- 18 Miér. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mr., y san Teotonio, conf.

- 19 Juev. San Gabino, presb. y mr., y san Álvaro de Córdoba.
- 20 Vier. San León y san Eleuterio, obs.
- 21 Sáb. San Félix y san Maximiano, obs.
- 22 Dom. de *Quincuagésima.* La Cátedra de san Pedro en Antioquia y san Pascasio, ob.
- 23 Lun. San Pedro Damiano, ob., card. y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 Mart. San Matías, apóstol, san Modesto, ob., y santa Primitiva, virgen. *Ciérranse las relaciones.*
- 25 Miér. de *Centésima.* San Cesáreo, cont., y el beato Sebastián de Aparicio. *Principia el ayuno de Cuaresma.*
- 26 Juev. San Alejandro, ob.
- 27 Vier. San Baldomero, conf.
- 28 Sáb. San Román, abad, y santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.



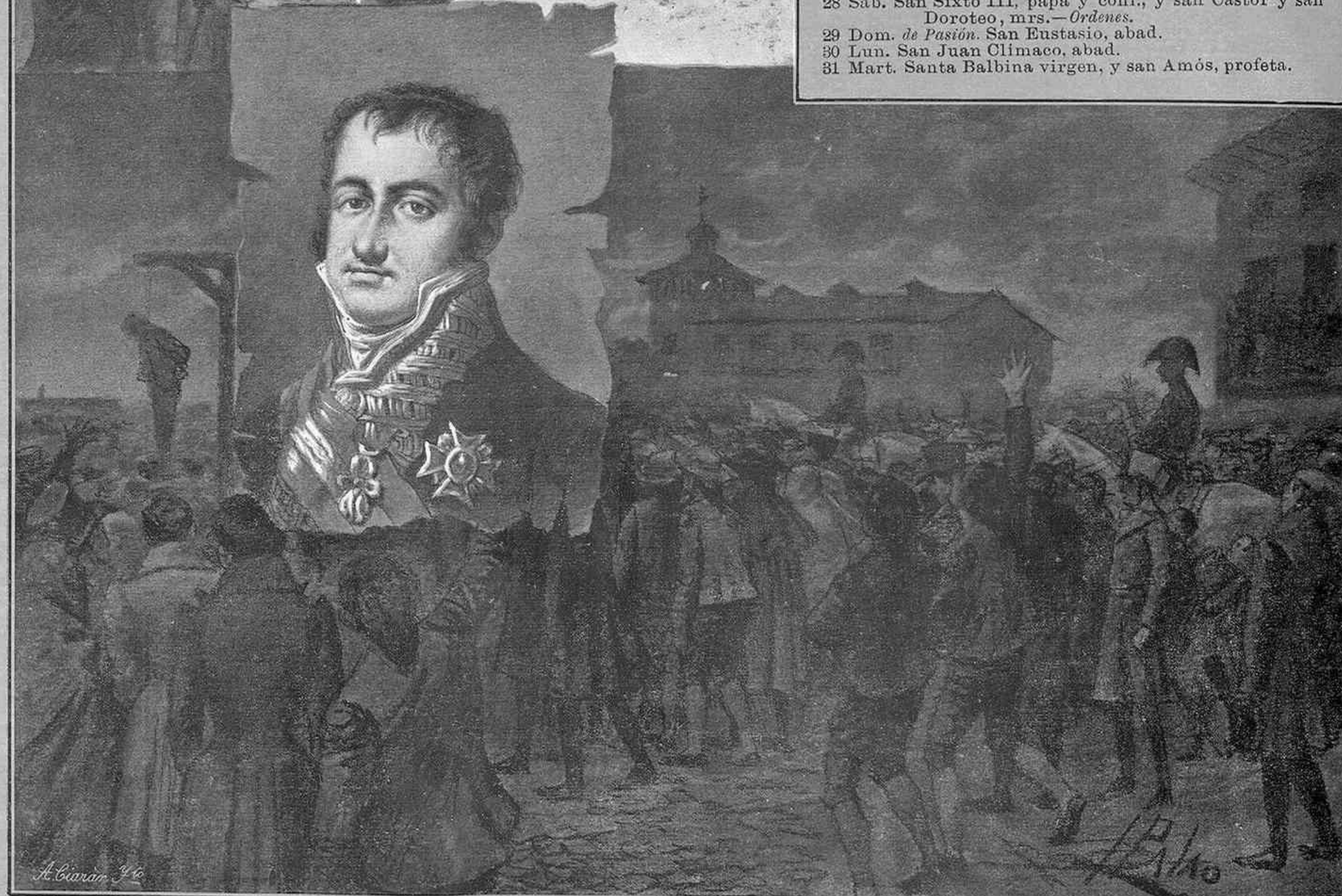
ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

1808 á 1814. — Retrato de José Bonaparte. — Álvarez, Castaños, Palafox, Daóiz, Velarde, Mina y héroes populares de la independencia.



Marzo.

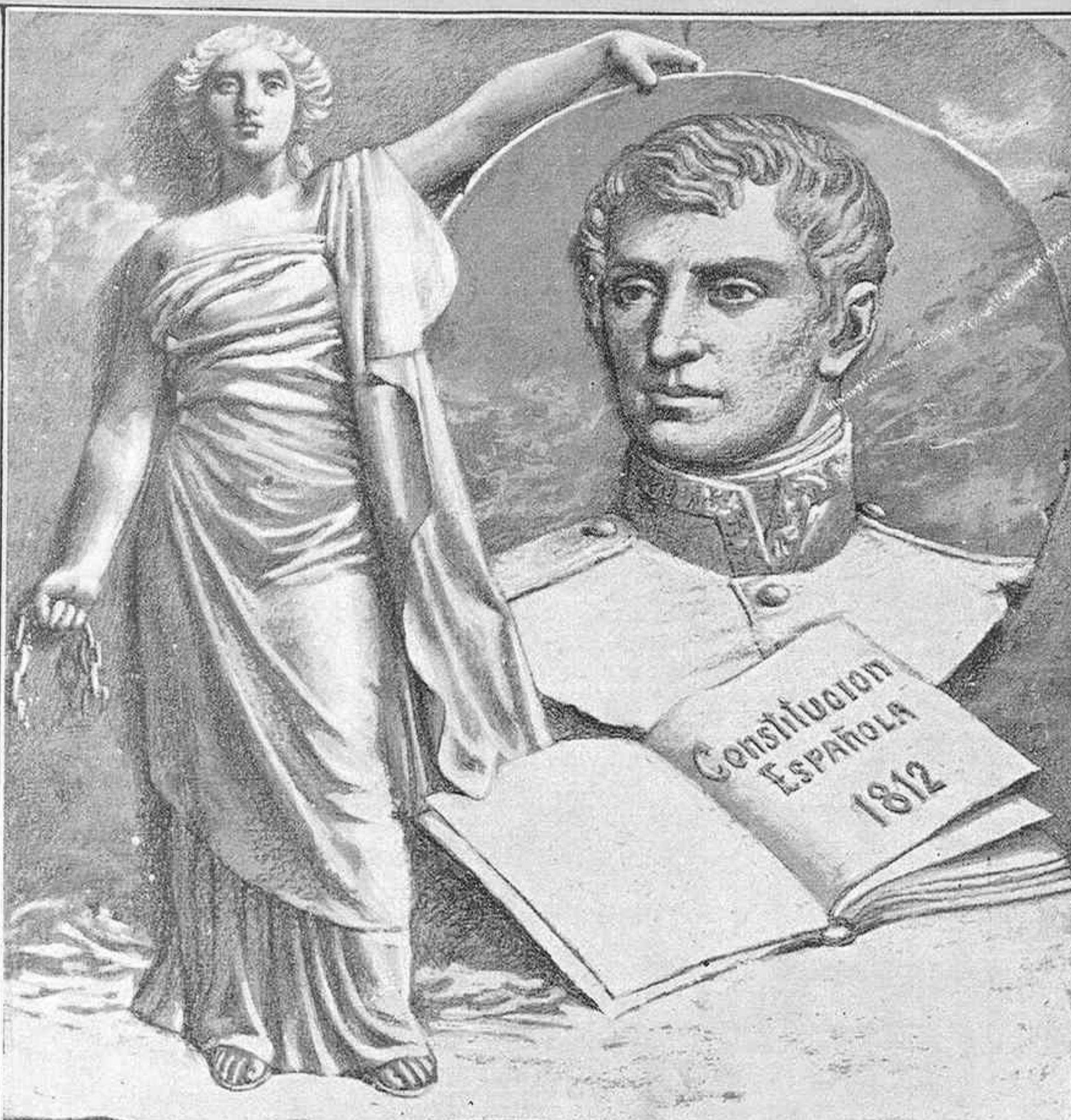
- 1 Dom. *I de Cuaresma*. El santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.
- 2 Lun. San Lucio, obispo.
- 3 Mart. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra.—*Anima*.
- 4 Miérc. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 5 Juev. San Eusebio y compañeros, mrs.
- 6 Vier. San Víctor y Victoriano, mrs.—*Témpora*.—*ayuno*.
- 7 Sáb. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Ordenes*.
- 8 Dom. *II de Cuaresma*. San Juan de Dios, fund.; san Julián, arz. de Toledo, y san Veremundo, abad.
- 9 Lun. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob. y santa Catalina de Bolonia, virgen.
- 10 Mart. Santos Melitón y 39 comps., mrs. en Sebaste.
- 11 Miérc. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.
- 12 Juev. San Gregorio Magno, papa y doctor.
- 13 Vier. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomón, mrs.
- 14 Sáb. Santa Matilde, reina, y santa Florentina. *Anima*.
- 15 Dom. *III de Cuaresma*. San Raimundo, abad, fund. de la Orden de Calatrava.—*Anima*.
- 16 Lun. San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 Mart. San Patricio, ob. y conf.
- 18 Miérc. San Gabriel, arc., y el beato Salvador de Horta.
- 19 Juev. *Fiesta*. SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mr.
- 20 Vier. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
- 21 Sáb. San Benito, abad y fundador.
- 22 Dom. *IV de Cuaresma*. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.—*Anima*.
- 23 Lun. San Victoriano y compañeros, mrs., y el beato José Oriol, presbítero.
- 24 Mart. San Agapito, ob. y mr.; los beatos José María Tomasi, card., y Diego José de Cádiz.
- 25 Miérc. *Fiesta*. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.
- 26 Juev. San Braulio, obispo de Zaragoza.
- 27 Vier. San Ruperto, ob.
- 28 Sáb. San Sixto III, papa y cont., y san Cástor y san Doroteo, mrs.—*Ordenes*.
- 29 Dom. *de Pasión*. San Eustasio, abad.
- 30 Lun. San Juan Climaco, abad.
- 31 Mart. Santa Balbina virgen, y san Amós, profeta.



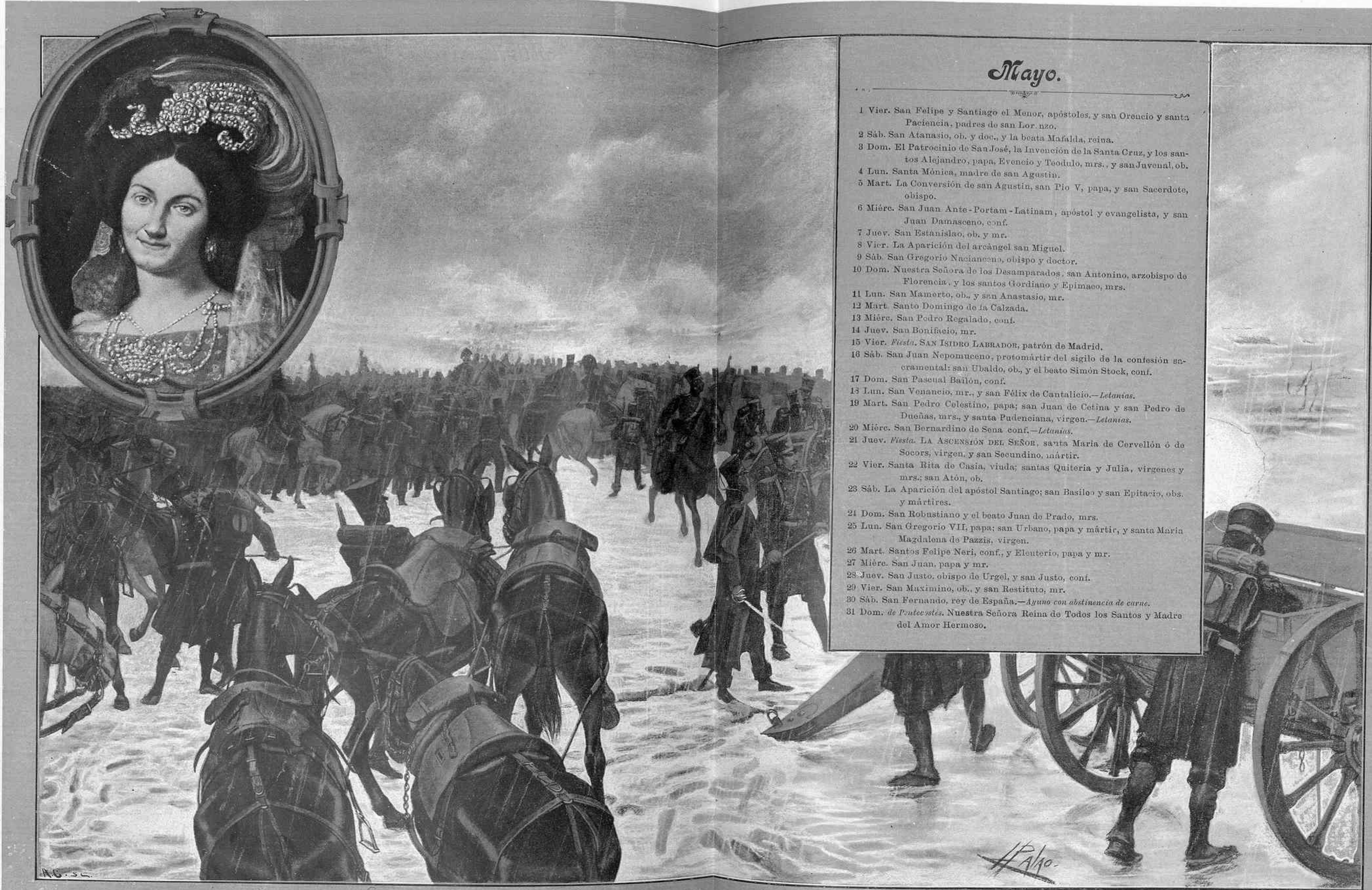
1814 á 1820. — Regreso de Fernando VII. — Retrato de Fernando VII. — Época absolutista.

Abril.

- 1 Miérc. San Venancio, ob. y mr.
- 2 Juev. San Francisco de Paula, fund. de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.
- 3 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y santos Pancracio, obispo, Ulpiano, mr.—*Anima.*
- 4 Sáb. San Isidoro, arz. de Sevilla.—*Anima.*
- 5 Dom. *de Ramos.* San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.
- 6 Lun. *Santo.* San Celestino, papa y mr.
- 7 Mart. *Santo.* San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.
- 8 Miérc. *Santo.* San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.— (*Abstinencia de carne.*)
- 9 Juev. *Santo.* Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.— (*Abstinencia de carne.*)
- 10 Vier. *Santo.* San Daniel y san Ezequiel, profetas.— (*Abstinencia de carne.*)
- 11 Sáb. *Santo.* San León Magno, papa y doctor.— (*Abstinencia de carne.*)— *Órdenes.*
- 12 Dom. DE RESURRECCIÓN. San Víctor, mr., y san Zenón, ob.
- 13 Lun. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.
- 14 Mart. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs.
- 15 Miérc. Santa Basilisa y santa Anastasia, mrs.— *Anima.*
- 16 Juev. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo.
- 17 Vier. San Aniceto, papa y mr., y la beata María Ana de Jesús.
- 18 Sáb. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Dom. *de Cuasimodo ó in Albis.* San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.
- 20 Lun. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.— *Abrense las velaciones.*
- 21 Mart. San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Miérc. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.
- 23 Juev. San Jorge, mr.
- 24 Vier. San Fidel de Sigm.^a, mr., y san Gregorio, ob.
- 25 Sáb. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.— *Lecturas mayores.*
- 26 Dom. Santos Cleto y Marcelino, papas y mártires, y la Traslación de santa Leocadia.
- 27 Lun. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arz. de Lima, y san Pedro Armengol.
- 28 Mart. San Prudencio, ob., san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fund.
- 29 Miérc. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto.
- 30 Juev. Santa Catalina de Sena, y los santos mrs. de Córdoba, Amador, presb., Pedro y Luis.



1820 á 1833. — Retrato de Riego. — Conspiraciones.



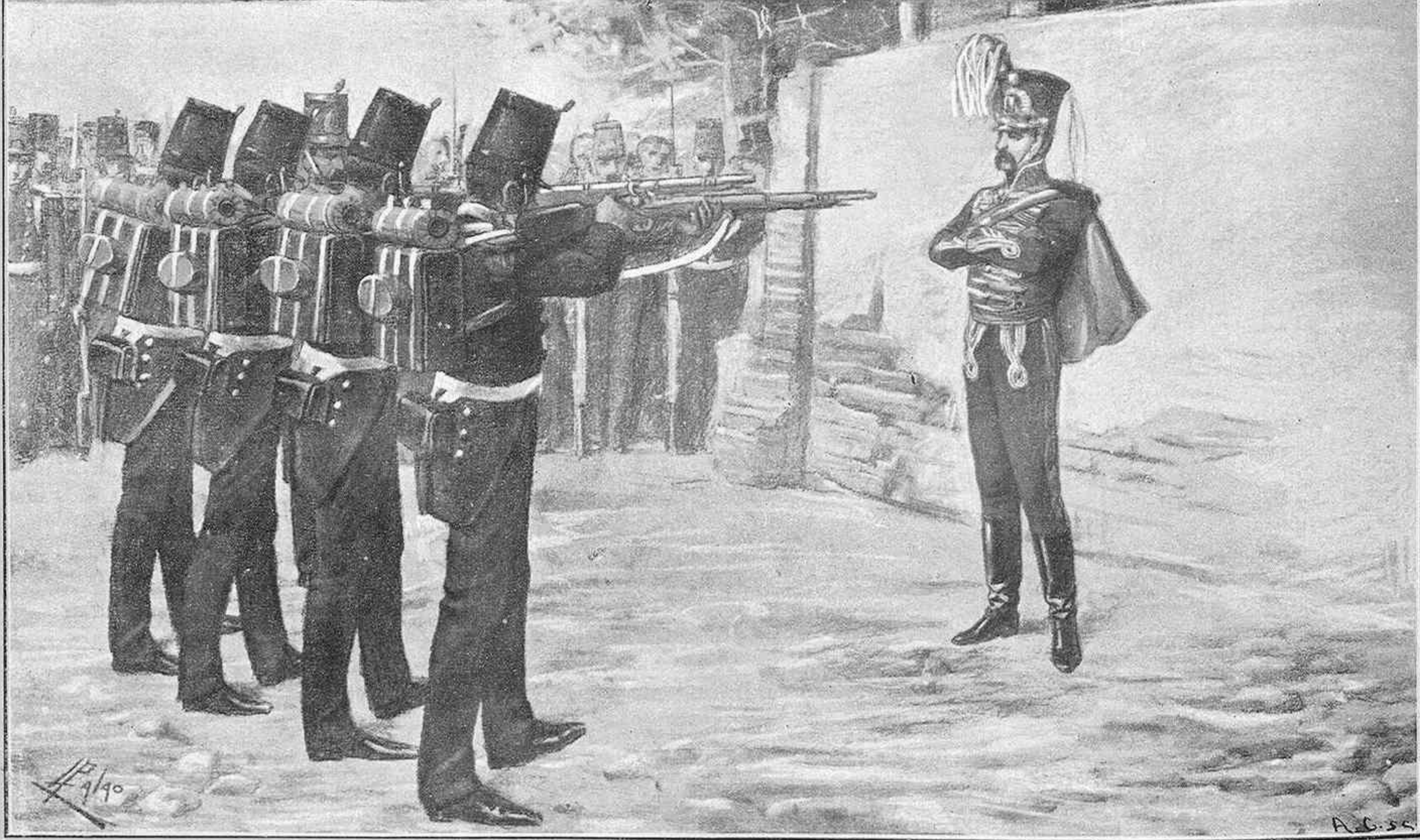
Mayo.

- 1 Vier. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orancio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo.
- 2 Sáb. San Atanasio, ob. y doc., y la beata Mafalda, reina.
- 3 Dom. El Patrocinio de San José, la Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodoro, mrs., y san Juvencio, ob.
- 4 Lun. Santa Mónica, madre de san Agustín.
- 5 Mart. La Conversión de san Agustín, san Pío V, papa, y san Sacerdote, obispo.
- 6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, conf.
- 7 Juev. San Estanislao, ob. y mr.
- 8 Vier. La Aparición del arcángel san Miguel.
- 9 Sáb. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
- 10 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados, san Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mrs.
- 11 Lun. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr.
- 12 Mart. Santo Domingo de la Calzada.
- 13 Miérc. San Pedro Regalado, conf.
- 14 Juev. San Bonifacio, mr.
- 15 Vier. Fiesta. SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid.
- 16 Sáb. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la confesión sacramental; san Ubaldo, ob., y el beato Simón Stock, conf.
- 17 Dom. San Pascual Bailón, conf.
- 18 Lun. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.—Letanias.
- 19 Mart. San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mrs., y santa Pudenciana, virgen.—Letanias.
- 20 Miérc. San Bernardino de Sena, conf.—Letanias.
- 21 Juev. Fiesta. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.
- 22 Vier. Santa Rita de Casia, viuda; santas Quiteria y Julia, virgenes y mrs.; san Atón, ob.
- 23 Sáb. La Aparición del apóstol Santiago; san Basilio y san Epitacio, obs. y mártires.
- 24 Dom. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs.
- 25 Lun. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.
- 26 Mart. Santos Felipe Neri, conf., y Eleuterio, papa y mr.
- 27 Miérc. San Juan, papa y mr.
- 28 Juev. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, conf.
- 29 Vier. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.
- 30 Sáb. San Fernando, rey de España.—Ayuno con abstinencia de carne.
- 31 Dom. de Pentecostía. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso.

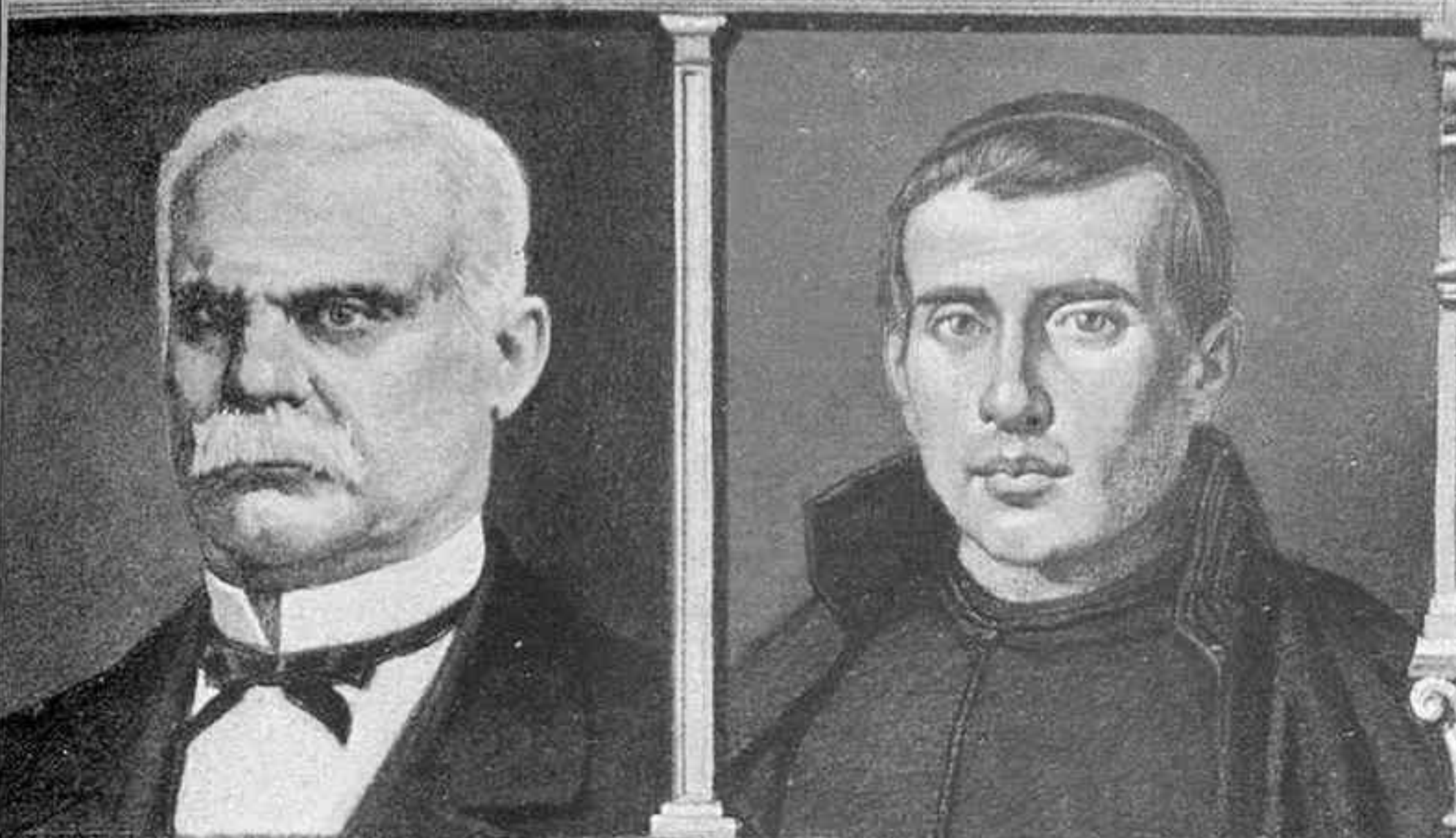
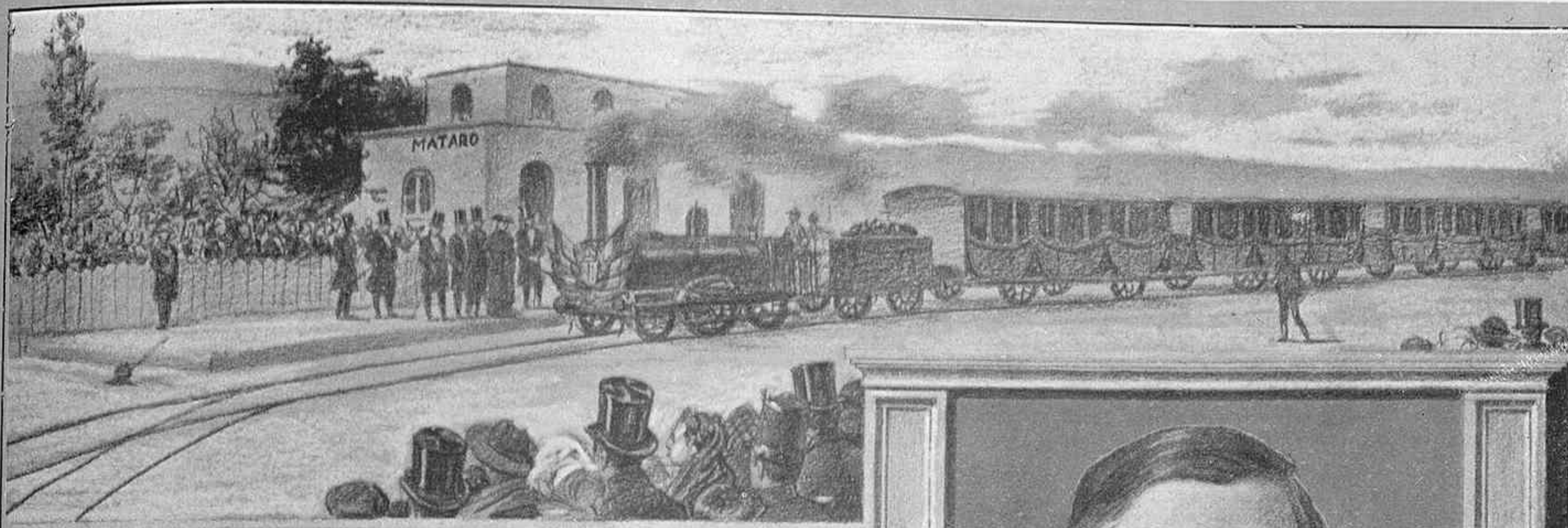


Junio.

- 1 Lun. San Segundo, ob.; san Iñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mrs.
- 2 Mart. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.
- 3 Miérc. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf. — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 4 Juev. San Francisco Caracciolo, fundador. — *Anima.*
- 5 Vier. San Bonifacio, ob. y mr. — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 6 Sáb. San Norberto, arz. y fund. de la O. premonstratense. — *Témpora.* — *Ayuno.* — *Ordenes.* — *Anima.*
- 7 Dom. La Sma. Trinidad, y san Pedro y comps. mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Lun. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, ob.
- 9 Mart. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 Miérc. Santa Margarita, reina de Escocia; san Crispulo y san Restituto, mrs.
- 11 Juev. *Fiesta.* SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI; San Bernabé, apóstol.
- 12 Vier. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 Sáb. San Antonio de Padua, y san Fandila, presb.
- 14 Dom. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, profeta.
- 15 Lun. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mrs.
- 16 Mart. San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda.
- 17 Miérc. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Juev. Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Vier. Santa Juliana de Falconeri, virgen, y los santos Gervasio, Protasio y Lamberto, mrs.
- 20 Sáb. San Silverio, papa y mr.; Sta. Florentina, virg., y el beato Baltasar de Torres, mr. del Japón.
- 21 Dom. San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo.
- 22 Lun. San Paulino, ob., y san Acacio y comps., mrs.
- 23 Mart. San Juan, presbítero y mr.
- 24 Miérc. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Juev. San Guillermo, abad, y san Eloy, obispo.
- 26 Vier. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Sáb. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría. — *Ayuno con abstinencia de carne.*
- 28 Dom. San León II, papa, y san Argimiro, mr.
- 29 Lun. *Fiesta.* SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
- 30 Mart. La Com. del apóstol san Pablo, y san Marcial.

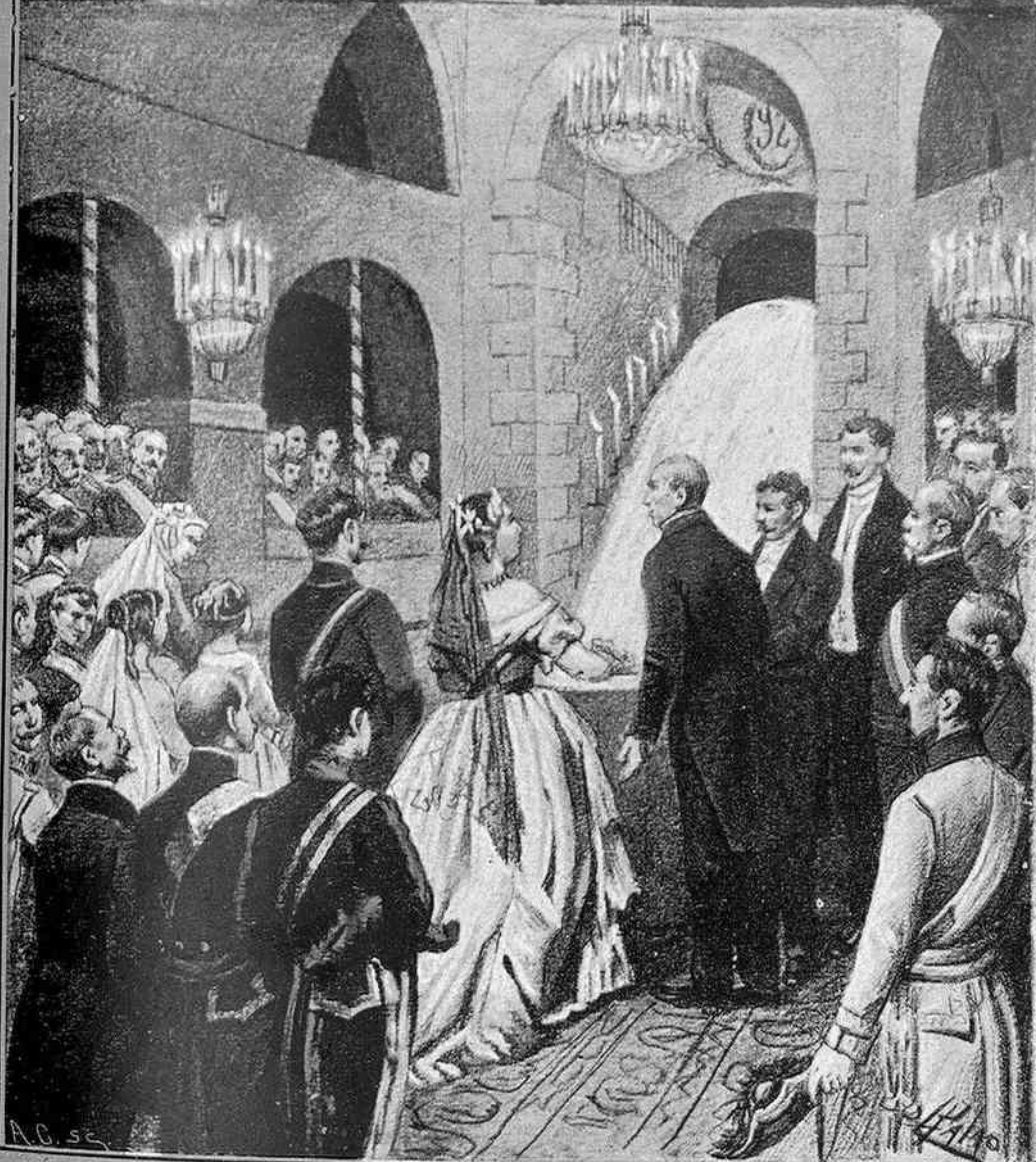


1839 á 1848. — Retrato de Espartero. — Ataque al Real Palacio. — Fusilamiento del general León.



Julio.

- 1 Miérc. San Casto y San Secundino, mrs.
- 2 Juev. La Visitación de Nuestra Señora.
- 3 Vier. San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 Sáb. San Laureano, ob. y mr., y el bto. Gaspar Bono.
- 5 Dom. La Preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y santos Cirilo y Metodio, obs.
- 6 Lun. Santa Lucía, mr.
- 7 Mart. San Fermín, ob. y mr., san Odón, ob.; san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Juev. San Cirilo, ob. y mr.
- 10 Vier. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Sáb. San Pío I, papa y mr.; san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Dom. San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mr.
- 13 Lun. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Mart. San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 Miérc. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.
- 16 Juev. Ntra. Sra. del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diác., mr. de Córdoba.
- 17 Vier. San Alejo, confesor.
- 18 Sáb. Santa Sinforsosa y sus siete hijos; san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mrs.
- 19 Dom. San Vicente de Paúl, fund. de las Hijas de la Caridad.
- 20 Lun. San Elías, prof.; san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita, vírgenes y mrs.
- 21 Mart. Santa Práxedes, virgen.
- 22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Juev. San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos herm. Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Vier. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf.—*Ayuno.*
- 25 Sáb. *Fiesta.* SANTIAGO, APÓSTOL, patrón de España.
- 26 Dom. Santa Ana, madre de la Sma. Virgen María.
- 27 Lun. Stos. Pantaleón y Cucufate; stas. Juliana y Semproniana, vírgs. y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Mart. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Miérc. Santa Marta, virg., y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Juev. San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mrs.
- 31 Vier. San Ignacio de Loyola, conf., fund. de la Compañía de Jesús.



1848 á 1858. — Inauguración del ferrocarril de Barcelona á Mataró. — Retratos de Moyano, Balmes y Bravo Murillo. — Traída de las aguas del Lozoya á Madrid.





Agosto.

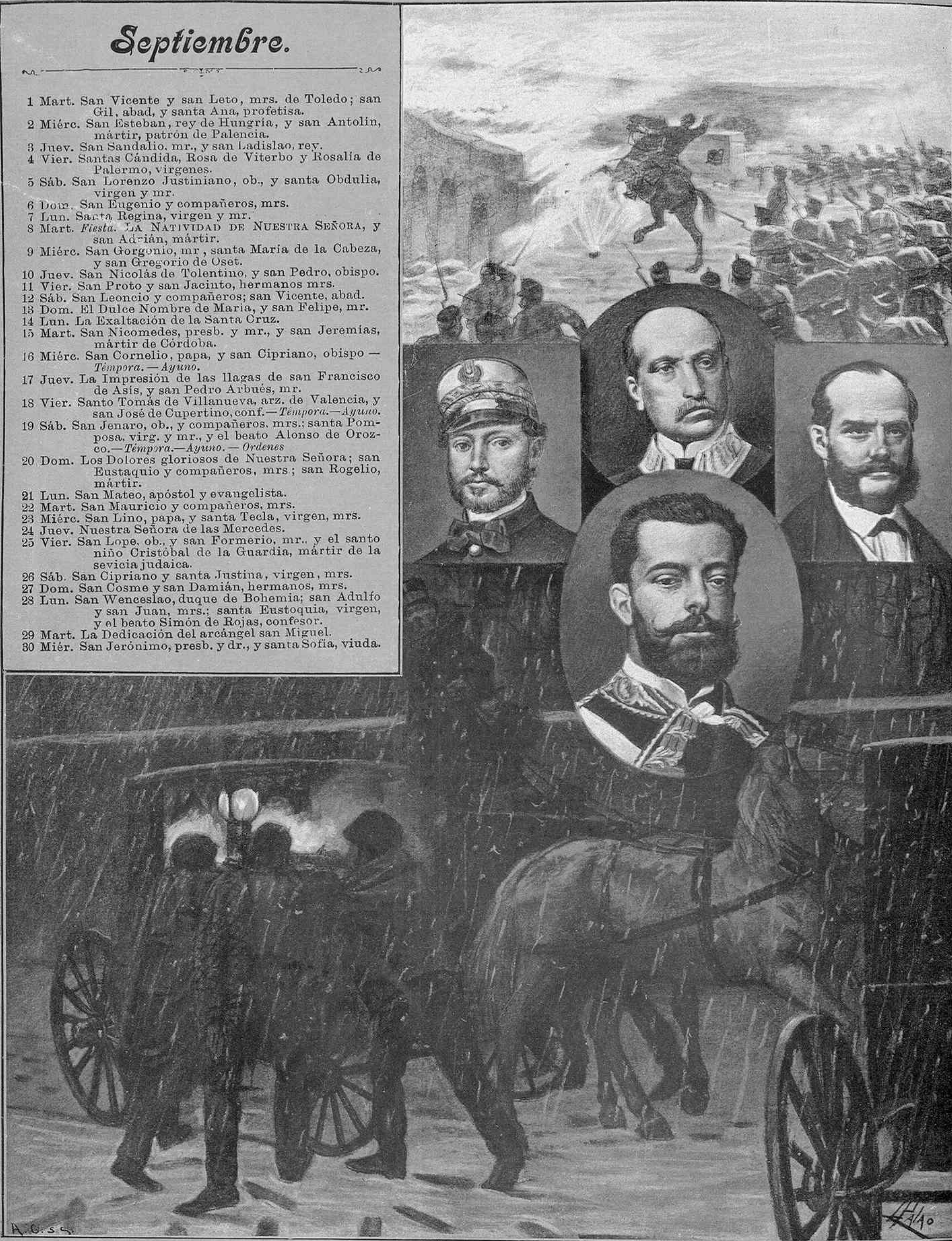
- 1 Sáb. San Pedro Advíncula; los santos hermanos Macabeos, mrs., y san Félix, mr. de Africa.
- 2 Dom. Nuestra Señora de los Angeles; san Alonso María de Ligorio, ob. y doctor; san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza.—*Jubileo de la Porciúncula.*
- 3 Lun. La Invencción del cuerpo de san Esteban, protomártir.
- 4 Mart. Santo Domingo de Guzmán, fund. del Orden de Predicadores, conf.
- 5 Miérc. Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo.
- 6 Juev. La Transfiguración del Señor; los santos niños Justo y Pastor, mártires, pats. de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
- 7 Vier. San Cayetano, fundador de los Teatinos; san Alberto de Sicilia, y san Donato, ob. y mr.
- 8 Sáb. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdó, mrs.
- 9 Dom. San Román, mr.
- 10 Lun. San Lorenzo, diác. mr., y Santa Filomena, virgen y mr.
- 11 Mart. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Miérc. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
- 13 Juev. Santos Hipólito, Casiano, Centola y Elena, mrs.
- 14 Vier. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono y mártir.—*Agua con abstinencia de carne.*
- 15 Sáb. *Fiesta.* LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.
- 16 Dom. San Joaquín, esposo de Santa Ana y padre de Nuestra Señora; san Roque y Jacinto, confs., y el beato Juan de Santa Marta, mr.
- 17 Lun. San Pablo y santa Juliana, hermanos.
- 18 Mart. San Agapito, mr.; santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.
- 19 Miérc. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Juev. San Bernardo, abad y doctor.
- 21 Vier. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora.
- 22 Sáb. Santos Timoteo, Hipólito, ob., y Sinfiriano, mrs.
- 23 Dom. San Felipe Benicio, conf.; san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
- 24 Lun. San Bartolomé, apóstol.
- 25 Mart. San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
- 26 Miérc. Santos Ceferino, papa, y Victor, presb., mrs.
- 27 Juev. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías; san Rufo, ob., y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesus.
- 28 Vier. San Agustín, obispo y doctor, y san Hermes, mr.
- 29 Sáb. La Degollación de san Juan Bautista; santa Sabina, y santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.
- 30 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa, santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Adancto.
- 31 Lun. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, mr.

1858 á 1868.—Retrato de Isabel II.—Retratos de Ayala, Rosales y Zorrilla.—Retratos de O'Donnell, Méndez Núñez y Narváez.—Batalla de Tetuán.

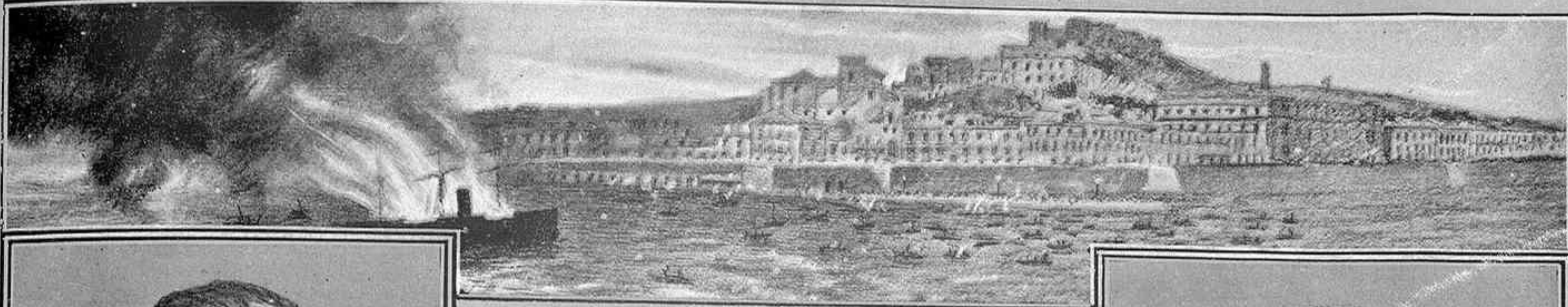


Septiembre.

- 1 Mart. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.
- 2 Miérc. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolin, mártir, patrón de Palencia.
- 3 Juev. San Sandalio, mr., y san Ladislao, rey.
- 4 Vier. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, virgenes.
- 5 Sáb. San Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, virgen y mr.
- 6 Dom. San Eugenio y compañeros, mrs.
- 7 Lun. Santa Regina, virgen y mr.
- 8 Mart. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mártir.
- 9 Miérc. San Gorgonio, mr., santa Maria de la Cabeza, y san Gregorio de Oset.
- 10 Juev. San Nicolás de Tolentino, y san Pedro, obispo.
- 11 Vier. San Proto y san Jacinto, hermanos mrs.
- 12 Sáb. San Leoncio y compañeros; san Vicente, abad.
- 13 Dom. El Dulce Nombre de Maria, y san Felipe, mr.
- 14 Lun. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Mart. San Nicomedes, presb. y mr., y san Jeremias, mártir de Córdoba.
- 16 Miérc. San Cornelio, papa, y san Cipriano, obispo — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 17 Juev. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asis, y san Pedro Arbués, mr.
- 18 Vier. Santo Tomás de Villanueva, arz. de Valencia, y san José de Cupertino, conf. — *Témpora.* — *Ayuno.*
- 19 Sáb. San Jenaro, ob., y compañeros, mrs.; santa Pomposa, virg. y mr., y el beato Alonso de Orozco. — *Témpora.* — *Ayuno.* — *Ordenes*
- 20 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; san Eustaquio y compañeros, mrs.; san Rogelio, mártir.
- 21 Lun. San Mateo, apóstol y evangelista.
- 22 Mart. San Mauricio y compañeros, mrs.
- 23 Miérc. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mrs.
- 24 Juev. Nuestra Señora de las Mercedes.
- 25 Vier. San Lope, ob., y san Formerio, mr., y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mártir de la sevicia judaica.
- 26 Sáb. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs.
- 27 Dom. San Cosme y san Damián, hermanos, mrs.
- 28 Lun. San Wenceslao, duque de Bohemia; san Adolfo y san Juan, mrs.; santa Eustoquia, virgen, y el beato Simón de Rojas, confesor.
- 29 Mart. La Dedicación del arcángel san Miguel.
- 30 Miér. San Jerónimo, presb. y dr., y santa Sofia, viuda.

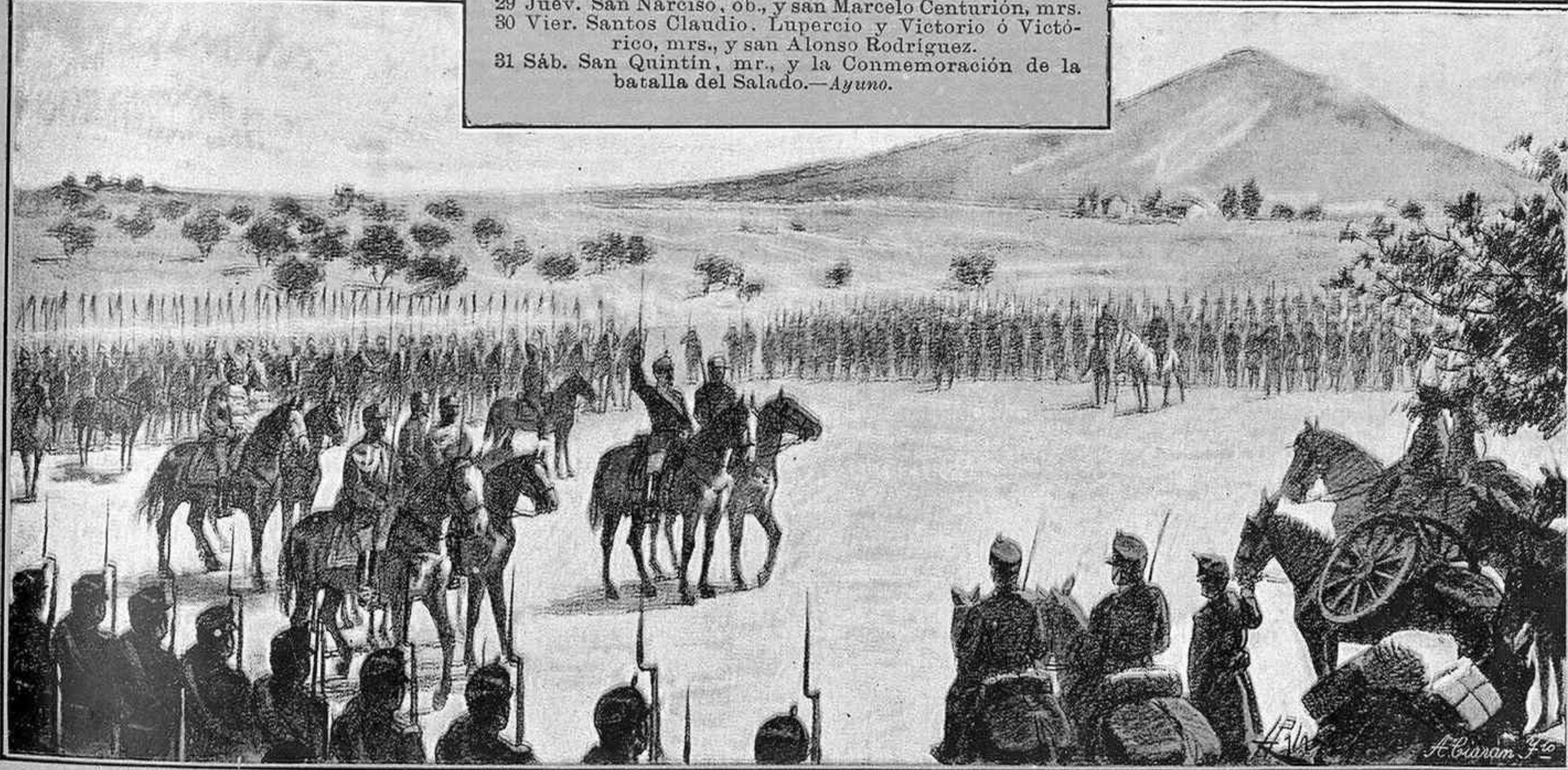
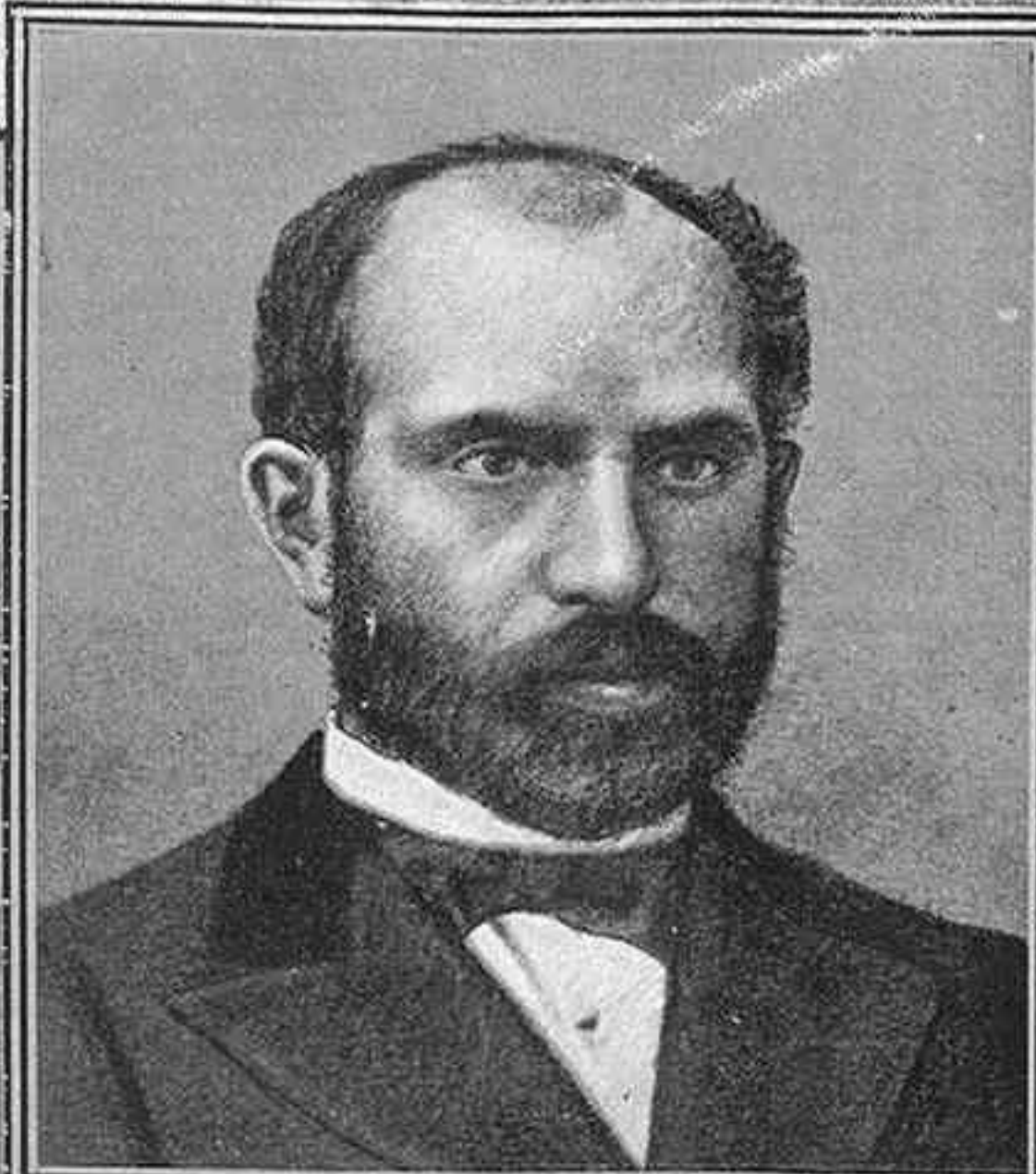


1868 á 1873. — Alcolea. — Retratos de Prim, Serrano y Topete. — Retrato de Amadeo de Saboya. — Asesinato de Prim.

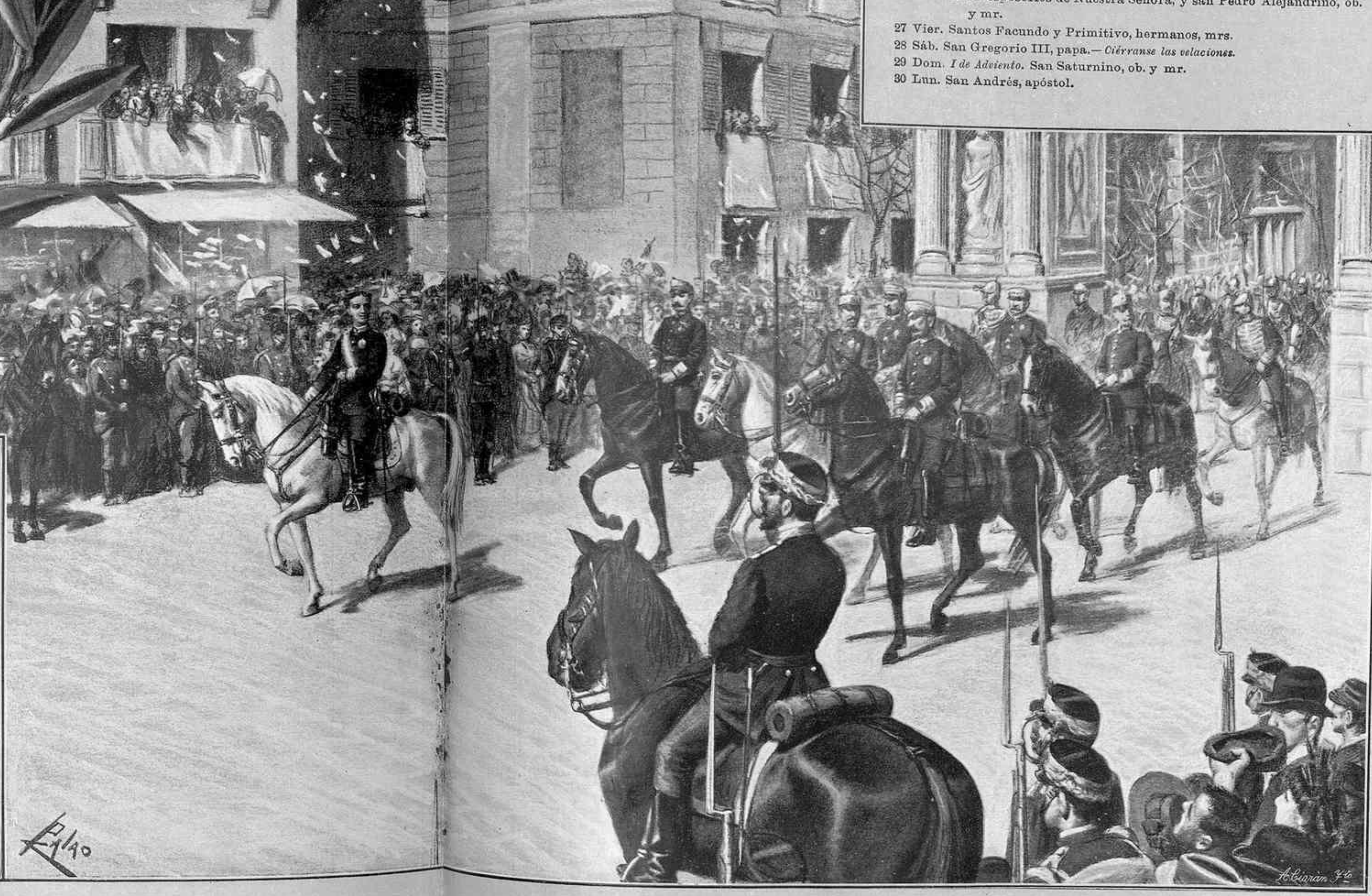


Octubre.

- 1 Juev. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, ob.
- 2 Vier. Los santos Angeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Saturio, anac., patrón de Soria.
- 3 Sáb. San Cándido, mr., y san Gerardo, abad.
- 4 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y San Francisco de Asís, fundador del Orden de los Menores.
- 5 Lun. San Plácido y compañeros, mrs.; san Froilán y san Atilano, obs.
- 6 Mart. San Bruno, fund. de los Cartujos.
- 7 Miérc. San Marcos, papa, y san Sergio y comps. mrs.
- 8 Juev. Santa Brigida, viuda y fundadora.
- 9 Vier. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 Sáb. Stos. Francisco de Borja y Luis Beltrán, confs.
- 11 Dom. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.
- 12 Lun. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obs y mrs.
- 13 Mart. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mrs.
- 14 Miérc. San Calixto, papa y mr.
- 15 Juev. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora.
- 16 Vier. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Sáb. Sta. Eduvigis, viuda, y la bta. María de Alacoque.
- 18 Dom. San Lucas, evangelista.
- 19 Lun. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria.
- 20 Mart. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mártir.
- 21 Miérc. San Hilarión, abad, y santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mrs.
- 22 Juev. Santa Salomé, viuda.
- 23 Vier. San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán.
- 24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, ob.
- 25 Dom. San Crisanto y santa Daría; Stos. Gabino, Proto, Jenaro, Crispin y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, conf., patrón de Segovia.
- 26 Lun. San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano y Valentín, y santa Engracia, mrs.
- 27 Mart. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.
- 28 Miérc. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.
- 29 Juev. San Narciso, ob., y san Marcelo Centurión, mrs.
- 30 Vier. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victorico, mrs., y san Alonso Rodríguez.
- 31 Sáb. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.



1873 y 1874.—Cantonalismo en Cartagena (incendio de la Tetuán).—Retratos de Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar.—Proclamación de Alfonso XII en Sagunto



Noviembre.

- 1 Dom. *Fiesta.* LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Lun. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Mart. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, ob.
- 4 Miérc. San Carlos Borromeo, arzobispo; san Vidal, y san Agricola, mrs.
- 5 Juev. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
- 6 Vier. San Severo, ob. y mr, y san Leonardo, conf.
- 7 Sáb. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, y los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Lun. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 Mart. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Miérc. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Juev. San Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.
- 13 Vier. San Eugenio III, arzobispo de Toledo; san Estanislao de Kostka, y san Homobono, conf.

- 14 Sáb. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obs.
- 15 Dom. San Leopoldo, cont.
- 16 Lur. San Eugenio I, arzobispo de Toledo; san Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.
- 17 Mart. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Miérc. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma; santos Máximo y Román.
- 19 Juev. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Vier. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 Sáb. La Presentación de Nuestra Señora; san Rufo y san Esteban, mrs.
- 22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Lun. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Mart. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr.; santas Flora y María, vírgenes y mártires de Córdoba.
- 25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mr.
- 26 Juev. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.
- 27 Vier. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Sáb. San Gregorio III, papa. — *Ciérranse las vacaciones.*
- 29 Dom. *I de Adviento.* San Saturnino, ob. y mr.
- 30 Lun. San Andrés, apóstol.

El 140

A. García 3/2

1874 á 1885. — Retrato de Alfonso XII. — Retratos de Cánovas, Martínez Campos y Sagasta. — Entrada de Alfonso XII (*El Pacificador*) en Madrid, en 1876.

Diciembre.

- 1 Mart. Santa Natalia, viuda.
- 2 Miérc. Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob. y doctor, y santa Elisa, virg. y mr.
- 3 Juev. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
- 4 Vier. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japon.—*Ayuno.*
- 5 Sáb. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.—*Ayuno.*
- 6 Dom. *II de Adviento.* San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 Lun. San Ambrosio, ob. y doctor.
- 8 Mart. *Fiesta.* LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Miérc. Santa Leocadia, virgen y mr., pat. de Toledo.
- 10 Juev. La Traslación de la santa Casa de Loreto; san Melquiades, papa y mr.; santa Eulalia (ú Olla) de Mérida, y santa Julia, virgs y mrs.
- 11 Vier. San Dámaso, papa.—*Ayuno.*
- 12 Sáb. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico; san Hermógenes, y san Donato y comps., mártires.—*Ayuno.*
- 13 Dom. *III de Adviento.* Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Juan del Marinoni, conf.
- 14 Lun. San Nicasio, ob. y mr.; san Espiridión y san Pompeyo, obispos.
- 15 Mart. San Eusebio de Verceli, ob. y mr.
- 16 Miérc. San Valentín y comps., mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 17 Juev. San Lázaro, obispo y mártir; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda constantinopolitana.
- 18 Vier. La Expectación de Nuestra Señora, vulgo la Virgen de la O —*Témpora.*—*Ayuno.*
- 19 Sáb. San Nemesio, mr.—*Témpora.*—*Órdenes.*
- 20 Dom. *IV de Adviento.* Santo Domingo de Silos, abad.
- 21 Lun. Santo Tomás, apóstol.
- 22 Mart. San Demetrio y compañeros, mrs.
- 23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mr.
- 24 Juev. San Gregorio, presbítero y mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 25 Vier. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 comps., mrs.
- 26 Sáb. San Esteban, protomártir.
- 27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 Lun. Los santos Inocentes, mrs.
- 29 Mart. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
- 30 Miérc. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol. patrón de España.
- 31 Juev. San Silvestre, papa y confesor. y santa Melania, viuda.



1885 á 1902.—Retratos de D.^a María Cristina de Habsburgo y Don Alfonso XIII.—Juramento de la Constitución por la Reina Regente.
Juramento de la Constitución por Don Alfonso XIII.—Retrato de Don Alfonso XIII.

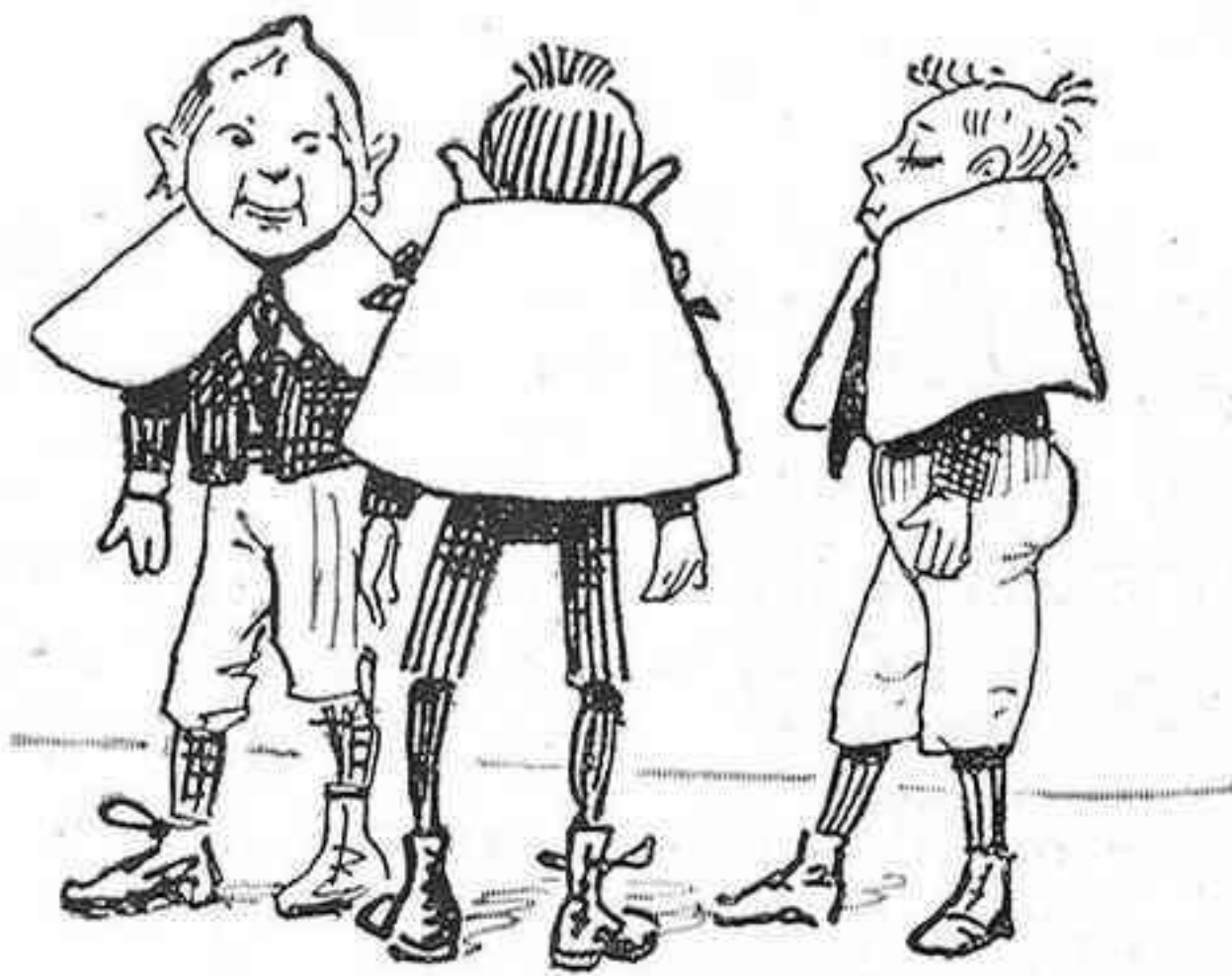


SU RETRATO.
Cuadro de Martin.



LA PRIMERA DONCELLA.

Cuadro de R. Madrazo.



CABOS SUELTOS.

EXISTE multitud de libros en que se toca por incidencia el origen ó la explicación de uno ó más refranes, ó, cuando menos, se consigna su aplicación, y á cuyas páginas de seguro no se le ocurriría á nadie el ir á buscarlos, por parecer á primera vista que ni la materia que en ellos se ventila, ni el título que ostentan, dan lugar á que se sospeche puedan encerrar semejante preciado tesoro fraseológico.

Como comprenderá el juicioso lector, ¿quién osaría dar cabida á todos esos textos en una *Bibliografía paremiológica*?..... Sería preciso abrir un registro tan extenso, tan lato, tan inconmensurable, que, sin temor de errar en nuestro cálculo, hubiera que franquear el paso á las cuatro quintas partes de la literatura en general, y aun quizá nos quedemos corto. Como quiera que *entre amigos, con verlo basta*, allá van esas cuantas demostraciones tomadas al vuelo, sin orden alguno preconcebido y á salga lo que saliere, en descargo de nuestra, al parecer, aventurada proposición, no sin dejar consignado antes como lo que aquí decimos es aplicable á todas las lenguas que se hablan en el universo, pues tratándose unas veces de verdades de eterno principio, y otras de que cada país, y aun cada localidad, ostenta un núcleo mayor ó menor de sucesos especiales realizados en su suelo, los cuales han pasado con el transcurso del tiempo á la categoría de *proverbios*, tienen forzosamente que hacerse eco del lenguaje hablado y aéreo las páginas indelebles y subsistentes de la escritura. Entremos, pues, en materia.

En el tomo XIV de la *España Sagrada*, monumento histórico-literario levantado por el egregio agustiniano P. Enrique Flórez en honra de las grandezas eclesiásticas de nuestro suelo, se lee (pág. 27):

«La felicidad de Ávila en haber sido consagrada por muchos santos, está bien ponderada en el adagio común de *Ávila, santos y cantos*, porque el sitio material, como inmediato al puerto del Pico (cordillera de los de Fonfría y Guadarrama), abunda en piedras y peñas; y si por éstas se han de contar los santos, no cabrán en muchas letanías. Lo cierto es que á cada paso que se da hay alguna memoria de lo sagrado, y esto dió ocasión para el adagio.»

Bailar el pelado, es frase que se aplica metafóricamente y jocosamente en nuestra lengua, y sin duda alguna, basada su forma en el sonsonete, á la persona que carece de dinero.

Véase por qué términos explica Cairón (*Compendio de las principales Reglas del Baile*, página 127), el origen de dicha locución proverbial:

«Antiguamente en Galicia en las procesiones del Corpus salía un muchacho ricamente adornado sobre los hombros de un hombre, el cual iba bailando delante de la procesión, y llamaban *bailar la pela*; de donde ha dimanado sin duda aquel antiguo adagio: *estoy bailando el pelado*, aludiendo probablemente á que el que bailaba el pelado, ó la pela, era ordinariamente un pobre mandadero que se buscaba á este fin.»

En los *Nombres antiguos de las Calles y Plazas de Cádiz* (1), *sus orígenes*, etc. (Cádiz, Imprenta de *La Revista Médica*, 1857, 8.º mayor), se lee á la página 76, tratando del *Campo de la Caleta*, lo que copio á continuación:

«Aún se conserva en Cádiz la tradición popular de un hecho que se llamó *la batalla de la Caleta*. Fué la sublevación de un batallón de la Mi-

(1) Aunque no figura el nombre del autor, se sabe que lo fué éste el gaditano D. Adolfo de Castro.

licia Nacional que hubo en la segunda época constitucional, colocándose los insurrectos frente al Hospicio (1822).

»Cuando iban á ser atacados por otras fuerzas de la Milicia y del Ejército, desaparecieron.

»Era jefe político el mariscal de campo D. Bartolomé Gutiérrez de Acuña. Por las circunstancias de ser acometido algunas veces de ataques epilépticos, el vulgo formó este término de comparación: *Es como el general Pataleta, que ganó la batalla de la Caleta.*»

Andar con él, que de Juan Gómez es.— El origen de este refrán, que figura en la colección del comendador Hernán Núñez *el Pinciano* (1555), lo apunta Fernán Pérez de Guzmán en sus *Generaciones y Semblanzas*, á vueltas de otras curiosidades, del modo siguiente que en extracto procedemos á trasladar:

En el reinado de D. Juan II vivía en Salamanca un tal Juan Gómez, canónigo, «que allí fué gran bandejador y acogía muchos hombres sueltos, tanto que de allí vino el refrán: *Andar con él, que de Juan Gómez es.*»

Como se deja comprender, el refrán aludido es una excitación á emprenderla con alguno que por sobradamente díscolo ó revoltoso no merece se le trate con benevolencia ó consideración. (Quien desee más pormenores acerca de personaje tan especial y de sus *aláteres*, consulte la nota puesta por el Dr. Lorenzo Galíndez de Carvajal á las *Generaciones y Semblanzas* susodichas, cap. xxxiv, el cual trata *De D. Álvaro de Luna, condestable de Castilla y maestro de Santiago.*)

En el concurso público de 1869-70 premió en segundo lugar la Real Academia Española un *Ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los Apellidos castellanos* (su autor D. Ángel de los Ríos y Ríos), obra que fué impresa el año inmediato siguiente. Pues bien: en nota que consta á las páginas 51 y 52, se lee la curiosa especie que traslado á continuación, con motivo del nombre *Bernardo*:

«Poca diferencia tiene el patronímico *Bernaldo*, que aún se mantiene en el linaje de Quirós. Y ya que lo miento, por si algún chusco dijese que ninguno le puede disputar la primacía, según la divisa: *«Después de Dios, la casa de Quirós»*, añadiré que ésta debió inventarse cuando el valle de este nombre dependía en propiedad de la catedral de Oviedo, y de la casa de Quirós en encomienda, con lo que tendría significación adecuada lo que

al pie de la letra es un risible absurdo. Y el retruécano: *«Después de Dios, la olla»*, etc., lo diría cualquier clérigo de *misa y.....* lo dicho, como hay muchos en Asturias, que celebran cerca de mediodía y van del altar á la mesa.»

Adhiero totalmente al parecer del Sr. Ríos, cuya interpretación, dada en justa satisfacción á la variante introducida por el vulgo en descrédito de tan antiguo como respetable solar de *Quirós*, no cabe ser más acertada.

Continuando esta nuestra excursión en los términos que lo venimos practicando, esto es, á salto de mata, sálenos ahora al encuentro un librito bastante curioso, intitulado *Diccionario Médico-vulgar, ó sea La Medicina según el vulgo*, por don Antonio R. Guerra (8.º, Puerto de Santa María, 1841). En la última nota, puesta al pie del artículo *Juicio*, se lee:

«La *amaurosis*, ó gota serena, es la pérdida de la vista, sin alteración alguna en la estructura del ojo; consiste en la parálisis completa del nervio óptico. El vulgo dice de estos enfermos que *tienen los ojos como los santos de Francia, claros y sin vista.*»

En mi *Florilegio ó Ramillete alfabético de Refranes y Modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana, definidos razonadamente y en estilo ameno* (Madrid, 1874, 8.º), apunto el por qué de semejante locución, por los términos siguientes:

«Alude á la práctica de poner en aquel país ojos de cristal á las imágenes de bulto, cuando en el nuestro sólo era costumbre pintarlos; y como quiera que aquel procedimiento imita mucho mejor al natural, y que la persona que está afectada á dicha enfermedad no aparenta hallarse falta del órgano de la vista, de ahí seguramente el origen de semejante símil.»

En dicha mi obra recién citada, después de explicar que la frase proverbial *Hidalgo, ó Franco, como el gabilán*, se emplea con el objeto de encarecer la generosidad ó gratitud de alguna persona hacia aquella que le ha dispensado algún beneficio, añadido lo siguiente:

«Véase lo que respecto del origen de esta comparación dice el licenciado Francisco Marcuello en su *Primera parte de la Historia Natural y Moral de las Aves* (1):

«El Gabilan es de la especie de los Azores, y

(1) Zaragoza, 1617, 4.º

»Halcones, el mas pequeño entre ellos; pero el mas
 »privilegiado: porque siempre que los caçadores
 »passan algun arco de aues de caça de vn Reyno a
 »otro, si lleuan entre ellas vn Gabilan, no pagan
 »derechos ningunos en ningun puerto de mar, ni
 »de tierra; y aunque el Gabilan se aya muerto en
 »el camino, si todavia lo lleuan con prouança de
 »descriuano, como lo sacaron vino de la parte que
 »traen las demas aues, gozan del mismo priuilegio.
 »Introduxose esta costumbre, que tiene ya fuerça
 »de ley entre las gentes, por vna gentileza, y libe-
 »ralidad, que esta aucecita vsa con otras menores,
 »que ella; y es, que quando se quiere yr á dormir
 »las noches de Innierno, quando haze mucho frio,
 »busca vna aucecita en que dispuntar, y cogiendola
 »se va con ella a dormir, teniendola toda la noche
 »en los pies, para calentarlos con su calor: porque
 »es muy fria de pies: y venido el dia, le paga el be-
 »neficio, que della ha recibido, dexandola bolar li-
 »baramente, pudiendo si quisiera comersela: y aun
 »dizen, que trae cuenta por que parte va, para ca-
 »çar ella aquel dia por la contraria: y si acaso se
 »bueluen a encontrar el mismo dia, no la ofende a
 »ella ni a las que van en su compañía.»

»Diego de Funes y Mendoça, en su *Historia ge-
 neral de Aves y Animales de Aristóteles Estagirita* (1), se explica de esta manera:

«Y no es tanta su ferocidad, que no tenga mu-
 »cho de piedad, y mansedumbre; pues como dize
 »Plinio, acompaña, y fauorece á la Lechuza, ene-
 »miga comun de todas las aues: y suelta por la ma-
 »ñana el paxaro que tuuo en las vñas la noche an-
 »tes para dormir, y se tiene por cosa cierta, que
 »aduerite á la parte que boló, para no ir por allí, y
 »no encontrar con el: y de aqui nacio el prouerbio
 »en España, para llamar á vno liberal, y generoso,
 »dezir *Es franco como vn Gauilan.*»

»Fray Luis de Granada (2), después de referir
 las cualidades susodichas, que no repetimos por
 no incurrir en la nota de molesto, se produce así:
 «De estas noblezas nació el común proverbio que
 »dice: *Hidalgo como un gabilán.*»

»Por mi parte, no me atreveré á asegurar si exis-
 ten ó no en este ave esas cualidades de nobleza é hi-
 dalguía tan decantadas, por más que se me haga
 no poco de cuesta arriba darles completo asenso:
 quede para los naturalistas modernos el ventilar
 esta cuestión, en tanto que á nosotros nos cumple

saber cuál ha sido la causa que diera margen á la
 creación de esta frase comparativa.»

¿Quién se había de figurar que multitud de
frases proverbiales tienen su cuna en la *Heráldi-
 ca* ó el *Blasón*, con motivo de los motes ó leyen-
 das que ostentan ciertos escudos de armas?

Y ¿qué diremos aquí de los *proverbios geográfi-
 cos*?..... Pues diremos que rara es la población que
 no tenga uno ó más que á ella se refieran, ya en
 absoluto, ya con relación á otra ú otras localida-
 des, y no pocas veces inspirados estos últimos en
 la acerba diatriba, como hijos de la negra envidia,
 que suele enconar los ánimos de un pueblo contra
 su vecino. Esta rama de la *Geografía*, cuyo estu-
 dio, como el de otras muchas del saber humano,
 está todavía por profundizar, tal vez por no conce-
 dérsele todo el aprecio que se merece, abriría, una
 vez desmontado su terreno, ancho campo á ulte-
 riores investigaciones de no poca transcendencia
 para la Historia, ya particular, ya universal, te-
 niendo, además, sobre el cultivo de otras hereda-
 des de ese género, la ventaja, no despreciable, de
 lo amena y recreativa que por su naturaleza espe-
 cial resulta semejante ocupación. Pero advierto
 ahora que me voy apartando insensiblemente de
 mi propósito primordial; y dejando para mejor
 ocasión el entrar de lleno en esta materia, conti-
 núo, á fin de poder concluir cuanto antes, y evitar
 el que se me tilde de enojoso.

En la mayor parte de las antiguas *Constitucio-
 nes sinodales* de las diócesis de España, al tratarse
 del traje clerical, se hace constar como, si bien *el
 hábito no hace al monje*, todavía es conveniente
 que el eclesiástico vista ropa talar, honesta y de-
 corosa, por cuanto, significando la voz *clérigo*
 tanto como *escogido* ó *segregado*, debe diferenciar-
 se notablemente el exterior de su persona del de
 aquellas que pertenecen á la clase laica de la cual
 ha sido extraído. Nadie pensaría que ese refrán
 que se usa en los tiempos modernos para significar
 que «no se puede juzgar por meras apariencias»,
 haya tenido un origen legal á guisa de axioma
 jurídico.

Abramos ahora el tomo iv de los *Sermones pa-
 negíricos* del famoso P. Isla, el fustigador, por
 antonomasia, del Púlpito español en la persona de
 los predicadores *gerundios*, y fijemos nuestra con-
 sideración en las palabras siguientes (pág. 291):

«Dícese comúnmente (y ello es así) que *todas
 las modas, buenas ó malas, tienen origen de los
 soberanos*. Como éstos se visten, se visten los va-

(1) Valencia, por Pedro Patricio de Mey, 1621, 4.º

(2) *Introducción del Símbolo de la Fe*, parte 1.ª, capítulo xvii, pá-
 rrafo i.



BODAS DE ORO.
Cuadro de Ricci.

sallos; como andan aquéllos, andan éstos. Siendo esto tan cierto en las modas, aún es mucho más cierto en los modales. Hasta sus defectos físicos, hasta sus imperfecciones morales los remeda la lisonja. Porque Filipo, padre de Alejandro, era tuerto, todos sus cortesanos afectaban serlo; y en algunos subió tan de punto la extravagancia, que no se contentaron con el remedo, y pasaron á la realidad, haciéndose sacar un ojo, ó á lo menos que se lo picasen. Porque su hijo Alejandro, á quien llamaron *Grande* por los insignes méritos de haber sido gran ladrón, gran borracho, gran sacrilego, porque este tal Alejandro cojeaba un poco, no había en su corte quien no cojease; todos fingían tener malos pies; pero, sin ficción, todos tenían mala cabeza. Caracalla era tartamudo, y dice Suetonio que se tenía por imperfección ó por rusticidad aldeana el hablar expeditamente.»

En libros del más sublime ascetismo se lee á cada paso como *Amor nunca dice «basta»*;

el refrán *El hombre propone y Dios dispone*, se halla consignado por vez primera en el tratado *De la Imitación de Cristo*, por el V. Kempis, libro I, cap. XIX; esto es, que data del siglo XVI, y

que fué escrito originariamente en latín (*Homo proponit, sed Deus disponit*); y

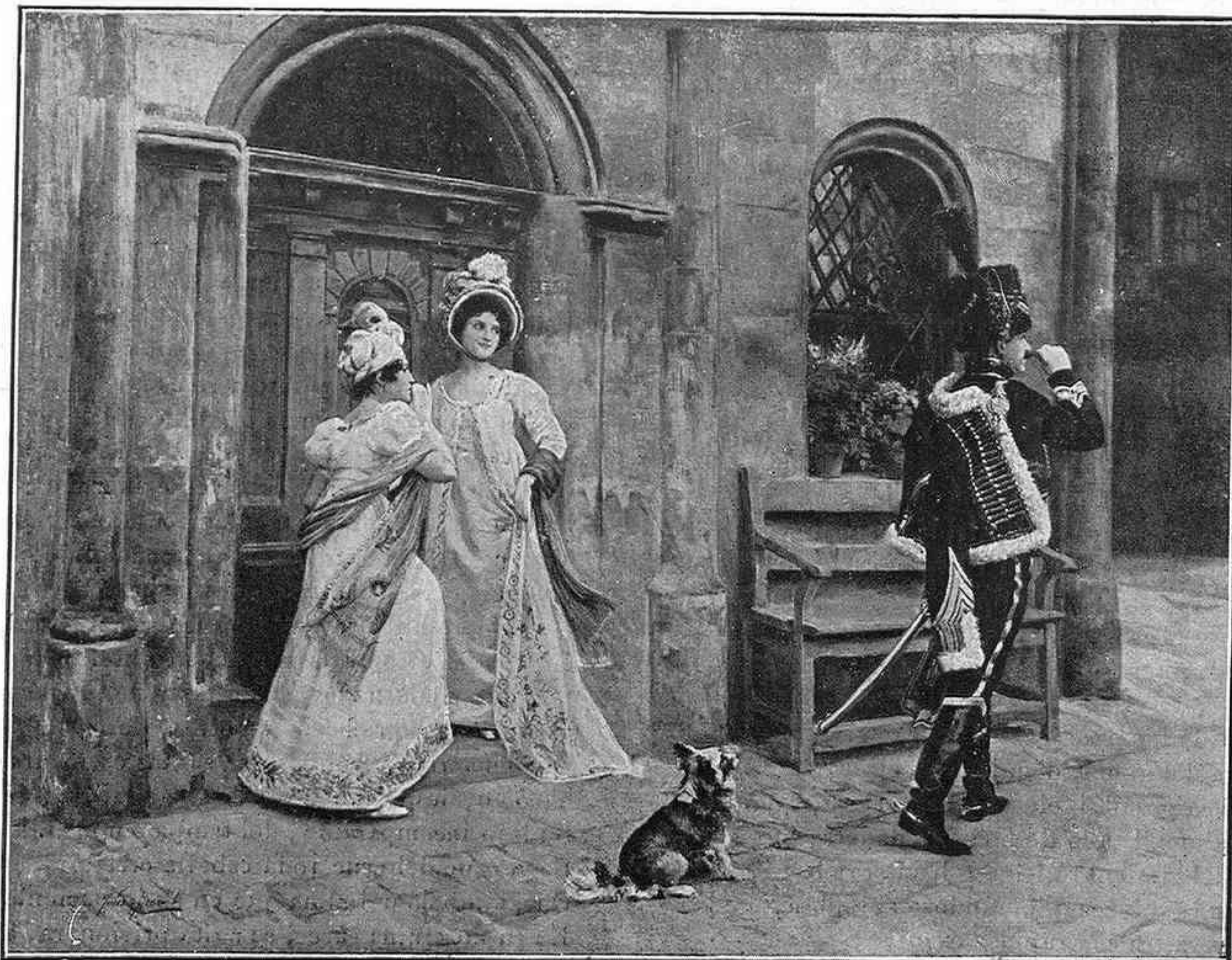
en la célebre *Llave de Oro*, de su no menos célebre autor (1), se lee, aunque con el título de *Proverbio*, en singular, los dos siguientes, arracimados, como si constituyeran uno solo:

Del que habla en la misa,
Los demonios hacen risa.
Ir á misa y dar cebada,
No quita jornal ni jornada.

Pongamos ya punto á este desmadejado artículo, pues, como comprenderá el más juicioso lector, no es posible vérselo el fin á tan prolija tarea. Parécenos que lo aquí dicho basta y sobra para acreditar que, por uno ú otro concepto, la casi totalidad de las obras que ha producido el ingenio del hombre, sin distinción de materias, pagan tributo, de más ó menos tomo y consideración, al elemento paremiográfico. ¡Á tanto llega su influjo en toda clase de literaturas!

JOSÉ MARÍA SBARBI.

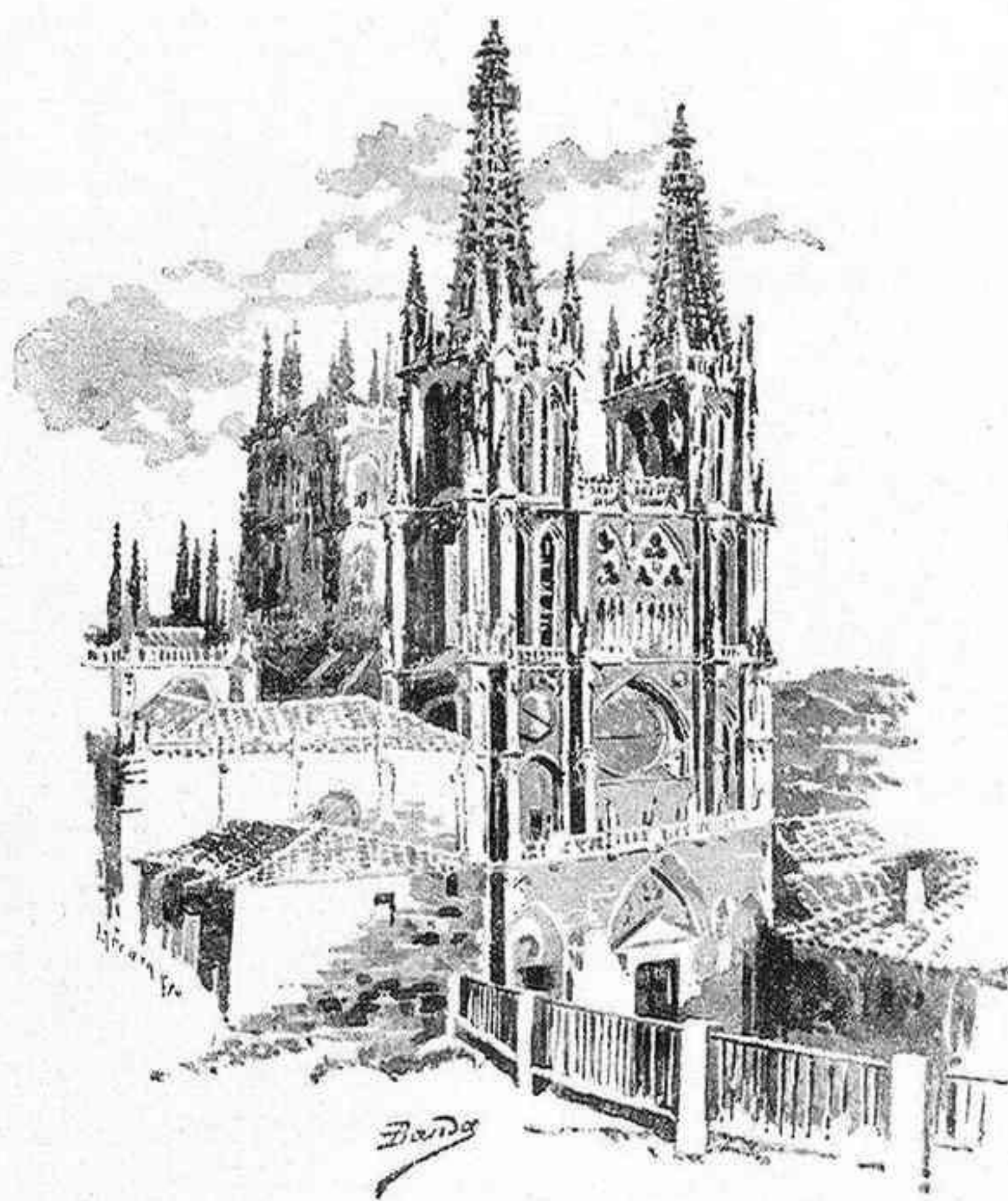
(1) El arzobispo P. Claret.



EL NUEVO OFICIAL DE LA GUARNICIÓN.

Cuadro de Girardel.





LA CATEDRAL DE BURGOS.

Cuán bella, ante mi vista que la contempla absorta
 Al resplandor dudoso del moribundo día,
 Destácase su mole que brusca se recorta
 Sobre el rojizo cielo, fantástica y sombría!
 Miradla; cincelada cual florentina joya,
 Su solidez encubre con elegancia suma,
 Y altiva, despreciando la tierra donde apoya
 Con majestad la planta, parece que no abrumba
 El suelo que la sufre su pesadumbre inmensa.
 Y así cual la banquisa de congelada espuma,
 Cuando de pronto el frío la cuaja y la condensa,
 Como esculpida en hielo, conserva aprisionada
 De las movibles olas la forma inconsistente,
 La Catedral augusta guardó petrificada
 La imagen de la vida de aquella edad dichosa
 Que, uniendo en un abrazo firmísimo y fecundo
 La Religión y el Arte, su fábrica orgullosa
 Alzó atrevida al cielo para asombrar al mundo.

Al gótico edificio carácter dando y vida,
 Cual rúbrica del genio, doquiera repetida,
 Mirad la línea grácil, incierta y misteriosa,
 Que ya, cual débil tallo de fina enredadera,
 Surgiendo del cimiento dirigese hacia arriba;
 Ya en ágiles esguinces quebrándose angulosa,
 Adornos y resaltes con rapidez esquiva;
 Ya rígida se tiende; ya en curva caprichosa
 Se enrosca en las labores del rosetón cautiva;
 Ya libre, de los muros por la extensión, ligera

Deslízase ondulando, cual sierpe fugitiva;
 Ó ya, flexible y dócil, cual cimbradora rama,
 Se encorva y se doblega para formar la ojiva,
 Con esbeltez de junco y ondulación de llama.

Doquier fijéis los ojos, cautivan y suspenden
 Innúmeras bellezas la mente deslumbrada:
 Mirad la doble fila de Santos que la entrada
 Del templo se dijera que guardan y defienden;
 Mirad los Serafines y Arcángeles que tienden
 El sosegado vuelo por la ojival arcada;
 La rica y minuciosa labor filigranada
 Que el pórtico corona, como en caliente cera,
 En piedra resistente por el cincel tallada;
 Y en confusión extraña, mirad por donde quiera
 Las gárgolas que adornan los firmes botareles,
 Que imitan mil grotescas, quiméricas figuras;
 Los fustes coronados por ricos capiteles,
 Ceñidos y adornados por hojas y molduras;
 Los nichos caprichosos y góticos doseles
 Que encierran y cobijan las santas esculturas,
 Y cómo, desplegando con libre gallardía
 Su lujo incomparable, del templo en las alturas,
 Se yergue del crucero la esbelta crestería,
 Que, símbolo del alma que en su impaciente anhelo,
 En su mezquina cárcel se agita prisionera,
 Y por su eterna patria suspira desde el suelo,
 Cual viva llamarada de temblorosa hoguera,
 Se eleva palpitando desde la tierra al cielo.

Y ved sobre este cuadro magnífico, en que unidas
Se admiran y hermanadas la gracia y la nobleza,
Sus dos gemelas torres, que élévanse atrevidas,
Portento de equilibrio, de audacia y de belleza.
¡Miradlas! Y admirando conmigo su hermosura,
Su airosa gallardía, su gracia y su esbeltez,
Creeréis que nunca pudo la humana arquitectura
Labrar tal maravilla, que un genio en su locura,
De leve y fino encaje las fabricó tal vez,
Y Dios, que complacido las vió desde su altura,
El vaporoso encaje trocando en piedra dura,
Les dió, por un milagro, firmeza y solidez.

* * *

Bajo la excelsa nave conmigo entrad; dispuesta
De su Patrona augusta para la alegre fiesta,
Con sus mejores galas se adorna y se atavía;
Es todo luz y aromas, y música y rumores;
Ante el dosel que cubre la imagen de María,
En profusión las velas fulguran entre flores,
Y al vivo centelleo de su oscilante llama
Relumbra su diadema de rica pedrería
Y el oro que sus ropas magníficas recama.

Del órgano resuena la ronca tubería,
Y sus vibrantes notas, poblado de armonía
El ámbito espacioso de las sonoras naves,
Escápanse ligeras, cual bulliciosas aves
Que el nido abandonarán al despuntar el día.

Dan paso á los fulgores del sol resplandeciente
Calados rosetones y ojivos ventanales,

En que formara el arte mosaico transparente,
Uniendo y combinando policromos cristales.
Los rayos que por ellos penetran á raudales
En el recinto augusto del templo, que perfuma
El oloroso incienso, que en vagas espirales
Las bóvedas anega cual blanquecina bruma,
Proyectan sus variados y vivos resplandores
En la humareda leve que se dilata y sube,
Cual tiende el arco iris sus franjas de colores
Sobre el flotante velo de la esponjosa nube.
La luz tornasolada, rasgando la ligera
Neblina perfumada que flota en las alturas,
Las naves ilumina de súbito, y doquiera
Que se proyecta copia las orlas y figuras
Que adornan y matizan la espléndida vidriera;
É imágenes y grecas, al ser reproducidas
Doquier que el tibio rayo su claridad refleja,
Coloran los tapices del coro, divididas
Por las espesas barras de la maciza reja;
Esmaltan con sus tonos el oro en los altares,
De un nimbo circundando las santas esculturas;
Quebrándose en los firmes, graníticos pilares,
Recórtanse truncadas en nichos y molduras;
Con vivo titileo vacilan temblorosas
Por cima del gentío que humilde se prosterna;
Y pintanse extendidas en las marmóreas losas,
Igual que las grotescas figuras caprichosas
Que arroja sobre el lienzo la mágica linterna.

.....
¿Quién puede tal grandeza mirar indiferente?
¿Quién tal prodigio, mudo de admiración no ve?
¿Y quién contempla altivo sin humillar la frente,
Del templo soberano la fábrica imponente,
En donde el Arte emula los triunfos de la Fe?

MANUEL DE SANDOVAL.





¡AQUÍ ESTOY YO!

Por Eydenhauf.

Schreiber, pl.

El cielo en 1903.

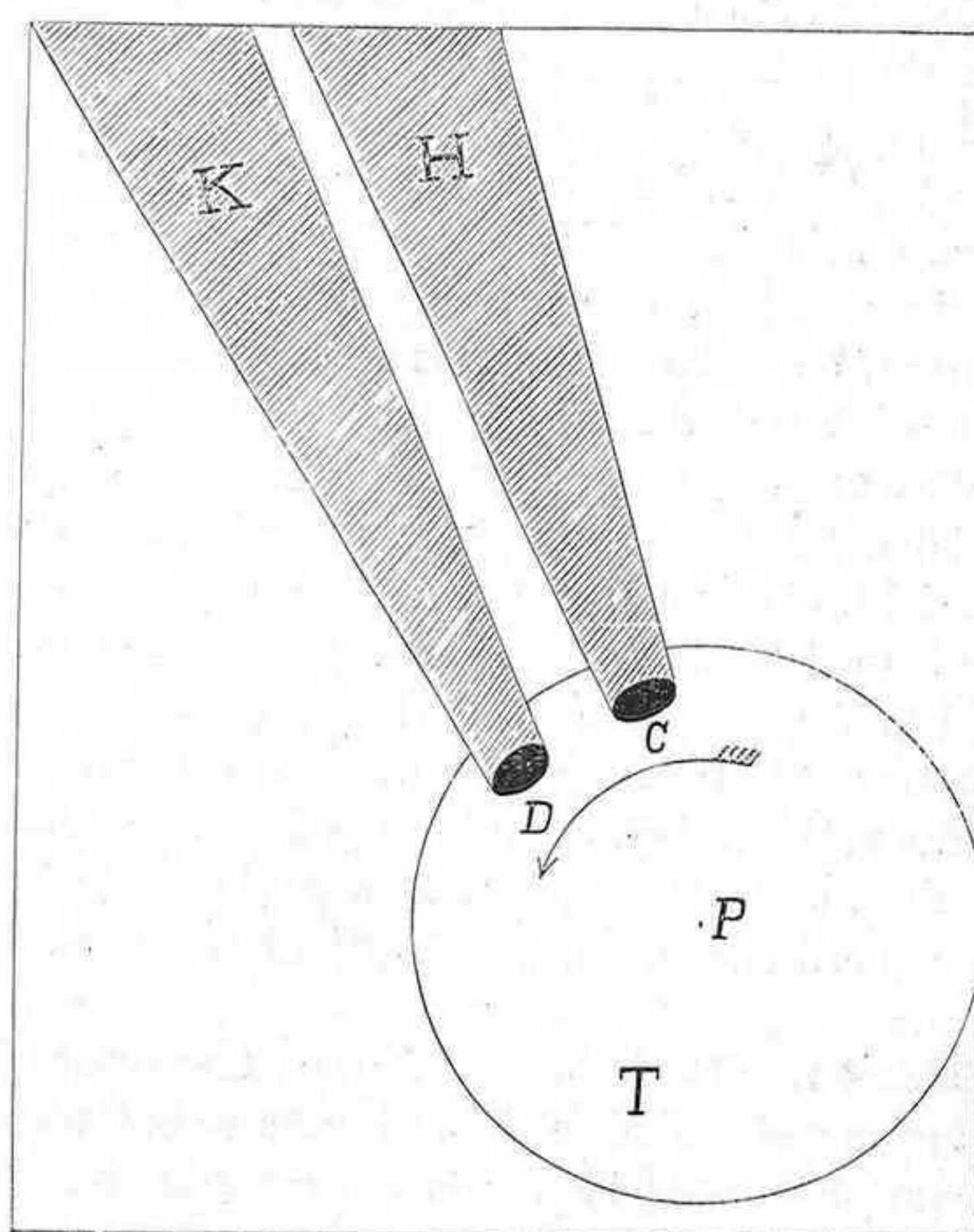
Sol.—En los momentos en que estas líneas se escriben (6 Julio 1902) continúan relativamente tranquilas las capas exteriores del inmenso globo, sin dar apenas señales de su periódica actividad, acentuándose por lo tanto la analogía entre el actual mínimo de manchas y el de 1878, cuya duración fué de más de tres años. Como quiera que sea de este paralelismo de fases, la recrudescencia de aquella actividad no ha de tardar en iniciarse, y en espera de que así suceda, hay que prepararse para observar las primeras manchas que aparezcan, dibujar su forma y su estructura y determinar su posición con respecto al ecuador del astro.

El lector asiduo de estos artículos tiene ya noticia de la importancia que para el mundo científico revisten los complejos problemas que atañen á la evolución del Sol, y cuya solución se busca principalmente en el examen de sus atmósferas luminosas, visibles tan sólo durante los fugaces instantes de los eclipses totales.

De ahí la expectación que despierta el espléndido eclipse cuya totalidad podrá observarse en España en 1905, y por consiguiente la oportunidad de exponer aquí, acerca de estas materias, algunas nociones para ilustración del público que, aunque á ellas ajeno, sabe apreciar todo su alcance y encuentra lógico formarse idea exacta de lo que observa y admira. En el presente Almanaque se dan aquellas nociones más relacionadas con la esencia misma del fenómeno astronómico de que se trata, y en el del año próximo se expondrán las que se refieren á los principios fundamentales del análisis aplicado á las brillantes aureolas del eclipsado disco. Si á esto se añade lo expuesto sobre el particular en Almanaques anteriores, se

tendrá una suma de conocimientos suficientes para la observación del aludido fenómeno.

No estará de más consignar que un eclipse total de Sol acontece cuando la Luna, en su movimiento alrededor de la Tierra, se interpone entre ésta y aquél, ocultando su disco completamente. El cono de sombra H que nuestro satélite arroja al otro



lado del astro que lo ilumina, se proyecta en un momento dado sobre un lugar C de la Tierra, y produce allí una mancha oscura, de forma más ó menos ovalada, según la mayor ó menor inclinación del eje del cono sobre la superficie interceptada, y claro es que si nuestro planeta, cuyo polo



boreal supondremos en P, permaneciese inmóvil y la Luna se moviese en el plano del paralelo del punto C, el cono de sombra correría de H á K, ó sea de Occidente á Oriente, y la mancha oscura de C á D sobre el paralelo mismo, con la velocidad correspondiente á este punto de aquel eje.

Pero la Tierra se mueve sobre su órbita y además gira sobre su eje, resultando por esta segunda causa, que es la más eficaz, que en el intervalo considerado, el punto C ha debido correr también en el mismo sentido con la velocidad lineal que corresponde á esta latitud, siempre menor que la que lleva el cono de sombra que lo tropieza.

En este caso sencillo, único que aquí es dado considerar, resulta evidente que la velocidad de la mancha oscura sobre la superficie de la Tierra es la diferencia entre la propia del cono de sombra á esta distancia de la Luna y la del lugar C por la rotación del globo.

Mercurio.— Antes de la salida del Sol podrá observarse en las épocas de su mayor distancia angular con aquel astro, que tendrán efecto en los siguientes días: 27 de Febrero, 28 de Junio, 18 de Octubre; y después del ocaso, hacia el Oeste, en estos otros: 17 de Enero, 10 de Mayo, 6 de Septiembre, 31 de Diciembre. Las circunstancias más favorables para la observación en nuestras latitudes se presentarán el 6 de Septiembre, en cuyo día permanecerá más de una hora sobre el horizonte del SO.

Venus.— Desde primeros de Febrero se verá brillar notablemente después del ocaso del Sol, al SO. del horizonte, llegando á su mayor brillo por este lado el 17 de Agosto, en cuyo día su distancia á la Tierra será tan sólo de 60 millones de kilómetros. Al otro lado del horizonte volverá á alcanzar máximo brillo durante la aurora el 22 de Octubre, alejándose progresivamente de la Tierra y perdiéndose en los resplandores del astro del día.

Marte.— De Febrero á Junio, transcurso de su mejor visibilidad, el rojo planeta se hallará en la constelación de la Virgen, corriendo sobre la bóveda celeste de la estrella θ , de cuarta magnitud, á las inmediaciones de β , de segunda. Estará en oposición con el Sol el 28 de Marzo, en cuyo día medirá su diámetro aparente 17". El 3 de Abril distará de la Tierra 94 millones de kilómetros, deduciéndose por lo tanto que esta oposición será de las menos favorables para la observación con anteojos de pequeña y aun de mediana fuerza,

puesto que Marte puede aproximarse á nuestro mundo á 56 millones de kilómetros, como ocurrirá sensiblemente en 1907, en cuyo caso el diámetro aparente llega á medir 30" $\frac{1}{2}$.

Júpiter.— Durante los meses de Julio y Agosto se encontrará en el límite SO. de la constelación de Piscis, y en lo restante del año en la de Aries, pasando muy próximo á la estrella φ , de cuarta magnitud, en los primeros días de Octubre. Estará en oposición con el Sol el 11 de Septiembre, en cuyo día é inmediatos medirá su diámetro aparente ecuatorial 50", y á su paso por el meridiano se elevará sobre el horizonte de Madrid á una altura de 34° 25', permaneciendo sobre dicho solano 11^h 25^m.

En la lista siguiente van expresados los eclipses de los satélites y los pasos de sus sombras sobre el disco del planeta, observables á horas bastante cómodas, haciendo empero alguna excepción á esta regla para los fenómenos relativos al tercer satélite, y más aún del cuarto, á causa de su importancia. Las horas son de tiempo medio del meridiano de Madrid, contadas de 0^h á 24^h á partir de mediodía. La sombra del cuarto satélite correrá sobre el disco sensiblemente por la mitad del hemisferio austral, que será el más elevado, mirando con anteojos inversos. La del tercero, entre esta mitad y la banda ecuatorial. La del primero, entre esta banda y el diámetro mayor del disco. Para percibir bien la sombra del segundo se necesita un instrumento de bastante potencia, por cuya razón no hago mención de sus pasos.

ECLIPSES.

Agosto	8	I	á	10 ^h	21 ^m	14 ^s	inmersión.
»	16	IV	á	12	9	6	in.
»	»	»	á	14	45	39	emersión.
Septiembre	3	III	á	9	58	5	inmersión.
»	10	II	á	7	14	48	in.
Octubre	5	II	á	6	57	23	emersión.
»	9	III	á	9	10	27	em.
»	12	II	á	9	33	27	em.
»	16	III	á	10	10	41	inmersión.
»	»	»	á	13	12	4	emersión.
»	24	I	á	9	41	4	em.
Noviembre	3	I	á	6	5	29	em.
»	6	II	á	6	41	30	em.
»	8	IV	á	7	42	42	inmersión.
»	»	»	á	10	30	44	emersión.

Noviembre	10	I	á	8	1	4	emersión.
»	13	II	á	9	18	34	em.
»	14	III	á	5	16	39	em.
»	17	I	á	9	56	41	em.
»	19	I	á	4	25	39	em.
»	21	III	á	6	23	25	inmersión.
»	»	»	á	9	18	38	emersión.
»	26	I	á	6	21	16	em.
»	28	III	á	10	26	3	em.
Diciembre	3	I	á	8	16	52	em.

Noviembre			á	7	8	salida.
»	25	I	á	6	46	entrada.
»			á	9	3	sal.

Saturno.—De Julio á Noviembre permanecerá en la constelación de Capricornio, deslizándose de Este á Oeste casi paralelamente á la recta que une la estrella ζ con la ω , y á igual distancia entre ésta y la α . Estará en oposición con el Sol el 30 de Julio, midiéndolo á la sazón su diámetro aparente 17". El plano del anillo aparecerá más inclinado que en 1902, de que resulta que el globo del planeta sobresaldrá visiblemente en los extremos del eje menor de la elipse exterior aparente del apéndice anular.

Urano y Neptuno.—De Junio á Noviembre estará el primero de estos planetas al Sur de la constelación de Ofinco, al Este, y muy cerca del grupo de estrellas que acompaña á la θ , de tercera magnitud. Su oposición con el Sol será el 15 de Junio, midiéndolo en aquella época su diámetro aparente 4".

De Enero á Mayo se hallará Neptuno al Oeste del grupo de estrellas que acompaña á la α de la constelación de Tauro, sensiblemente sobre la recta que une este grupo con las Pléyades, y en los últimos meses del año, al Este del mismo grupo.

Eclipses de Sol y Luna.—Habrá este año dos eclipses de Sol, invisibles en España, y dos parciales de Luna, uno de los cuales será completamente visible en la Península, y ocurrirá el 11 de Abril, siendo sus principales circunstancias, para Madrid, las siguientes:

Entrada en la penumbra...	9 ^h	12 ^m
» en la sombra.....	10	20
Medio del eclipse.....	11	58
Salida de la sombra.....	13	57
» de la penumbra....	14	45

Parte eclipsada=0,97, tomando como unidad el diámetro de la Luna.

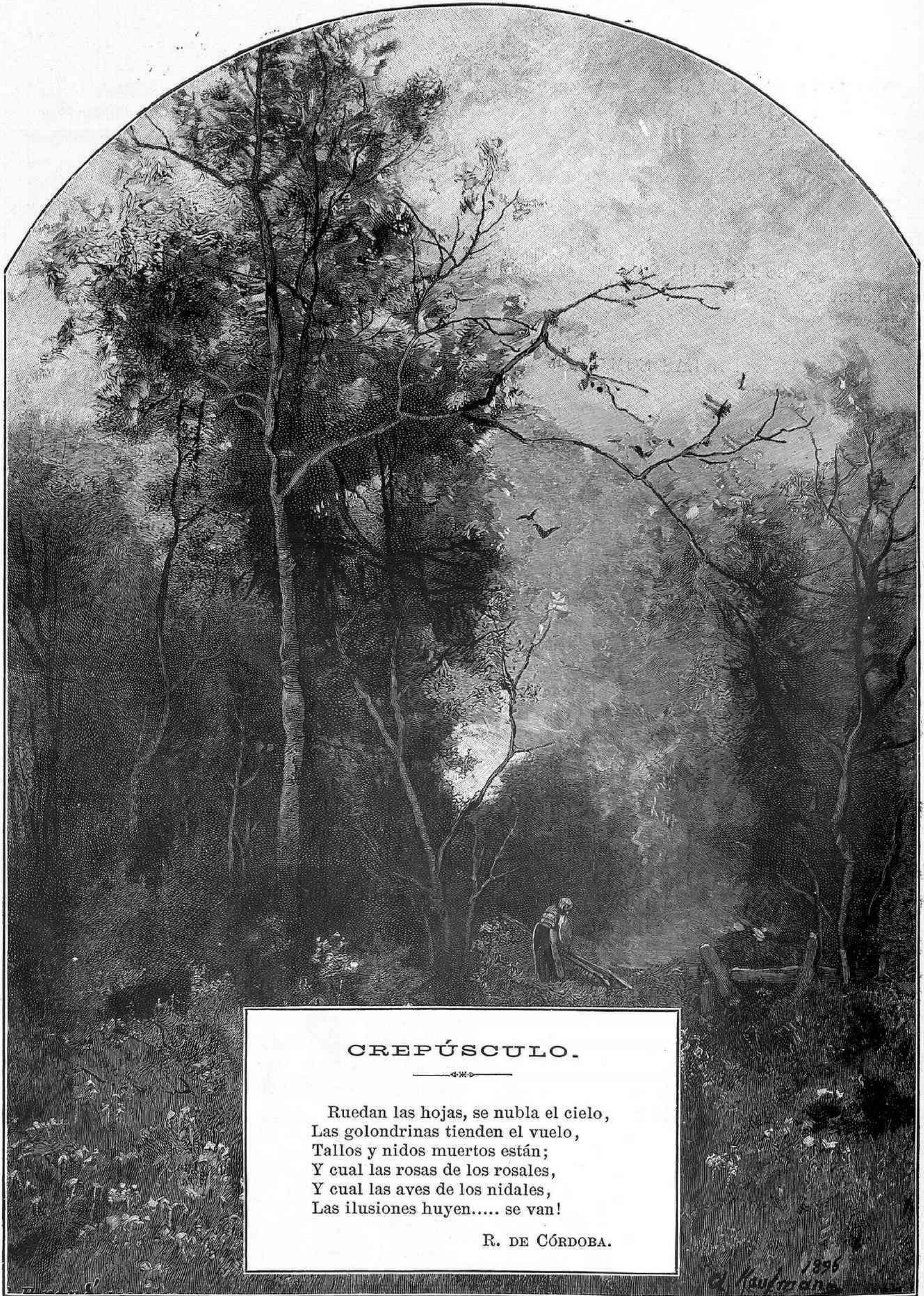
El segundo eclipse de Luna tendrá efecto el 6 de Octubre, y sólo serán visibles en España las últimas fases.

JOSÉ J. LANDERER.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

Julio	31	I	á	10 ^h	18 ^m	entrada.	
»				á	13	28	salida.
Agosto	16	I	á	9	27	ent.	
»				á	11	46	sal.
»	»	III	á	11	48	ent.	
»				á	14	36	sal.
»	23	I	á	11	21	ent.	
»				á	13	40	sal.
Septiembre	1	I	á	7	44	ent.	
»				á	10	2	sal.
»	8	I	á	9	39	ent.	
»				á	12	57	sal.
»	24	I	á	7	56	ent.	
»				á	10	14	sal.
»	27	IV	á	11	21	ent.	
»				á	14	51	sal.
Octubre	1	I	á	10	51	ent.	
»				á	12	9	sal.
»	10	I	á	6	15	ent.	
»				á	8	33	sal.
»	17	I	á	8	10	ent.	
»				á	10	28	sal.
»	24	I	á	10	6	ent.	
»				á	12	23	sal.
Noviembre	2	I	á	6	30	ent.	
»					8	47	sal.
»	3	III	á	8	9	ent.	
»				á	11	18	sal.
»	9	I	á	8	25	ent.	
»				á	10	43	sal.
»	18	I	á	4	50	ent.	





CREPÚSCULO.

Ruedan las hojas, se nubla el cielo,
Las golondrinas tienden el vuelo,
Tallos y nidos muertos están;
Y cual las rosas de los rosales,
Y cual las aves de los nidales,
Las ilusiones huyen..... se van!

R. DE CÓRDOBA.

1896
A. Kaufman



MARAVILLOSA HISTORIA DE UNOS ANTOJOS⁽¹⁾

CONTADA PARA RECREO Y ENSEÑANZA DE LOS QUE LEYEREN

por el bachiller PEDRO DE ZENTRUENIGA

natural y vecino de Almonacid

AÑO MDCXVII.



ESTO leí en la portada de un raro manuscrito encuadernado en piel, que hube de encontrar en un baratillo de libros.

Lo raro del epígrafe espoleó mi curiosidad; entregué al vendedor desarrapado los céntimos en que tenía tasado el manuscrito, y en las soledades de mi gabinete dí lectura á la *Maravillosa historia*.

Aligerada ésta con la supresión de algunos párrafos de indigesta filosofía, y arreglado un tanto al estilo, de sobra arcaico, hé aquí lo que escribió el bachiller Pedro Zentruéniga, nombre que no figura, que yo sepa, en ninguna biblioteca, florilegio ni centón de autores castellanos.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el que comienza la presente historia y se da noticia de los primeros pasos de Pedro de Zentruéniga, hasta que se acomodó de criado en casa de un caballero de la corte.

Nací en Almonacid, y de padres tan regañados con los maravedises, que la primera envoltura que tuve fué un pedazo no muy cumplido de estameña, único resto posible de un refajo de mi señora madre.

Esto justifica el que á los ocho años escasos de yo nacer me viera precisado á buscarme la vida, cosa harto difícil y malaventurada. Me separé de

los míos sin duelo ni pena, porque mi señor padre, sin ser ningún dómine de Cabra, traía á su menguada progenie la mayor parte de los días á caza de moscas, entretenimiento apropiado para disimular la hambre. Dábase la pícara coincidencia de que, siendo sastre, no enhebraba jamás la aguja: malas lenguas decían que su desgracia era debida á que en sus manos las telas encogíanse de tal forma, que si cualquier sastre necesitaba tres varas para unos gregüescos, él empleaba siete y aún venían á quedársele cortos.

Como tantos otros truhanes y vagabundos, cuyas vidas y milagros llenan las mejores páginas de nuestros más nimios escritores, lancéme yo también á la briba por esos caminos de Dios y de nuestro señor el rey D. Felipe II, y unas veces á pie, otras á la trasera de los carromatos, ya caballero á lomos de las mulas desocupadas de cualquier séquito de caminantes, ó sobre las ancas de algún rucio de los trajineros, paseé mi infancia, mi desnudez y sinvergozonería por todo el reino, comiendo lo que la caridad de los unos ó el propio ingenio me regalaba: á veces acudía al hurto, que no hay razón prudente ni idea sana en quien trae el estómago como saco de fraile al amanecer; á ratos, entretenía el ocio mortal de mis horas en jugar á la puerta de los mesones con los que venían en ganas de perder sus dineros; y no es alabarme: pocos habrán tenido mi maestría en jugar á la veintiuna con ventaja, cambiar una carta y hacer ver al contrario lo blanco negro.

(1) Anteojos.



Desde que andaba á gatas, he tenido animadversión á cuantos comen de husmear y entremezclarse en vidas ajenas así es que siempre he huído, como del demonio, de cuadrilleros, inquisidores, alguaciles, escribanos y demás gente molesta de la república: fatalmente, la Providencia ha hecho que en mi peregrinación diera algún que otro encontronazo con estos prójimos, que, por lo obscuro de sus trajes, lo amarillo de su cutis y la vinagre de sus caras, ennegrecen el espíritu, dan ictericia al contento, y amargan la existencia de los que, como yo, son reyes y señores absolutos de sus personas en la, si azarosa, dulce vida de la heria (1): por fortuna, mis delitos eran tan cortos como mis años, y, salvo algún regalo en las costillas con la vara (y no de virtudes), he salido avante en mi oficio de pícaro.

El cual oficio no habría tenido para mí término honroso, á no haber hecho la casualidad, gran maestra de venturas y desdichas, que en una venta, de cuyo nombre no quiero acordarme ni hay para qué conocerla, se aficionase de mi desarrapada, mugrosa y truhanesca persona un caballero tan harto de ducados como yo de privaciones.

Necesitaba el tal señor, llamado D. Inocente de la Virotila, un paje de servicio, y al verme á mí gravemente ocupado en abrir la boca como diablo en vacaciones, propúsome lo de entrar á su servicio; convínome el trato, acepté, y previo un lavatorio general, que buena falta me hacía, y un flamante equipo, entré á su costa, partiéndonos al amanecer del siguiente día á la imperial y coronada villa, y única en España para mí desconocida.

Llegamos un tanto molestos; que el cabalgar en jacos de mesón no es viajar en sillas de manos, y entréme yo, es decir, entramos en Madrid un martes al obscurecer: como mi amo poseía una casa en la famosa calle Mayor, y en dicha casa un aposento amueblado, en él hicimos alto.

Sorprendióme ver en qué vivienda había ido á dar con mis huesos; miré al señor de la Virotila entre suspenso y azorado, y el caballero, sonriente, al notar mi cariacontecida y temblona figura, me dijo:

— Amigo Zentruéniga, no hay para qué asombrarse, que si sigues en mi compañía, cosas de mayor pasmo has de ver que la de los esqueletos, buhos, retortas, alambiques y librotos que ocupan

(1) Hampa.

esta habitación. Sábeta que entretengo mi vagar de caballero rico en el estudio de las ciencias ocultas, y este cuarto es mi laboratorio secreto, en donde nadie más que tú ha de entrar, y has de jurarme que nadie tampoco ha de saber á qué dedico mi tiempo, para evitar las consiguientes molestias de que nos visiten los del Santo Oficio, que tienen por brujerías lo que no es sino legítimo afán de ensanchar los linderos de la ciencia.

Díjome solemnemente mi amo, y yo juréle lo que quiso, una vez convencido de que en nada de todo aquello intervenía el diablo.

CAPÍTULO II.

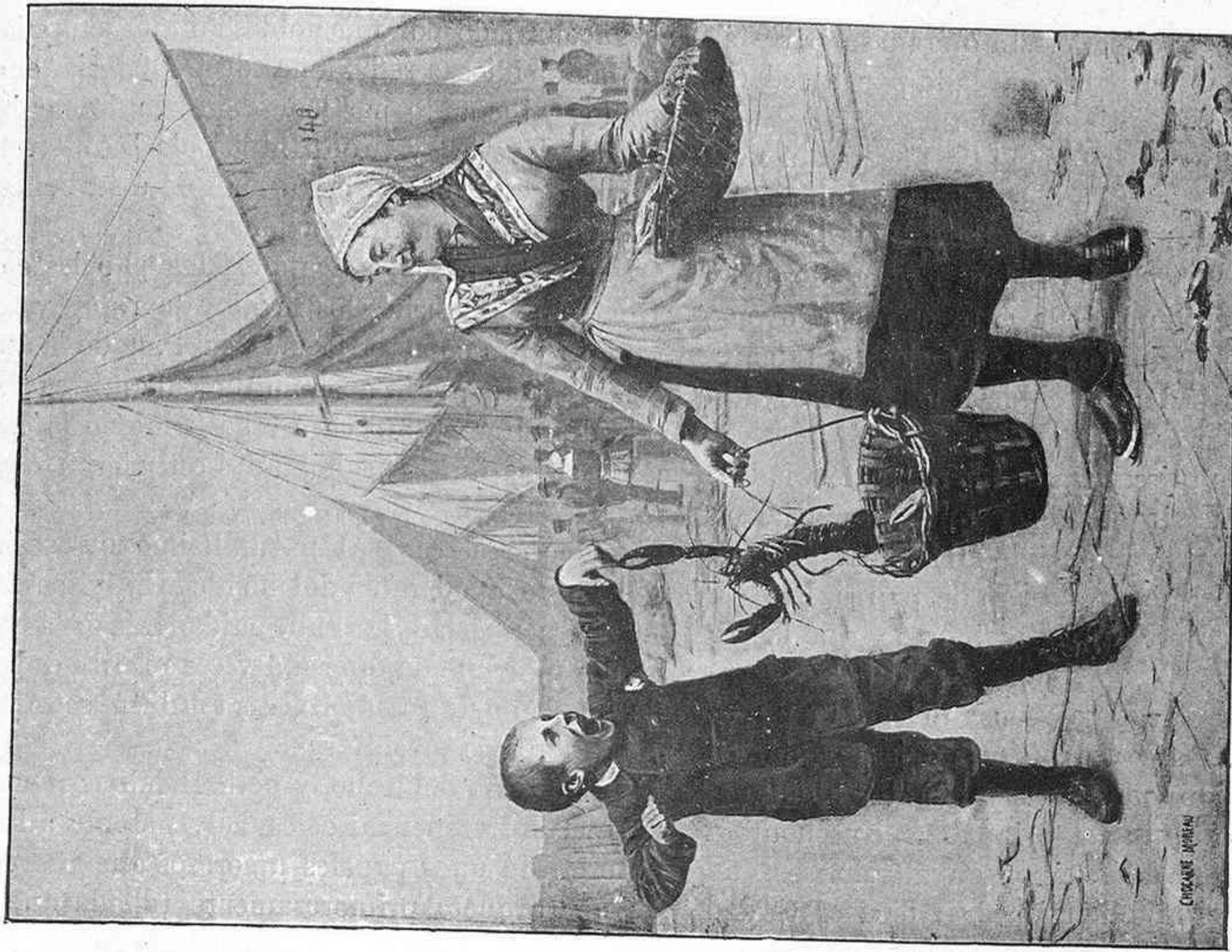
De la buena ventura que le sobrevino al autor de esta verídica historia.

Cobréle tal afición al caballero de la Virotila, y fué éste para conmigo tan considerado, que me hizo su discípulo, instruyéndome en el manejo de los chirimbolos que le servían para hacer sus manipulaciones. Como yo manifestara un natural despierto, llegó á tanto su bondad que, convertido en dómene, me enseñó á leer y escribir, amén de otros estudios superiores, con lo que, andando el tiempo, vine á resultar un hombre de pro, bachiller titulado y humanista á carta cabal.

Trataba mi amo de resolver arduos problemas de física y química; no era, como yo supuse al principio, ningún brujo de los que tienen comercio con los espíritus infernales, ni tampoco un vulgar alquimista de aquellos que en los pasados siglos se quemaban las pestañas buscando la piedra filosofal; en realidad, el señor de la Virotila era un sabio inofensivo que se reía de la hermenéutica que tantos locos ha hecho en el mundo.

Solo, sin familia, sin deudos, sin otro amigo que este su fiel servidor, reconcentró D. Inocente todos sus afectos en mi persona, y yo, que si fui *in illo tempore* truhán, jamás pequé de ingrato, llegué á quererle con solicitud de hijo amante, no como quise á aquel sastre, mi padre de hecho.

Como el caminar del tiempo acaba por llenar de achaques, alifafes y garambainas á los que, según el poeta, llegan al «invierno de la vida», D. Inocente no pudo sustraerse, á pesar de su sabiduría, á esta ley inmutable y rigurosa, y entrado ya en los setenta, tras breve decadencia, entregó su espíritu á Dios.



UN APRETÓN DE MANOS.

Cuadro de Chocarne Moreau.



LA GALLINA CIEGA.

Cuadro de Fould.

Lloré sincero su muerte, sin que fuese parte á mitigar mi aflicción haber quedado por heredero universal de sus cuantiosos bienes.

Y héte aquí, por arte de la loca Fortuna, á Pedro Zentruéniga, el hijo del sastre perdulario de Almonacid, convertido en caballero, llena la bolsa de ducados, pudiendo dar quince y raya á los más sabihondos bachilleres de la corte, en plena juventud, dispuesto á triunfar, por su facha, su talento y su dinero, allí donde se lucen los señores, los letrados y los ricos.

Proveíme de lujosos trajes, me rodeé de criados, monté mi casa á lo grande, y quise desquitarme de aquellas mortales horas de mi adolescencia, en las cuales llevarme un bocado de pan á la boca era para mí empresa más arriesgada que las de Hércules.

No me faltaron amigos, como no les falta nunca á los advenedizos de la fortuna; dejeme guiar en las cuestiones de tono por unos cuantos hidalguites de gotera que me brindaban con honrosa amistad y no se desdeñaban en alternar con un villano como el hijo de mi padre: bien es verdad que á mi mesa jamás me senté solo, sino rodeado de múltiples señores que engullían como lobos, mentían más que mozas del partido á caza de incantos, y adulaban tan sutilmente que tomaráseles por cortesanos ambiciosos.

No me faltaron tampoco aventuras amorosas, que éstas siempre contribuyen al esplendor de los caballeros adinerados que no saben qué hacerse de su tiempo, y consumen éste como las arañas el suyo, en inutilidades; enredéme gustoso en la impalpable red que me tendió Cupido, tejida muy habilidosamente por una tal D.^a Estrella, huérfana de un intendente general de Indias, según su testimonio y el de su señora madre doña Gloria, que así Dios me perdone si tal gloria no era un sarcasmo al ver el rostro escuálido, los ojos de mochuelo, la boca desportillada y la nariz como de cuchilla que disfrutaba aquel diablo de mujer.

CAPÍTULO III.

Donde se da cuenta del imprevisto hallazgo de unos anteojos, con otros lances de singular interés, acaecidos á Pedro de Zentruéniga.

Más que el amor, cegóme la vanidad de ser yerno de un intendente de Indias, aun cuando el tal se pudriese en donde todos hemos de podrir-

nos: aconsejado por mis nobles amigos, empujado por las insidiosas reflexiones de D.^a Gloria, enardecido y alucinado por los suspiros, miradas lánguidas, dengues y trampantojos de D.^a Estrella, decidí hacerla mía en la forma que á su honestidad, virtudes y rango convenía.

Dados los pasos, arreglados los papeles en la curia romana, hechos los regalos de rigor, y todo á punto para cometer la más sublime de las ton-tunas, cátrate que la noche última de mi regalada vida de soltero, empecé á rebullirme en la cama como si las finísimas holandas estuvieran espolvoreadas de vidrio.

Achaqué el caso al naturalísimo desasosiego que ha de apoderarse del hombre la víspera de trocar su libertad, horra de cuidados, por la cadena del matrimonio, que si á veces resulta dulce y florida como de rosas, á veces también se cambia en grilletes de presidiario.

Levantéme del lecho, y no hallando cosa mejor en que entretener mi ociosidad, púseme á hacer espurgo de unos papeles amorosos que guardaba en una arqueta primorosamente tallada que heredé del señor de la Virotila.

No sé cómo fué, pero es el caso que al meter la mano en el arca y tropezar con ella en uno de los tableros, desapareció éste como por arte mágica y quedó á mi vista el interior de un diminuto compartimiento ocupado por una cajita de oro afiligranado; recogíla ansioso, y apretando un resorte vi que contenía unos anteojos con armadura dorada.

Confieso que fué grande mi desencanto, porque esperaba yo encontrar alguna joya de inestimable precio, y me hallaba con unos cristales que para maldita de Dios la cosa que me servían.

Iba á dejar en su sitio el hallazgo; pero advertí que en el reverso de la tapa había una inscripción grabada toscamente con un buril, la cual inscripción decía:

Si quieres ser dichoso no emplees jamás estos anteojos, compuestos sus cristales de tan sorprendente arcilla que saben reflejar el espíritu y alma de los hombres en su verdadero estado. Ignórase quién fué su artífice; yo los heredé de un sabio árabe que tenía fama de tratar con el diablo.

Y al pie de tan rara noticia había una rúbrica que reconocí ser la de D. Inocente de la Virotila.

Entre receloso y emocionado examiné los portentosos anteojos, y no hallando en ellos nada de notable, me los planté en el caballete de las nari-

ces y miré en derredor mío sin sorprender ninguna maravilla.

Supuse que D. Inocente habíase permitido, aunque pecaba de serio y prudente, bromearse después de muerto con el incauto que topara con tales antojos.

Á pesar de este razonamiento, como sentía el espolique de la curiosidad, para salir pronto de dudas llamé á uno de mis criados que hacía de mayordomo y era un ciudadano panzudo, con cara bobalicona.

Somnoliento presentóseme el buen hombre, admirado de lo intempestivo de mi llamada y con el rostro como siempre risueño.

Con voz melíflua me preguntó qué urgencia me acaecía; sin replicarle palabra, volví á calarme los cristales y ¡por Dios vivo! que sin ser dueño de reprimir mi asombro, dí un salto en la silla á riesgo de medir el suelo con mis costillas.

Delante de mí tenía al mayor de los bribones, aun cuando su máscara hipócrita le hiciera pasar por inofensivo demandadero de monjas: aquel hombre interiormente maldecía de mí por la molestia que le ocasionaba.

— ¡Márchate! — grité iracundo.

El mayordomo, con los ojos muy abiertos, hizome una reverencia y alejóse de la estancia, no sin que en su fuero interno continuara su letanía de maldiciones contra mí y mi respetable familia.

En casa de mi prometida, en donde á costa de mis dineros iba á celebrarse la ceremonia nupcial, había gran golpe de convidados. Hice mi entrada: todos corrieron á mi encuentro dándome parabienes y extremando cortesías; mis amigos, los ilustres hidalgues, aparecían más finchados que portugués con mando; mi señora D.^a Estrella, espléndidamente ataviada con la simbólica corona de azahar, que tantos azares cuesta, me recibió con la más enloquecedora de sus sonrisas, y hasta la arpía de D.^a Gloria acudió á mí solícita llamándome « ¡Hijo mío! »

Cumplidas las engorrosas leyes de la urbanidad, quise experimentar los antojos, y, á pretexto de que padecía de resfriado á la vista, púsemelos con intento de comprobar una vez más su portentosa eficacia.

Y creí volverme loco de angustia, de horror y de asco, pues según iba fijándome en las personas que me rodeaban, ofrecíanse á mis miradas en tan repugnante desnudez moral, que tuve que violen-

tarme para no coger un objeto cualquiera y arrojarlo á la cabeza de tanto truchimán como veía.

Mis amigos los hidalgues eran unos vagos viciosos que se reían á carcajadas de mi credulidad, teniéndome por un pobre diablo que se dejaba desplumar lindamente; mi futura reíase también de mí que la creía señora principal y no era más que una miserable aventurera que quería á mis expensas normalizar su azaroso vivir; D.^a Gloria no era tal madre de Estrella, sino una de tantas Celestinas que venden su fingida maternidad á cualquier sinvergonzona que necesite de tal papel en la comedia para incantos.

Lleno de ira y á punto en que Estrella, radiante de hermosura, vino á mi lado para decirme: « Cuando gustéis podemos pasar al oratorio », lancé una exclamación propia de arriero en lance apurado, y con gran escándalo y algazara del concurso, vociferé entre despechado é irónico:

— Ya que antes estuve ciego y traté como á personas honradas á quienes no son más que truchimanes sinvergüenzas, ahora, que he recobrado la vista, he de descubrir vuestra farsa; vosotros, hidalgos de gotera, hambrientos como lobos, no sois más que caballeros del pego, gorriones de la hacienda ajena; tú, que te llamas D.^a Estrella, busca otro incauto á quien entregar tu blanca mano, asaz estrechada y besuqueada de galanes; y tú, vieja arpía, puedes venderte otra vez como viuda de intendente de Indias y madre de quien tenga más fortuna que esta tu hija pegadiza; al fin, vuestro origen es la casa llana y á ella volveréis como paloma y lechuza, mis señoras doña Estrella y D.^a Gloria....

Siguióse á este mi discurso, un gran silencio y estupor, los cuales aproveché para huir de aquella casa.

CAPÍTULO IV.

De las desdichas que se le siguieron á Zentruéniga con el uso de los antojos maravillosos, del prudente consejo que recibió de un sabio y del final plácido é instructivo de esta historia.

No quise seguir el saludable aviso que se leía en la cajita donde se guardaban los antojos, y empleé éstos á diario, y á diario sufrí una decepción, un desencanto terrible y un gran disgusto, entrándome insólito malestar: hacíase me la vida odiosa, y el tedio roía mi existencia como ratón



encerrado en un queso; á través de mis cristales veía que todos en el mundo son grandes comediantes; todos fingían; todos engañaban; todos, empujados por el interés propio, por la soberbia, el egoísmo, la envidia y otras pasiones ruines, mentían en sus caras lo contrario de lo que sentían en su corazón.

Esto amargaba mi existencia hasta lo infinito, y acaso hubiera acabado en morir de empacho de disgusto, ó encerrarme como fraile de la rigurosa Orden de San Benito, corrompido por la misantropía, á no depararme el Señor á un viejo alquimista, que, enterado de lo que me ocurría, me dijo riéndose á lo sabio, esto es, con risa conejil:

—Tal es como cuentas, hijo mío, la humana condición; todos vivimos en perpetua ficción y comedia, y gracias á esto el mundo existe; de lo contrario, nos destrozariamos los unos á los otros, porque al fin y á la postre no somos ángeles ni santos, sino hombres..... Y gran cosa, hijo mío, es esta de que podamos sustraer á la vista natural del prójimo las ruindades y miserias que de continuo afligen al espíritu, haciendo con esto que

la vida nos sea algo más agradable y venturosa y tengamos ilusiones y esperanzas, flores que embellecen este desierto camino por el que tan trabajosamente hacemos nuestra jornada..... Así es que si, como creo, eres varón prudente, debes reducir á polvo esos maravillosos cristales, y vivirás feliz y contento lo que te reste de vida, sin querer nunca sondar las impurezas que ocultan los hombres y las cosas.

Dijo el sabio: seguí su consejo, y desde entonces realicé á poca costa aquellos deseos tan hermosamente expresados por el ilustre fraile é inmortal poeta:

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

Finis.

Por la copia del manuscrito,
ALEJANDRO LARRUBIERA.

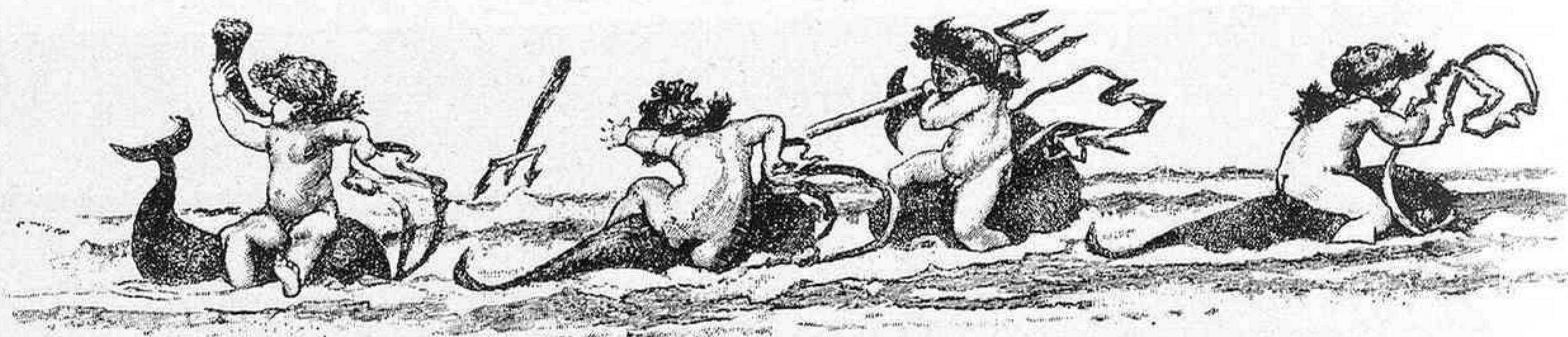


LAS MUSAS.
Cuadro de Lionel Roger.



CONFIDENCIAS





LOS PRÍNCIPES.

(PENSAMIENTO DE UNA NARRACIÓN, EN PROSA, DE CATULLE MENDES.)

I.

Llegaron al palacio alabastrino
Que se refleja en el zafir del lago
Tres príncipes de rostro peregrino.
El perínclito mago
Que reina sobre trono de diamantes
Protegido por monstruos y dragones
Y amparado por cíclopes gigantes,
Vió llegar á los niños arrogantes,
Arrogantes y bravos cual leones.

En sus frentes serenas
De la radiante juventud dichosa
Brillaban las benditas azucenas;
Un torrente de sangre generosa
Circulaba soberbio por sus venas,
Y á sus pupilas, astros de cariños
Nunca empañados por horrible duelo,
Se asomaban sus almas como niños
Que contemplan la tierra desde el cielo!

Trémulos, cual la virgen seductora
Que los enigmas del amor ignora
Y acata del amor las dulces leyes,
Inflamados en ansias juveniles,
Los mancebos gentiles,
Los hijos del monarca Rey de reyes,
Ofrecieron en rítmicas canciones,
Perfumadas con mirtos y violetas,
Sus coronas, sus cetros, sus legiones
Y sus siempre esforzados corazones
Por el laurel que ciñen los poetas.

—¿Sabéis lo que pedís?...—el nigromante
Dijo desde su trono de diamante.—
¡Sabéis lo que pedís!... La fantasía,
Cuando tiende cual águila su vuelo,

Aspira á remontarse al alto cielo
En que es reina y señora la poesía.
¿Queréis vivir entre el fulgente coro
De los astros de púrpura y de oro?...
¿Queréis vivir teniendo por alfombra
El manto azul que bordan las estrellas?...
¿Queréis rasgar los velos de la sombra
Y del carro del sol seguir las huellas?...
¿Queréis gustar fantásticos amores,
Tener lecho de rosas y claveles,
Entender los idilios que á las flores
Dice el silfo volando en los verjeles?...
¿Queréis que os den arrullos y cantares
Las olas que en los mares
Se revuelven rugiendo como esclavos
Cuando el viento iracundo las inquieta...?
¡Grande es vuestra ambición, príncipes bravos,
Porque es grande, muy grande, ser poeta!

Pero yo fuí de vuestra madre amigo,
Yo admiré su belleza soberana
Que descollaba como en verde trigo
Descuella la amapola toda grana.
Por vosotros me hablaron gemidores
Dos pardos ruseñores
Que alegran con sus cantos mis jardines,
Y yo, que aplaudo al valeroso atleta
Y adoro en los bizarros paladines,
Ofrezco la corona de poeta
Al que con alma noble y levantada
Peregrine sin miedo y sin desmayo
Y me ofrezca al final de su jornada
Una impresión tan bella y delicada
Cual las rosas de Abril ó el sol de Mayo.—

Calló el mago. Rugieron los dragones,
Palpitaron los tiernos corazones,
Y al salir del palacio alabastrino
Que en el cristal del lago se retrata,

Envueltos en sus mantos de escarlata,
Tres príncipes de rostro peregrino
Emprendieron cantando su camino
Sobre tres cisnes de bruñida plata.

II.

Con la frente serena
Y el alma noble de esperanzas llena,
Los príncipes, los niños arrogantes,
Los egregios y audaces campeones,
Volvieron hasta el trono de diamantes
Protegido por cíclopes gigantes
Y amparado por monstruos y dragones.
Allí esperaba el genio soberano
La vuelta de los bravos paladines,
Acariciando con rugosa mano
Su barba del color de los jazmines.
Los jóvenes gallardos y valientes
Inclinaron las frentes
Ante el tirano austero;
Tembló el lago rizado por la brisa,
Y en el rostro del ínclito hechicero
Brilló, con radiaciones de lucero,
La flor de la esperanza: la sonrisa.

—¡Hablad!— les dijo.— Mi vejez escucha;
La verdad santifique vuestra boca;
Sé que al partir vuestra ambición fué mucha,
Sé que al volver vuestra esperanza es poca!
Mostradme las espinas y las flores
Que cosechasteis en la humana guerra
Y, derrochando lumbres y colores,
Pintadme, luchadores,
Lo más bello que hallasteis en la tierra!...

III.

—Aún conserva mi vista—
Dijo Fernán—y ante mi vista late
Como ingente visión de gran artista
El cuadro de un homérico combate.
En inmensas llanuras
Bañadas por los rayos de la aurora,
Las lanzas y las férreas armaduras
Entonaban canción atronadora.
Eran astros de plata las cimeras,
Aves de muerte las silbantes balas,
Y sobre las legiones altaneras
Volaban desgarradas las banderas
Como alcotanes de robustas alas.
Los clarines, pregones de victoria,
Asordaban con bélicos rumores,
Y la embriaguez sublime de la gloria
Trastornaba á los héroes vencedores...
Besaba el sol las armas del guerrero,
Cegaban sus relámpagos de plata,
Y era el campo... jardín de limpio acero,
Y las tizonas... flores de escarlata!...

Devorando en silencio su amargura,
Dejando tras de sí muertos y heridos,
Por la inmensa llanura
Veloces se alejaban los vencidos...
Y en su blanco corcel, sobre la cumbre
Del monte convertido en baluarte,
Esclarecido por celeste lumbre
Y dando al viento su cantar sonoro,
Agitaba el caudillo su estandarte:
¡Su estandarte de púrpura y de oro!

—¡Hermoso cuadro se ofreció á tu vista!
¡Bella es la lucha para el alma inquieta!—
Dijo el mago á Fernán—Eres artista
Y acaso tú merezcas ser poeta.

IV.

—¡Señor!— habló Roger.— Con fe exaltada,
Sobre el cisne gentil de mi osadía
Emprendí como bueno la jornada
Para ganar el dón de la poesía.
Harto de ver los falsos esplendores
De cortes imperiales;
Harto de ver engaños seductores,
Que mienten y profanan desleales
La santa castidad de los amores...
Una tarde estival, dulce y tranquila,
Cuando del sol la espléndida pupila
Se abismaba entre sombras y misterio,
Hallé un asilo tras el muro fuerte
De una ciudad que el beso de la Muerte
Convirtió en espantoso cementerio.

Era toda una raza
La que expiraba tras horribles males,
Y el templo y el hogar como la plaza
Eran á un tiempo fosas y hospitales.
Ante la peste todos sucumbían,
Los muertos á los vivos contagiaron,
Y en la fuga expiraban los que huían,
Y en las calles morían
Los que al sentirse enfermos no temblaron.

Solas, entre dolores y entre angustias,
Como benditas flores nunca mustias,
Unas mujeres, nobles y piadosas,
Vistiendo blanca toca y negro manto,
Erraban por las calles silenciosas,
Y enjugaban el llanto,
Y brindaban alivio en la amargura,
Y daban, con dulcísimos desvelos,
Á los muertos, cristiana sepultura,
Y á los vivos, socorros y consuelos.

—¡Hermoso cuadro se ofreció á tu vista
Y hermoso es tu recuerdo, bravo atleta!—
Dijo el mago á Roger.— Eres artista
Y acaso tú merezcas ser poeta.



V.

— ¡Perdonadme, señor! — con eco blando
Murmuró suspirando
El joven Florisel.— El alma mía
Ni guarda la impresión de humana guerra,
Ni vió la caridad sobre la tierra:
¡Yo no merezco el dón de la poesía!

Al emprender cantando mi jornada,
Encontré á una mujer acongojada;
Era aquella mujer hermosa y rubia
Gentil como magnolia delicada;
Dos pervincas bañadas por la lluvia
Semejaban sus ojos hechiceros,
Tan llenos de fulgores y de encanto
Que al través de las nubes de su llanto
Brillaban cual purísimos luceros.

Quise saber la causa de su pena
Y, de amargura llena,

Con el rostro de lágrimas cubierto,
La beldad seductora así me dijo:
«¡Alma, vida y amor cifré en un hijo,
Y alma y vida y amor con él han muerto!»

Entonces yo también doblé la frente,
Y el rayo de la luna
Me sorprendió llorando al inocente
Que se ausentó por siempre de la cuna!...
Y al seguir la jornada,
Con el pecho transido de quebranto,
¡Perdonadme, señor! no he visto nada,
Que aún llevo ante mi vista fatigada
Las tristes nieblas del materno llanto!

— ¡Salud, buen Florisel! — dijo muy quedo
El mago, con tristeza y alegría.—
Aunque has ganado el dón de la poesía
Y aunque yo quiero dártelo... no puedo!
Porque al que tiene un alma soñadora,
Alma que cual la tuya vibra inquieta,
Y del amor más grande se enamora,
Y con las madres afligidas llora...
Nada le puedo dar: ¡es ya poeta!

M. R. BLANCO-BELMONTE.



LA PROMETIDA DEL REY.

Cuadro de Vicente Paredes.



UN MOLINO.
Cuadro de Damant.



LA INVASIÓN.

LA villa de Pomanes dió en hacerse pueblo fabril á la moderna, trocando el silencio patriarcal en rebullicio. Hasta los más pachorrudos lugareños se contaminaron de la fiebre industrial; hasta en los rincones de la villa repercutió el asordante traqueteo de las maquinarias. Sólo D. Bernardo de Quirós resistió á la ola arrolladora, pareciéndole demencia aquel aceleramiento de la vida. Sus amigos, sus contertulios le abandonaron; la servidumbre de su hidalga casa desertaba para granjearse en las fábricas lucro mayor; él mismo, él, que poco antes pasaba en Pomanes por flor de la gallardía y la gentileza, era ya el caballero rancio, el hidalguete añejado, y en poco estuvo que descendiese á ser ludibrio de la rapacera escarnecedora.

No llegó á tanto, porque buscó á tiempo refugio en su casa solar, á una legua, mal medida, de Pomanes. Surgió de golpe la determinación: al salir un día á la calle, D. Bernardo vió que la piqueta implacable demolía tres casas de las más hidalgas de su barrio, incólume hasta entonces. Despechado, cejijunto, con la faz avinagrada y con los posos de su hidalguía revueltos en el noble pecho, cortó el paseo, metióse portón adentro, escalera arriba por su destartalado y lóbrego hogar, convocó á grito herido las exhaustas mesnadas de su servidumbre, pagóles los estipendios, despidióse de todos con muy tiernas frases invitándoles á que fuesen tan leales servidores de la industria como hasta entonces lo habían sido de la nobleza; reservóse á su servicio una sirvienta antañona, pero fiel y diligente, y sin esperar á más aquella misma tarde salieron de Pomanes; al verse en el campo respiraron con gozo el aire limpio de hollín, sano y puro.

La casa solariega de D. Bernardo disimulaba su vetustez metida en la mata de un bosque espeso y rumoroso. Tenía, á más del bosque, jardín, corral y huerta, todo al resguardo de un cercado viejo. Como aquello, aunque ruinoso, era plácido y tranquilo, el hidalgo se acomodó á la nueva vida, de tal manera que desde el amplio balcón volado sobre palomillas de hierro contemplaba desdeñoso el lejano Pomanes envuelto en el humo de sus chimeneas. De noche especialmente gozaba Quirós con las luminarias de la ciudad fabril en la raya del horizonte; ni aun en tales horas cesaba el rebullir de la colmena; en el silencio del campo se oían apagados los rumores del tráfigo industrial, los resoplos de los hornos como respiración lenta de la llanada. Aquellos ecos le hacían más placentera la vida campesina, los rústicos regodeos y las tertulias de aldeanos á prima noche en la espaciosa cocina de la mansión solariega.

A D. Bernardo le rebosaba la satisfacción, el sano bienestar, y á su ama de gobierno se lo decía mientras ésta, después de servirle la mesa, levantaba platos y mantéles:

—Mira tú, Eusebia, que no haber dado antes en la cuenta de lo que es vida rural.... Siempre lo tuve yo por cosa de poetas ó soñadores, y ahora vengo, así Dios me valga, á darles la razón. Pero te digo que más vale tarde que nunca; si algo lloro, son los días pasados allá entre humo y hollín. Á ti también te veo avenida con el nuevo orden de cosas: hasta me parece que rejuveneces y que se te enciende el color de la cara con tanto aire y tanto sol.

El hidalgo de Pomanes se forjó un vivir idílico á la vez que noble y señoril en el retiro de su solar, llenando las horas con el cuidado de aquella

hacienda, á cuya restauración, limpia y desbroce se entregó con ahinco. Entreveraba las faenas rudas con las recreativas, y en todas llegó á ser ducho y mañero. Después de una mañana de azadonar en la huerta, la tarde se debía á labores carpinteras, construcción ó reparo de bancos, mesas y otros muebles de caprichosa rusticidad destinados á ornamento del jardín; así descizañaba los arriates como atendía en su sazón á los ingertos; si hoy limpiaba los senderos herbosos, mañana limpiaría también el escudo de granito, sobre la fachada del caserón, dándole nuevo pulimento á fuerza de restregarle los cuarteles. En fin, que en pocos meses todo estuvo pulcro, repintado, y cuando ya las faenas corporales dieron respiro, organizó Quirós la administración de su hacienda con la severidad propia del caso, porque, como decía también á su gobernanta y clavera: «Muchas casas han venido á menos por lenidad administrativa, por falta de un *Diario* y un *Mayor* como los que yo llevo. Mira, Eusebia, todo el secreto de esas fábricas endiabladas está en eso; tú piensas que el toque está en los hornos ó en las máquinas; el toque está en que llevan *Diario* y *Mayor*, las dos grandes ruedas que gobiernan el mundo. Por despreciar las funciones de estas piezas hubo nobles arruinados, hidalgos de gotera. Yo no; todas las noches antes del sueño asentaré las partidas de cargo y descargo: hierba para el rocín, tanto; gallinas vendidas, cuanto. Y así, por partida doble, Quirós llevaba sus cuentas al céntimo; para él la administración fué uno de tantos goces revelados por el campo sereno.

Pero toda aquella vida placentera se bamboleó una noche al asomarse el señor á contemplar la raya luminosa de Pomanes. Habían desfilado los contertulios del cocinón; Quirós había asentado ya las partidas del *Diario*; Eusebia preparaba la parca cena, cuando oyó en lo alto de la casa voces destempladas. Subió trémula; al desembocar en la escalera, cogióla por un brazo su señor, y medio á rastras, la llevó al observatorio, al balcón volado desde donde se descubría la diadema de luces de Pomanes.

—Mira, mira, Eusebia.....—¿qué ves allí?

—Señor, allí veo á Pomanes.

—Eso es, Pomanes; pero ¿qué más, Eusebia?

—¿Qué más he de ver en medio de la noche? Las estrellas del cielo y los faroles de la villa que parecen—Dios me perdone—una misma cosa.

—Pues yo—exclamó Quirós con voz de true-

no,—hace noches que lo observo y que lo barrunto: Pomanes crece, Pomanes avanza.

Eusebia clavó en el amo una mirada expresiva de la consternación de su espíritu. El hidalgo, taladrando con la diestra mano las sombras nocturnas, señalaba como banderilla de veleta hacia Pomanes.

—Crece, avanza; lo mido por las estrellas fijas que jamás crecen ni avanzan. ¡Ah, Eusebia! Pomanes se nos viene encima.

Era verdad; la villa crecía, el círculo de luces avanzaba por la llanura en marcha lenta, amenazadora. Eusebia, convencida del avance, rompió en llanto; Quirós, con los ojos enjutos y con el brazo tendido hacia Pomanes, repetía inconsciente el lúgubre estribillo: «Pomanes crece, Pomanes avanza.»

Desde aquella noche todas las noches subían los dos al balcón de hierro, y desde él oteaban la llanura. La línea luminosa se extendía en semicírculo por el llano; fulguraban las luces en la noche como manada de lobos hambrientos que cercan la presa, y D. Bernardo veía estrecharse el cerco con avance tenaz.

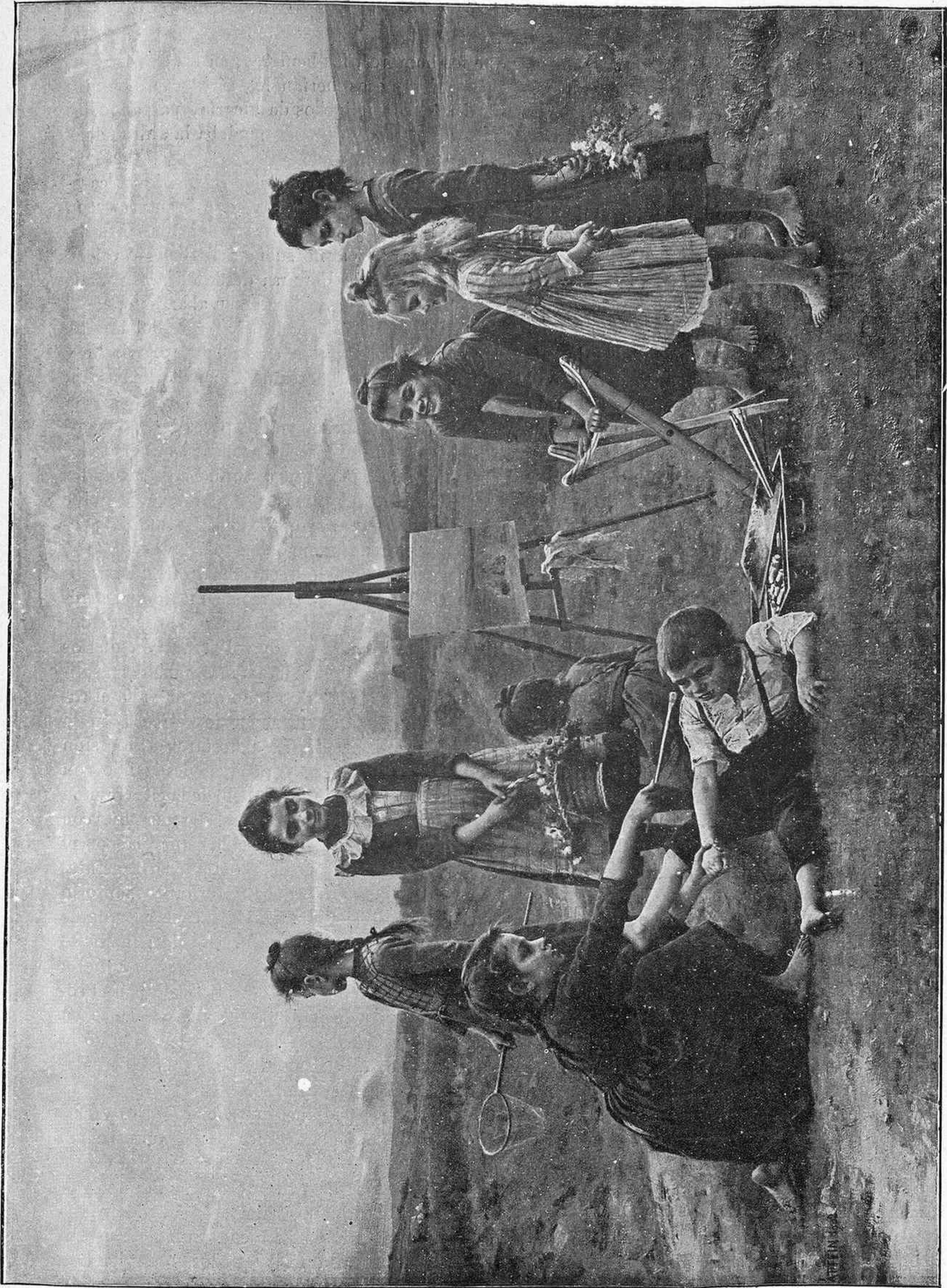
Pronto empezaron los labriegos á comentar el caso en la tertulia del cocinón, que desde el aposentamiento de Quirós en el *palacio* (así lo llamaban ellos) hacía veces de *casino* rural. Una hilera de bancos á lo largo de las paredes ofrecía cómoda holgura á los campesinos; pero aquello de Pomanes aguijoneó de tal modo la curiosidad en la aldea, que muchos permanecían á pie firme, recostados contra la pared roñosa, el oído alerta para no perder palabra de la conversación.

Los viejos escuchaban recelosos y entristecidos las noticias de Pomanes: una noche se hablaba de la industria pañera que ocuparía todos los prados de Manín; otra noche caía la charla sobre la venta de caseríos por una empresa explotadora de terrenos; otra se daba por vendido el pradón de la iglesia para un alto horno, y después, con los rumores de compras y de ventas, se dieron ya cifras redondas, precios que hacían estremecer las carnes de los campesinos. Aquello era lo que nadie podía haber barruntado: el esconce de un terruño bastaba para hacer la riqueza de una familia, y aún era prudente esperar, porque los precios subían, subían siempre, iban subiendo á medida que Pomanes avanzaba por la llanura como marea creciente en playa rasa.

Don Bernardo oía á los del casino con aire hu-



PESCADORAS.
Cuadro de V. Blas.



¿TE QUIERES ESTAR QUIETA?

Quadro de Patten.

raño, y se retiraba después á husmear desde el balcón el avance de la villa: hoy descubría un nuevo resplandor de horno en medio de los campos; mañana los focos resplandecientes de una industria nueva le asestaban sus rayos provocativos; el traqueo fabril, el resoplo vital de aquellos monstruos ardientes y rugidores interrumpía el sueño de la Naturaleza, la paz de la noche campesina.

Quirós y Eusebia ya no hablaban entre sí del caso; arrastraban su vida rural taciturnos, contristados. El señor aún cogía las herramientas del hortelano y del carpintero, manejándolas desvaído, sin el ardor de la gozosa faena. Poco á poco el jardín quedó mustio, la huerta yerma y el blasón de granito volvió á empañarse con la patina vegetal del líquen. Desde fuera, el solar de Quirós parecía otra vez el matorral selvoso y solitario de otros tiempos.

Los aldeanos codiciosos empezaron á enajenar las tierras, y emigraban con sus familias, con sus carros, con sus bestias, en busca de otro terruño que arar; la ganancia los enardecía, y hombres pachorrudos como el buey, hablaban á la noche en la cocina de D. Bernardo con el ardor febril del agente de negocios. El cocinón, lóbrego y anchuroso, era bolsa en que se cotizaban tierras, prados, hazas, todo el llano labrantío, que iba sorbiendo Pomanes. Quirós los oía, cobrándoles aborrecimiento al verlos arrollados por la invasión industrial. Desertaban poco á poco, uno á uno, pero ya sobraban bancos en la cocina, y la soledad de la tertulia era reflejo de la soledad de la aldea.

Las fábricas surgían inesperadas aquí y allá, en torno del solar de Quirós, como abortos de la tierra, ennegreciendo el espacio y ahumando la frondescencia del bosque. A veces, al asomarse don Bernardo á su balcón volado, le envolvía una humareda espesa, traída en remolinos por el vendaval; hasta el averío, anidado en el ramaje, huía, como los labriegos, en busca de otra comarca más sosegada y placentera. La tertulia del casino rural se deslizaba lánguida entre unos cuantos remolones, que, más codiciosos, ronceaban la venta del terruño en espera de mayor precio. Pero cedieron también, y emigraron con sus aperos y sus bueyes, que, al salir por última vez del establo natal, parecían más tristes y perezosos que de costumbre. Quirós veía partir las caravanas; salían casi siempre con el alba, para llegar en la jornada á su destino ignoto; iban los animales más melancólicos

que los hombres; las hembras, en los carros, cantaban; los mozos herían los aires con potentes harboras, con relinchos de alegría, palpando los bolsos repletos, y después quedaba la aldea silenciosa como hogar vacío.

Emigraron todos; sobre las ruinas de los caseños se emplazaron fábricas, que bramaban con aire de triunfo y el desgarró propio del invasor. Don Bernardo ya no subía á su balcón volado para escudriñar la llanura; desde el jardín, bajo la ramazón lozana, viciosa en su abandono, oía el avance de la ciudad por los contornos del huerto. Una tarde fué Eusebia en su busca anhelante y congajosa. «Unos señores de Pomanes le buscan; arriba están.»

Subió D. Bernardo, y á los pocos instantes oyó Eusebia presuroso y recio taconeó; bajaban todos precedidos del señor, que con mucha gallardía los puso en medio del camino; y al cerrar de golpe el portón, exclamó: «¡La chusma! ¡La canalla! ¡Venir á ofrecerme dinero por mi solar!»

A pocos días volvió la chusma y ofreció más dinero; Quirós la puso otra vez en medio del camino, indicándole la ruta de Pomanes y pidiéndole que no volviera. Pero volvieron con ofertas extraordinarias y tentadoras; más, mucho más dinero, cantidades fabulosas, lo que no valía el caserón resquebrajado, ni el jardín estrecho, ni la huerta, ni el bosque. Le exhortaron á la cesión en palabras insidiosas ó arteras, deslizándose con suavidad en sus oídos el señuelo de la cifra oronda y rotunda, que, al ser mentada, repercutía con sonoridad provocadora. Eusebia, que oía por el resquicio de una puerta aquella charla astuta, creyó que su amo vacilaba. ¡Era tanto, tanto lo que ofrecían! La infeliz temblaba cada vez que de aquellas bocas salía la oferta, la cifra incitante como una tentación. ¡Ah! Don Bernardo aquella vez cedía, dejábalos hablar, y ellos soltaban el torrente de su labia sutil, luciferina. Creíanse ya dominadores del terco, cuando éste les tendió la mano invitándolos á partir, para que no les cogiese la noche en el camino.

Partieron los chalanes del solar; Quirós y Eusebia gozaron días de quietud, envueltos en el humoso ambiente de la comarca fabril. Fué calma pasajera: una tarde presentóse preguntando por Quirós otro de aquellos pajarracos chupadores insaciables de la propiedad ajena. Subióle Eusebia á la sala, avisó al amo, y quedóse la mujer tras la puerta, con el oído atento á la conversación

Esta vez estaba tranquila, confiada en la firmeza roqueña del señor; por mucho que ofrecieran, minas de oro que fuesen, D. Bernardo no cedería ni un palmo del jardín. Escuchaba por vicio de escuchar, por regodearse y relamerse con la negativa, sonriente, orgullosa del orgullo caballeresco del amo.

Pero aquel visitante no hablaba con la mansedumbre de los otros, sino que en aire altivo lanzó al rostro de D. Bernardo algo que á ella le sonó á reto. Aún esperó que el señor se irguiese, esperó que airado plantase á aquel hombre, como á los otros, en medio del camino, señalándole también la ruta de Pomanes. Mas en vez del arranque bravío, vió que el hidalgo palidecía, y oyó un vocablo que tradujo por instinto en amenaza: el hombre siniestro hablaba fríamente de una expropiación.

A la noche, después de la cena, levantaba Eusebia los manteles, cuando el amo le dijo:

—Ya lo sabes; estorbamos aquí; expropian; la línea férrea corta el jardín, la casa, el huerto.... Expropian....., expropian.

La mujer metióse en la cocina mascullando la

estrambótica palabra, cuyo significado deducía de la hurañez del amo, que repitiéndola en voz fatídica, llenaba los ánditos del caserón con lúgubres plañidos y resonancia agorera. Presentíase al oírle la inutilidad de toda resistencia; aquello de la expropiación era azote de Dios, castigo del cielo.

De allí á poco empezaron los trámites previos; hombres que entraban y salían á todas horas con banderines, con instrumentos extraños, que clavaban sobre los cuadros de hortalizas ó sobre los arriates floridos. Quirós, cruzado de brazos, veía las manipulaciones de topógrafos, de peritos y de agrimensores sobre su propio solar. Eusebia los vía también tronchar jardín y huerto, pero sin alientos para refunfuñar una queja.

Acabó todo. Una tarde Quirós llamó á Eusebia y se lo dijo:

—Vámonos; acabó todo.

—Vámonos, señor.

Las fábricas circundantes lanzaban rugidos herumbrosos; el jardín, con sus flores deshojadas, estaba triste; D. Bernardo, en el umbral del portón, hincóse de rodillas, besó la tierra y salieron los dos al medio del camino.

FRANCISCO ACEBAL.



JUEGO DE BOLOS.

Cuadro de Vasari.





Juan Fernández y Fernández.

Juan Fernández era un hombre
De muchísimo talento.
«Veamos — dijo — si invento
Cosa que á todos asombre.»

Y halló modo en su inventiva,
Tras mil planes desechados,
De disimular la giba
De todos los jorobados.

Pero su pueblo era chico
Para tan gran invención:
«Voyme, pues, á población
Donde pueda hacerme rico.»

Y, más valiente que el Cid,
Vende su hacienda, y se va
A establecerse en Madrid
En la calle de Alcalá.

Y en caracteres dorados
Pone del pueblo á la vista:
«FERNÁNDEZ, ESPECIALISTA
EN FRAQUES DE JOROBADOS.»

Mas la tienda siempre estaba
Como un páramo, desierta;
Que nadie se aventuraba
A cruzar aquella puerta.

Los de erguido esbelto talle
No tenían por qué ir;
Y quien debiera acudir
Tomaba por otra calle;

Que era confesarse reo
El entrar allí tan sólo
Del crimen vitando y feo
De no ser un dios Apolo.

Y sucedió á poco ya
Lo que jamás ha pasado:
¡No aportar ni un jorobado
Por la calle de Alcalá!!

Pasó un vejete algarroba
Una vez, y ¡era el Alcalde!
«Entre usia y su joroba;
Se la vestiré de balde.»

Mas, juzgando desacato
El Alcalde tal razón,
Largó á Juan un bofetón,
Que ya tuvo para rato.

Como todo era gastar,
Porque ni un alma acudía,
Fernández pensó en cerrar
Su desierta sastrería.

Mas como Juan era un chico
De tantísimo talento,
Tuvo otro gran pensamiento,
Que esta vez lo puso rico.

Plantó otra muestra á la vista,
Pagó reclamos y sueltos....
«FERNÁNDEZ, ESPECIALISTA
EN FRAQUES DE HOMBRES ESBELTOS.»

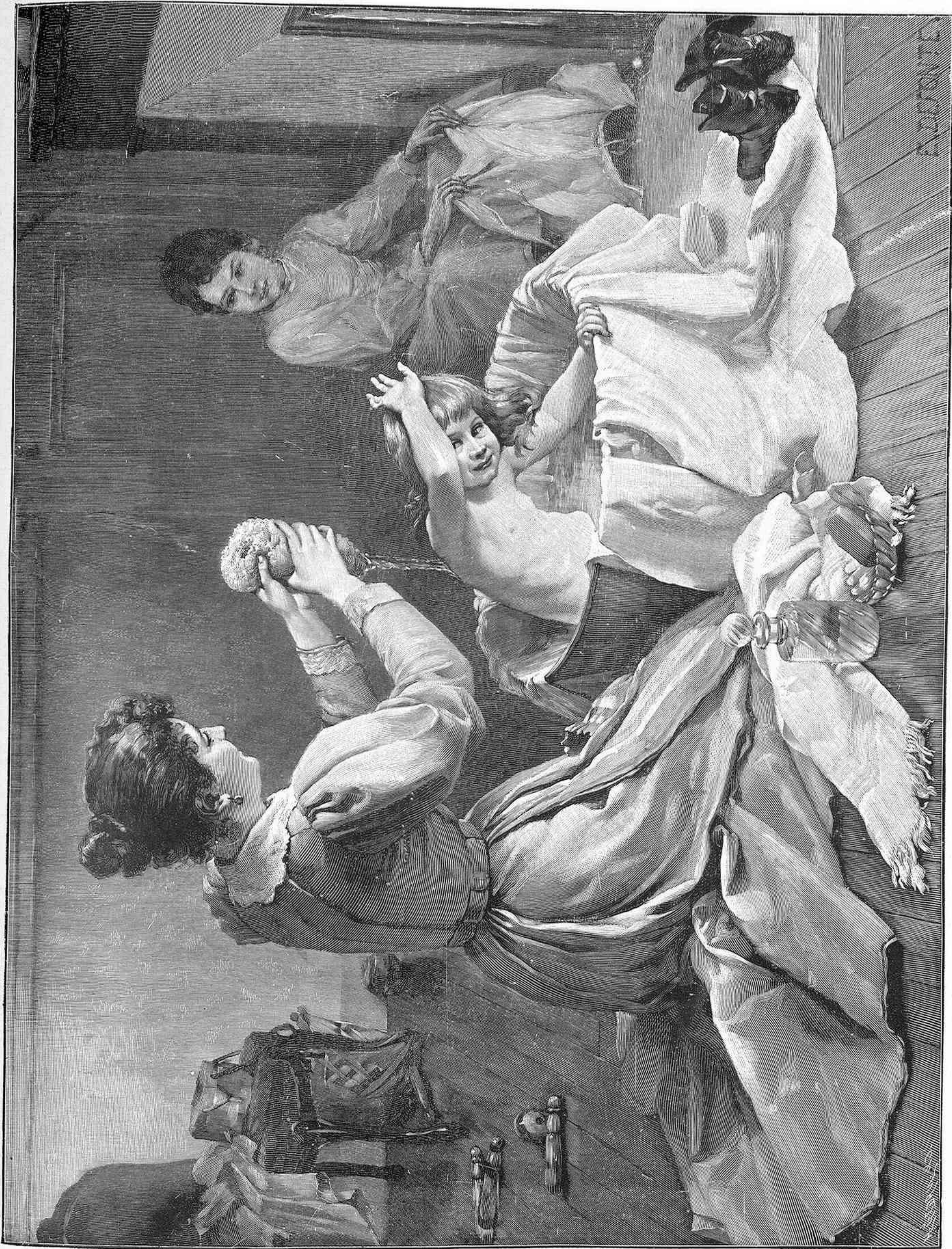
Su tienda, con tal ardid,
Se vió en el acto cuajada
De la hez peor formada
Que había en todo Madrid.

Y un día entero, alarmados
Estuvimos todos ya:
¡Sólo había jorobados
Por la calle de Alcalá!

Y el primero que acudió
Con su colosal joroba
Fué el viejecillo algarroba
Que á Juan el guantazo dió!

Juan, así, de su inventiva
Cosechó los resultados,
Disimulando la giba
De todos los jorobados.

EDUARDO BENOT.



EL BAÑO.
Cuadro de Defonte.



¡Calabazas han de ser!

— ¡O este año la apruebo, ó pierdo el nombre que tengo!

Y el pobre Fernando arrojó la infamante papeleta sobre la desvencijada mesa, único mueble que, con la cama y dos sillas, formaba el ajuar de su habitación de siete reales con principio.

Lo que á él le pasaba ya iba picando en historia. Alumno aventajado en toda la carrera, se había *plantado* en la última asignatura de la licenciatura, y no había forma de salir adelante. ¿Era porque no la estudiaba? Ya se la sabía de coro, pero el profesor le había tomado *tirria*.

Esta, por lo general, suele ser la disculpa de todo mal estudiante, pero en la presente ocasión era verdad; y era verdad por lo siguiente:

El catedrático de la asignatura, D. Francisco de la Roca, era un señor de esos chapados á la antigua, solterón empedernido; gran levitón-carrik; chistera de tres pisos con entresuelo y sotabanco, y gruesas gafas de cristales perfectamente circulares, que cuando recibían la luz directa daban á su amo el aspecto de la cara de un buho. De carácter agrío

y rudo, más parecía que gruñía cuando hablaba, y esto lo hizo siempre mezclando dicterios ignominiosos para el pobre alumno que, ó largo de vagancia, no se sabía la lección, ó corto de genio, se aturrullaba siempre que oía aquellas preguntas hechas con tono agresivo.

Tales condiciones le valieron el sobrenombre que, por su desgracia, le aplicó un día Fernando: D. Francisco se convirtió en *Don Ruquesco*, y desde entonces no se le conoció en la Universidad por otro nombre, que, naturalmente, llegó en brevísimo tiempo á oídos del interesado, el cual, según se decía, juró vengarse con el único medio de que disponía: los exámenes.

En efecto, tres veces consecutivas halló pretexto el bilioso catedrático para suspender á Fernando, siendo la última la en que presentamos á éste en escena.

Comunicar á sus padres el nuevo descalabro era terrible, pero no había más remedio, y si mucho lo sentía el joven por ellos, no lo era menos por su Rosa, por su lindísima prima Rosa, que le esperaba aquel año con la carrera concluída, para arrojarse inmediatamente en brazos de Himeneo.

Los padres de Fernando eran unos labradores acomodados, que viendo en su hijo, según el señor Cura, disposición bastante para el estudio, prefirieron gastarse unas cuantas onzas y verle con la borla encarnada, á mandarle al campo en compañía de un arado, á destripar terrones, en dulce contacto con mulas, vacas y gañanes.

Desde pequeños se notó cierta inclinación entre Rosa y Fernando: los progenitores de aquélla, también en buena posición, no vieron inconveniente en favorecer la mutua simpatía: primero, por tratarse de parientes cercanos; segundo, por la felicidad de los muchachos; y tercero, porque tal alianza aumentaba las tierras, ganados y capital. Me parece que he invertido el orden de importancia de las razones, pero allá el lector malicioso, si es que lo es, las colocará con arreglo á sus conocimientos psicológico-metalúrgico-sociales.

Estas mismas causas fueron las que motivaron que los padres de Fernando estuviesen en un todo conformes con los de Rosa. En consejo de familia se acordó que el muchacho viniese á estudiar á la corte, y en la misma sesión quedó aprobada la boda de los chicos para cinco ó seis años después, es decir, para cuando el Licurgo novel regresase

á sus lares con la cédula personal en que, después del nombre y naturaleza, se leyese *edad*, veinticinco años, y *profesión* ABOGADO. No hay para qué decir que no hubo un solo voto en contra.

El año anterior, como ya dijimos, debió haber terminado, si el atrabiliario *Don Ruquesco* no lo hubiese dispuesto de otra manera.

Todas estas cosas que apuntadas quedaban, y otras muchas más, pasaban y repasaban por la imaginación del mísero estudiante, cuando, harto de darle vueltas al caletre, debió de concebir alguna salvadora idea, porque se levantó de un salto, exclamando:

—¡Sí, diablo, buena idea; superior, archisuperior!.... Total, unos cuantos malos ratos....., quizá la irrisión de los compañeros....., de la vecindad....., del mundo entero.....; pero ¡bah! ¿qué importa? El grado, primero, y mi Rosa, después. Soy un Séneca, un Licurgo, un Chamberlain, un.....

—¡Animal!—gritó una voz por la parte exterior de la puerta.—¿Qué nueva locura te ha entrado, que parece que estás en las Cortes?

—Entra, Felipe, entra.

—¡Vaya unas voces!

Y entró Felipe, un muchacho poco más joven que Fernando, estudiante no muy aprovechado de cuarto año de Derecho.

—¡Poco alegre que estás! ¿Qué te pasa?

—Que me han suspendido.....

—¿Y por eso estás alegre? Pues no lo entiendo.

—Pero no me volverán á suspender, porque he ideado un medio.....

—No sigas, ya lo he adivinado; no volverte á presentar.

—¡Hombre..... no es eso!

—Sí, hombre, sí; es probado. Gedeón te mirará con envidia, Calínez te estrechará la mano, y Piave se honrará con tu compañía.

—Si no me dejas hablar..... He hallado un medio para presentarme y salir aprobado. Perdona que no te lo diga, porque es un secreto.

—Pues mira, yo no estoy para secretos, porque la alegría me rebosa por todo el cuerpo.

—¿Por.....?

—Me han suspendido.

—*Tu quoque?*

—Pero Luisa me ha dicho que sí.

—Vamos, la ley de las compensaciones. Te felicito.



—No tiene nada de particular; ya me lo esperaba: me lo habían predicho.

—A ti, ¿quién?

—Mad. Escroc, la adivinadora de moda.

—¿Has ido á verla?

—Claro, hace una semana. Verás: la interrogué me miró la cabeza, me reconoció la mano, escribió en un papelito, lo metió bajo un sobre

que pegó, y me lo dió, diciéndome: «No lo abra usted hasta dentro de ocho días», y me marché.... es decir, me marché después de abonar dos duros por su trabajo.

—¿Y abriste el sobre hoy?

—¡Ca! En cuanto salí de allí; cualquiera tenía paciencia para esperar.

—¿Y qué decía?

—*Si y no: no y sí: nada más.*

—¡Hombre, te ha tomado el pelo!

—¿Que me ha tomado el pelo? No seas idiota, hombre; si está más claro que el agua. Mira: yo le pregunté si aprobaría, y si me querría Luisa. Me presento ayer á examen, y á la segunda pregunta me dice el tribunal: «Puede usted retirarse»; total, calabazas: veo hoy á Luisa, y, naturalmente, me dice que sí. Corresponde, pues, el resultado á la segunda contestación. ¡Ch, es una mujer muy hábil!

—Chico, ¿sabes que me están dando ganas de ir á verla?

—Pues mira, para luego es tarde; te acompaño.

Y, en efecto, media hora después estaban ambos en el domicilio de la émula de Mad. Thebes. No sabemos lo que allí pasó, pero sí que á las nueve de la noche, abierto el misterioso pliego ante una taza de café, una botella de agua y una

copa con gotas, como testigos, en Fornos, leyeron los dos amigos esta profética frase:

—¡CALABAZAS HAN DE SER!

*
*
*

Don Ruquesco vivía en un entresuelo de la calle de la Flor, con una sobrina llamada Gorgonia, cuyas faldas fueron las únicas que vieron aquellas paredes desde treinta y cinco años, lo menos, hasta la fecha.

Justo es que la presentemos.

De estatura, más baja que alta; de cuerpo, más grueso que delgado; de pelo, más rojo que rubio; cutis emblanquecido á fuerza de albayalde y otras



materias *ejusdem furfuris*; ojos ribeteados como los conejos, y un si es no es agobiada de espaldas, era la pobre Gorgonia un viviente mentís á la frase vulgar de que todo lo creado por Dios es perfecto. Malas lenguas afirmaban que ni todos los dientes ni todo el pelo que lucía eran suyos, más que por

Haberle costado su dinero,

y aun no faltaba quien atribuyese su incierto y vacilante paso á alguna no pequeña desviación de la recta en la tibia, el peroné y el fémur.

Sea de ello lo que quiera, que no nos hemos de meter en interioridades, el caso es que la doncella estaba hambrienta de novio, que su tío estaba hartado de ella, y que por la reja..... no pasaba un alma, ni aun por ganas de *matar el tiempo*.

Pero un día (muy pocos después del comienzo de esta historia) PASÓ.

Pasó y repasó y retepaso un alma, encerrada en un cuerpo cubierto por un terno gris, coronado por un simpático rostro, de negro bigote y lánguida mirada. No hay para qué decir que era Fernando el que se lanzaba á tal empresa, ni que el corazón de la ardiente doncellita de cuarenta abriles se encontrara preso á las primeras de cambio en la trama de aquel terno.

Á escondites primero, y más á las claras después, siguieron aquellos amores, hasta el punto de que se enterara *Don Ruquesco*, quien, al principio, cogió el cielo con las manos (sobre todo al conocer el pretendiente), y después cogió..... la ocasión por los cabellos, no ignorando que la fortuna del estudiante no era mala, y que la mercancía era de difícil salida.

Ello es que *Don Ruquesco* depuso su ira al ver el sesgo que las cosas tomaban; que Fernando persuadió á Gorgonia, y ésta dominó á su tío

hasta el extremo de que en Septiembre pudo el joven leer, con la natural satisfacción, un *notable* como una casa, en su papeleta de examen.

—¡Se ha *chinchado* la sibila!—decía Fernando, corriendo hacia el telégrafo, para comunicar lo más pronto posible la alegría que le dominaba á su familia, y sobre todo á su Rosa.—¡Como que me iba á mí á fallar la combinación! Mañana ó pasado tomo el tren, y..... ¡que averigüen!

*
*
*

Al día siguiente le despertó de la siesta la patrona, entregándole dos cartas. ¡Bien conocía las letras! De sus padres y de Rosa.

¡No sé qué tienen las cartas de la novia, que se suelen abrir antes que las de los padres! Esto hizo Fernando. Sabía que sus padres se habían de alegrar; quería ver qué decía Rosa.

Y esto era lo que decía:

«Querido primo Fernando: Te felicito por tu triunfo, aunque algo tardío, y te felicito doblemente porque, sin perder tus estudios, sé que estás muy distraído por ahí. Conserva la proporción, porque creo que es muy buena, según me escribe Nati, que vive cerca de tu *adorado tormento* y te ve muy á menudo, aunque tú no la veas á ella. Antonio ha regresado con el empleo de capitán; me ha pedido á mis padres, y éstos, enterados de tu proceder, le han dicho que sí. Al buen entendedor, salud.—Tu prima, *Rosa*.»

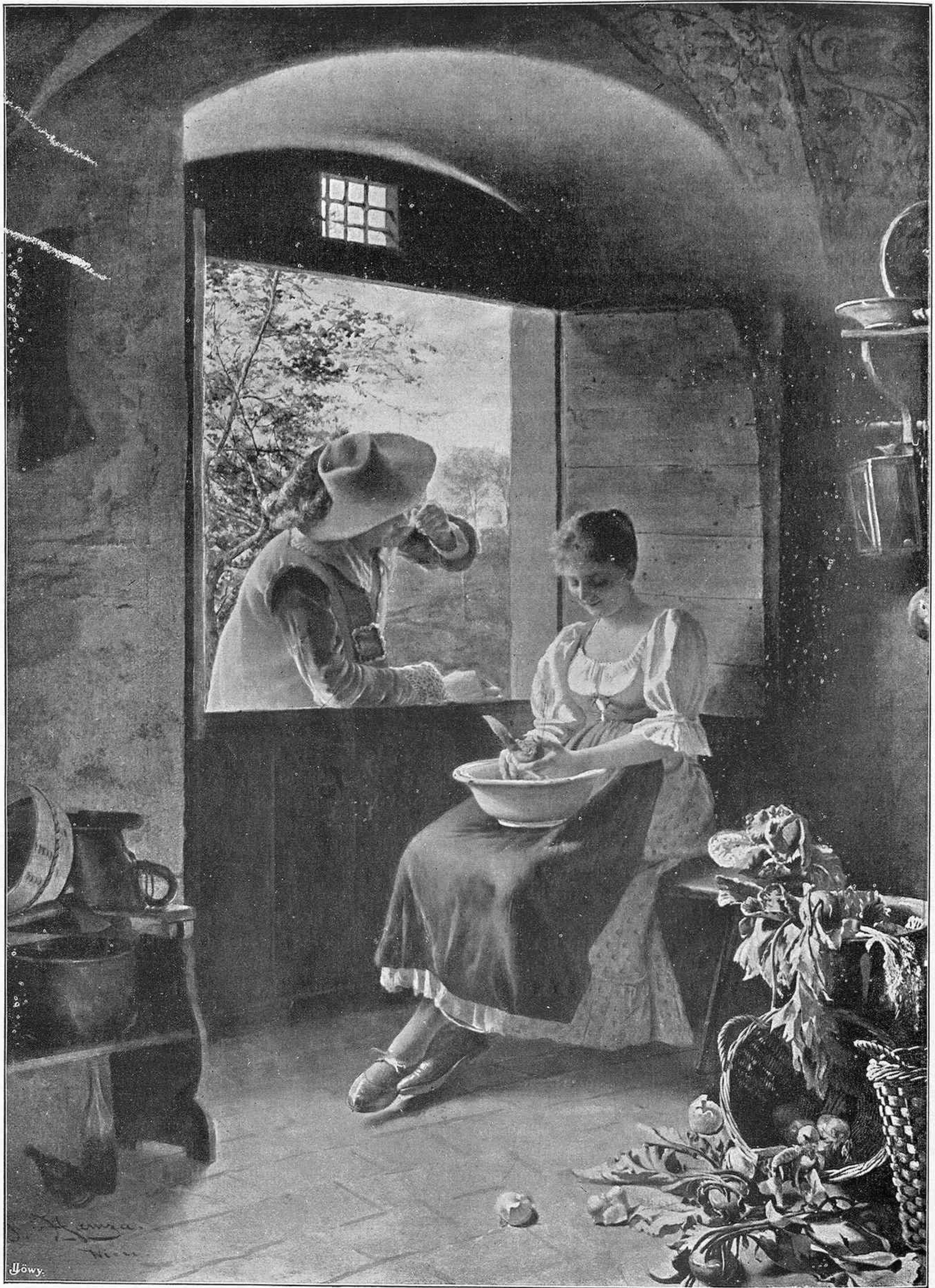
No hay para qué decir cómo se quedaría Fernando. Entre maldiciones á Nati, *Don Ruquesco* y Gorgonia, se le oía repetir:

—¡Y yo que me burlaba de la sibila! ¡Qué razón tenía!

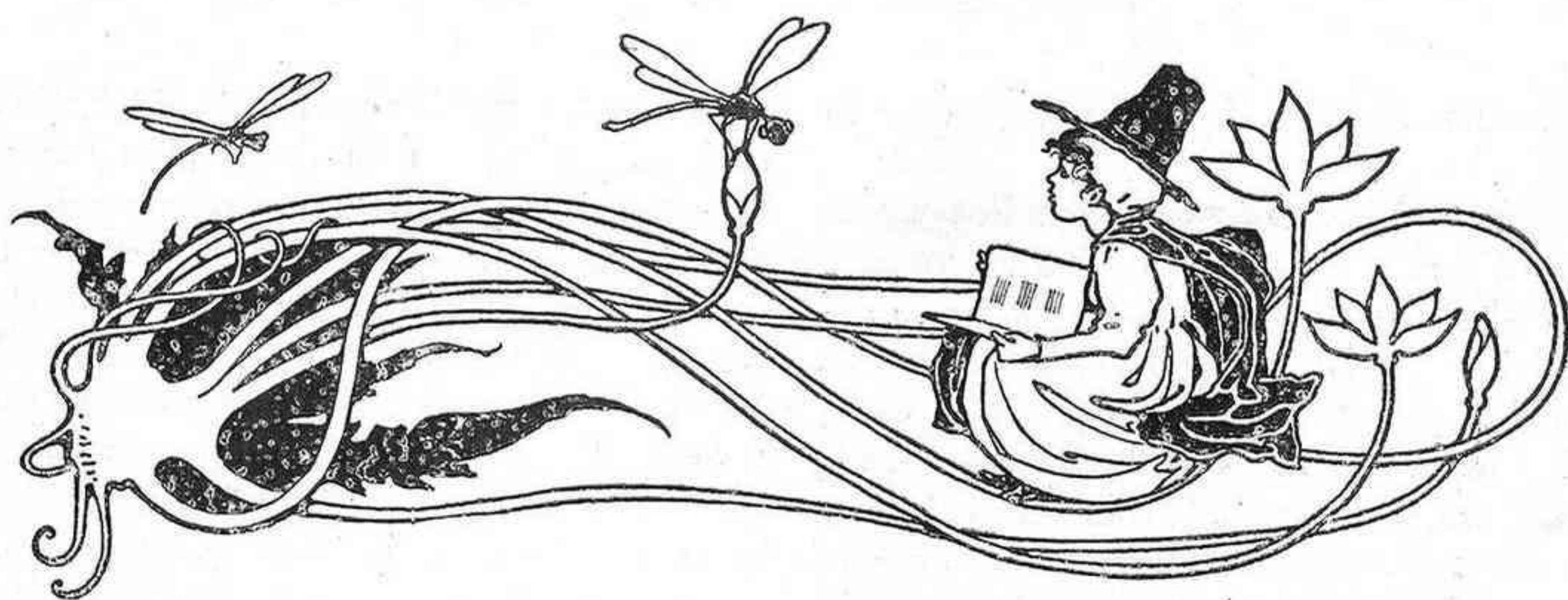
¡¡CALABAZAS HABÍAN DE SER!!

MANUEL J. GARCÍA.





DÚO AMOROSO.
Cuadro de J. Hamza.



UNA LAVATIVA DE REAL ORDEN Y UN CUADRO "REALISTA" DE VELÁZQUEZ.

DESDE que en 1890 el ilustrado Jefe de la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, D. Antonio Paz y Melia, publicó en la «Colección de Escritores castellanos» la primera serie de *Sales españolas ó agudezas del ingenio nacional*, esperaba la publicación de la serie segunda, ya entonces ofrecida, con interés é impaciencia harto justificados por el acierto y el éxito de la primera.

¡Por fin!, como dijo un popular diario con motivo menos oportuno, al cabo de doce años ha aparecido esa segunda serie tan deseada; y de ella, por el deleite que ofrece, no puede decirse «tarde y con daño», antes bien puede y debe aplicársela la frase «tardía, pero cierta», pues de tal modo ha satisfecho el deseo y realizado las esperanzas de cuantos aguardaban su publicación, que como de molde encaja en este caso, con una ligera variante, otro conocidísimo refrán: «Nunca es tarde si la obra es buena.»

Diez y seis composiciones escritas en los siglos XVI á XVIII, catorce inéditas y dos apenas conocidas por la escasez y rareza de sus ejemplares impresos, según dice el colector, forman un volumen de más de 400 páginas y muy nutrida lectura, que por fuerza hay que interrumpir frecuentemente, obligados por la risa, que no rendidos por el cansancio.

Después de una breve y erudita «Advertencia» preliminar, da comienzo el libro con la reproducción del *Diálogo de Villalobos*, de que el famoso doctor-poeta, médico del Rey Católico y del emperador Carlos V, envió copia al reverendísimo Sr. D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, correspondiendo al apremiante ruego del prelado, que descaba poseer aquel escrito, en que su autor había comprendido «en pocas palabras tantas diferencias de donaires, tan sabrosos motes, tantas delicias, tantas flores, tan agradables demandas y respuestas, tan sabias locuras, tan locas veras, que son para dar alegría al más triste hombre del mundo».

El crédito de que gozó el ilustre doctor Francisco López de Villalobos, algunos de cuyos escritos han sido publicados recientemente, ya en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, en 1884, ya por la Sociedad de Bibliófilos españoles en 1886; su justa fama como hombre de ciencia, como escritor original, como poeta inspirado y como satírico mordaz é ingeniosísimo, han llegado hasta nuestros días, con expresivos elogios de extranjeros y de españoles, que no han sabido qué ponderar más, si la profundidad de su saber, ó la agudeza de su ingenio.

Don Adolfo de Castro, en una breve noticia biográfica de Villalobos, que puso al frente del tomo

XXXII de la mencionada Biblioteca (1), dice lo siguiente:

«Villalobos escribía con suma sencillez y pureza y con una gracia incomparable. Su manera de decir era libre, propia de una persona que sabía conocer las verdades y se creía en la obligación de publicarlas, porque así se lo imponía su claro talento. Tal vez no se expresa con toda la dignidad que debiera, tal vez suele caer en incorrecciones de lenguaje, pero la viveza de su ingenio borra con una belleza admirable el defecto que la ha precedido.»

Don Luis Comenge, en su curioso libro titulado *Clínica egregia*, lo alaba en estos términos:

«Castizo prosista, inspirado vate, escritor de alientos y de originalidad, Villalobos, el Fracastor español, contribuyó no poco al perfeccionamiento de la lengua castellana..... Regocijo de sus contemporáneos, de habilidad singular en la aplicación de la poesía á los más abstrusos asuntos médicos, profundos disgustos conturbaron su ánimo: no siempre que reía estaba gozoso; él mismo lo manifiesta en la siguiente estrofa:

«Escribo burlas de veras,
Padezco veras burlando,
Y cufro dissimulando
Mil angustias lastimeras,
Que me hieren lastimando;
Y con risa simulada
Dissimulo el llanto cierto,
Que, aunque vea al descubierto
Vuestra burla tan burlada,
Lo que siento está cubierto.»

Tan bien escribía sus veras y tan bien sazónaba sus burlas el buen doctor, víctima al fin de las intrigas palaciegas, que la memoria de aquellas veras dolorosas queda obscurecida por el recuerdo de las burlas alegres y regocijadas, entre las que merece lugar señalado el «Diálogo» ahora nuevamente reimpresso por el Sr. Paz y Melia.

En él está la relación del chistosísimo caso del Conde de Benavente, á quien el doctor mandó echar una ayuda. La resistencia del paciente, poco paciente, á recibir aquella «traidora medicina»; los trabajos de los frailes y de la Condesa,

(1) Por una distracción, sin duda, el ilustrado colector de *Sales españolas* no ha tenido presente que en dicho tomo, á continuación de los «problemas de Villalobos» están insertos, entre otras *Curiosidades Bibliográficas*, la carta del arzobispo Fonseca y el «trasunto de un diálogo que pasó entre un grande deste reino de Castilla, estando con el frío de la cuartana, y el doctor de Villalobos que estaba allí con él, etc.», páginas 443-449.

para convencerle; los apuros de María Rodríguez, la dueña de Martín de Sosa, para cumplir tan delicada comisión; el «aparato» exigido por el Conde para someterse; el tragi-cómico desastre de la operación por torpeza de la dueña, que, asustada y á la carrera, «pasó desde el alcázar á la cueva de un regidor, donde estuvo escondida todo el día», y el feliz desenlace con la completa curación del Conde, están referidos con gracejo y donosura dignos de la fama de Villalobos.

El Sr. Paz y Melia, refiriéndose á este relato, dice en la Advertencia preliminar del libro:

«El suceso, con tanto donaire referido por Villalobos, ú otro caso semejante, debió alcanzar bastante notoriedad, puesto que el pincel quiso, como la pluma, perpetuar su memoria. Así lo prueba un inventario manuscrito de los cuadros propios de D. Luis Méndez de Haro y Guzmán, que pasaron á la Casa de Alba, en el que se lee:

»Un cuadro de un Duque de Alba enfermo, echando mano á la espada, y un médico con la »jeringa en la mano, y en la otra el bonete encarnado de doctor. *Es de mano de Diego Velázquez*. De dos varas y cuarta de alto y vara y »cuarta de ancho.»

»Y en otro lugar: «Un lienzo. Es un retrato »de un Duque de Alba enfermo y un practicante »con una jeringa en la mano. Es original de »Rizzi.»

»Todavía en 1755, dice en una nota el Sr. Paz y Melia, en otro inventario de bienes de doña María Teresa Álvarez de Toledo, XII Duquesa de Alba, se describe el cuadro, llamándole *original de Velázquez*, y tasándole en 800 reales por estar maltratado.»

El Sr. Paz y Melia, confuso ante la disparidad de aquellos datos, escribe seguidamente:

«Cierto que el hecho en que fué protagonista el Conde de Benavente pudo repetirse con un Duque de Alba, y que la descripción que del cuadro se hace no coincide exactamente en todos los detalles con la narración de Villalobos, ajustándose más á la de D. Alonso de Fonseca, al fin de su carta á Villalobos (1); pero las variantes en este género de asuntos se explican fácilmente, y la licencia es, en casos iguales, mayor en los

(1) «Y aun dixome el señor don Gomez que demás de aquello que allí posistes, despues que al Duque le creció la calentura y vos acabastes de comer y aun de beber, hubo entre los dos otra batalla más sangrienta que la primera y que se corrió gran peligro de venir á las manos.»—*Carta del Arzobispo al Dr. Villalobos*.

pintores que en los poetas, por exigencias de la composición, y, en ciertas ocasiones como ésta, hasta de la decencia; pues más se salva convirtiendo á la dueña en médico ó en practicante, que poniéndola ante su señor en la lastimosa desnudez con que en la relación se le pinta.

»¿Será cierta la atribución hecha por el que redactó el inventario, y *habrá existido tal obra de mano del gran Velázquez?* Ó, como parece más probable, ¿se catalogaría el mismo cuadro dos veces, atribuyéndole cada una á autor diferente, cuando en realidad correspondiera á Rizzi?»

Mi buena memoria va á tener la satisfacción de sacar al Sr. Paz de una duda en que su memoria, nunca debió dejarle entrar.

En 1892, el mismo Sr. Paz y Melia, en la propia «Colección de Escritores castellanos», publicó el tomo I de los *Avisos de Don Jerónimo de Barrionuevo* (1654-1658).

En ese tomo (páginas 158-59) hay una noticia de siete líneas, correspondiente á la carta xxxiv, fechada en Madrid el 5 de Diciembre de 1654, que responde terminantemente á las preguntas del Sr. Paz:

«Don Luis de Haro está ya en Palacio, en el cuarto del Príncipe. Aunque achacoso, bajó á verle el Rey, y *mandándole los médicos echar una ayuda, NO LO QUERÍA CONSENTIR POR NINGÚN MODO, hasta que S. M. SE LO MANDÓ, y juró por su vida la recibiese*, y aun después regateaba si había de ser chica ó grande. ESTO ES COSA CIERTA.»

El caso del Conde de Benavente repitióse siglo y medio después con el poderoso ministro D. Luis Méndez de Haro, marqués del Carpio, sobrino del omnipotente valido de Felipe IV, D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, á quien, en 1643, sustituyó en la privanza, después de la ruidosa caída del endiosado favorito; pero las circunstancias de este segundo suceso son, cierta-

mente, más notables y extraordinarias que las del primero.

Si al Conde de Benavente rogaron la Condesa y los frailes que se sometiese á la ayuda, al Ministro tuvo que mandárselo el mismo Rey, exigiéndoselo no menos que con juramento: si el caso del Conde tuvo cronista de tanto ingenio como Villalobos, el de D. Luis de Haro obtuvo el señaladísimo honor de ser copiado en el lienzo por el mágico pincel de Velázquez.

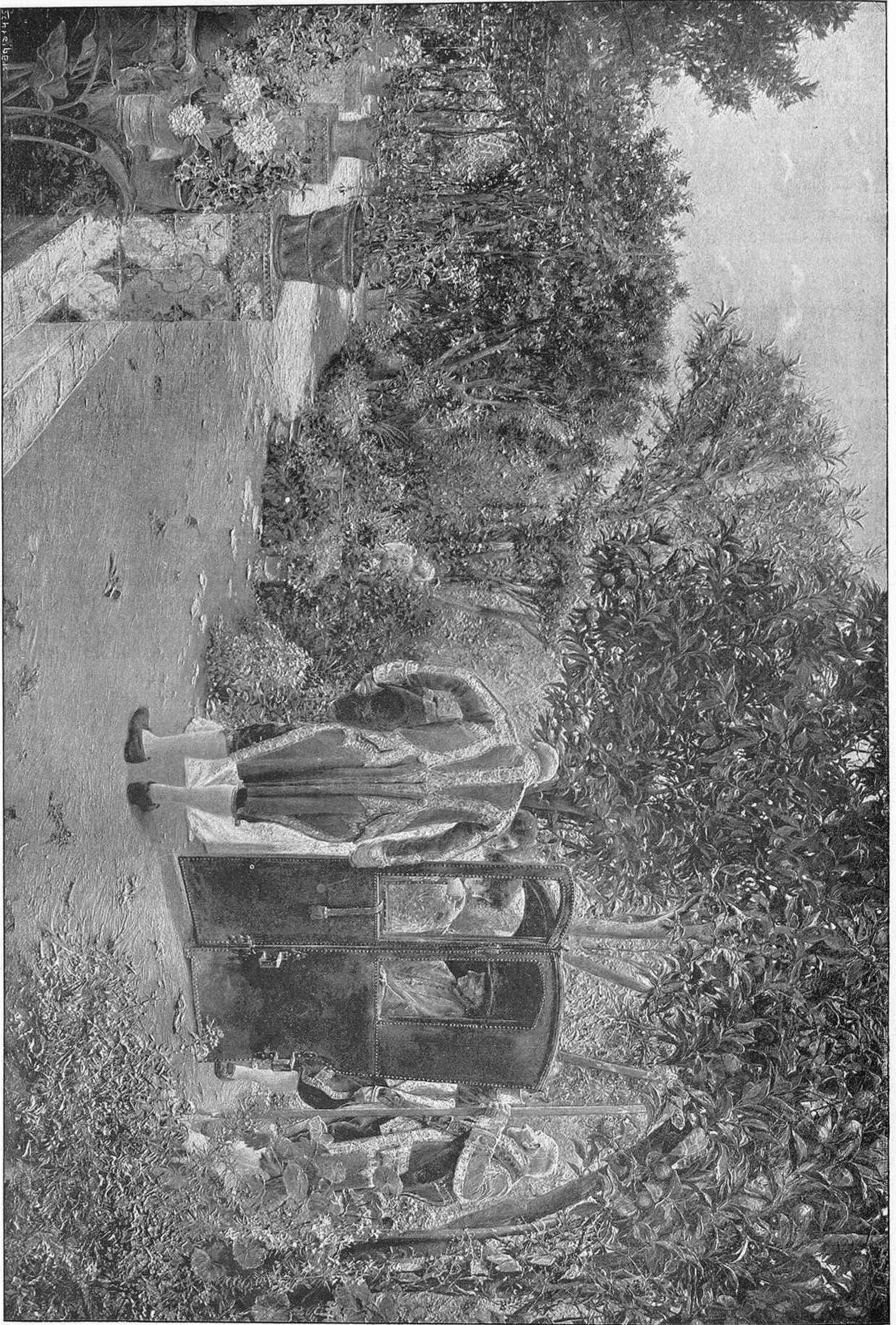
Este inmortal artista habitaba á la sazón en Palacio, donde, á la vez que ejercitaba sus pinceles retratando reyes, príncipes, magnates, nobles y bufones, desempeñaba modestos cargos palaciegos.

El «caso» de D. Luis y la intervención del Monarca debieron producir en Palacio gran impresión y ser por mucho tiempo tema de las conversaciones, por lo nuevo, chistoso y singular; y nada de extraño tiene que Velázquez, por propia iniciativa, por mandado del Monarca ó por encargo del Ministro, hiciese aquel cuadro; pues harto sabido es que en aquella época la severa etiqueta de la Corte no excluía las chanzas, burlas y diversiones de todo género, como lo prueban las frecuentes fiestas, máscaras, academias burlescas y mojigangas, en que no se desdeñaba de tomar parte el mismo Soberano.

La copiada noticia de Barrionuevo y la terminante indicación del inventario manuscrito, á que se refiere el Sr. Paz y Melia, de ser los *Cuadros propios de D. Luis Méndez de Haro y Guzmán*, que pasaron á la Casa de Alba, no dejan lugar á la duda en cuanto á haber sido este poderoso Ministro quien tuvo con el médico la pendencia, que sirvió de asunto al lienzo «realista» de Velázquez, y quien ¡acaso el único en el mundo! tuvo que recibir, DE REAL ORDEN, una ayuda..... y no de costas.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.





EN EL JARDÍN DE LOS CARDENALES.

Cuadro de José Gallegos.



Entre las tinieblas
De la obscura noche
Reluce muy lejos, en una majada,
La hoguera que encienden algunos pastores,
Que brilla en las lindes
Del negro horizonte,
Y á ratos vacila
Y á ratos se esconde.

Ranas y alacranes
Lanzan en las sombras su chirrido torpe,
Al que sólo la parda zumaya
Con su estúpido canto responde,
Perturbando la augusta armonía,
La calma, el silencio y quietud de la noche.

Las brillantes estrellas del Carro,
Las que marcan el rumbo del Norte,
Del cénit arrojan
Vivos resplandores,
Que al viandante nocturno conducen
Y en derecho camino le ponen.

.....

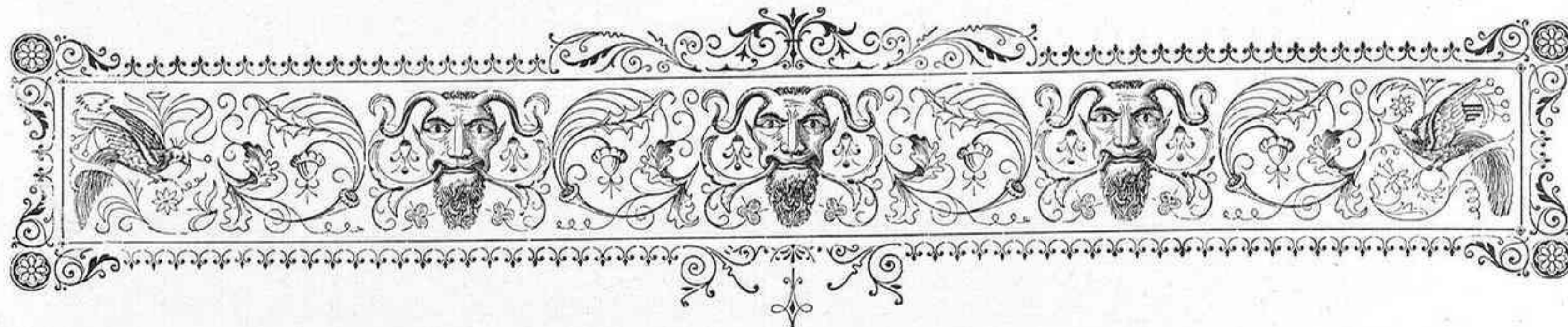


Entre las tinieblas
De la obscura noche,
Con paso inseguro
Caminan los hombres,
Confiando en la luz de la hoguera
Que lejos encienden algunos pastores,
Que brilla indecisa,
Y á ratos vacila y á ratos se esconde.

Por sendas y trochas,
Tropezando y cayendo, recorren
El campo anchuroso,
Y el silencio rompen
Tal vez con gemidos,
Tal vez con canciones
Que alacranes y ranas corean
Con chirrido torpe.

Tropezando y cayendo caminan,
La vista en los prietos y oscuros terrones,
Sin que un punto piensen
Sus mentes cerradas, rastreras y torpes
En alzar la cabeza hacia el cénit,
Donde lanzan sus vivos fulgores
Las siete brillantes estrellas del Carro,
Que marcan, seguras, el rumbo del Norte...

F. NAVARRO Y LEDESMA.



EL LOCO DE LOS RELOJES.



CON este nombre designaban en uno de nuestros primeros manicomios á un pobre demente, que antes de serlo se llamaba D. Isidoro Valterra.

Fué hombre de talento, sin duda para que no fallase el refrán que dice que *ningún tonto se vuelve loco*.

Era rico, y gozó de la vida ampliamente: la moral no me permite el uso de otro adverbio.

Pero á los cuarenta y cinco años empezó á tener manías; fueron creciendo, fueron acentuándose y llegaron á ser peligrosas.

Al fin y al cabo, hubo necesidad de encerrar á D. Isidoro.

En sus últimos días de libertad le dió por los relojes, y los paraba todos. Cuando veía un reloj andando (naturalmente, en la forma que andan los relojes), se ponía furioso. Quiso matar á su criado porque había dado cuerda al reloj del gabinete, llamando al fámulo á voz en grito asesino, traidor, endemoniado. Intervino el juez; intervinieron los médicos; le formaron causa por heridas; se dieron informes periciales, y, es claro, la ciencia jurídica y la medicina legal llevaron á don Isidoro al manicomio. No podía resultar otra cosa de tal conjunción.

En tal estado vivió algunos años, no muchos, y sus únicas ocupaciones en este período final de su existencia consistían en escribir *su historia*, según luego se vió, y en romper las cuerdas de cuantos relojes encontraba ó se hacía llevar; porque, como era rico, los parientes que habían de heredarle satisfacían de cuando en cuando los caprichos de D. Isidoro sin excesiva tacañería: no se puede hacer menos por quien nos va á dejar unos cuan-

tos millones. Pero en fin, á fuerza de romper las cuerdas de todos los relojes que caían en su poder, rompió la cuerda de su propia máquina.

Después de morir el pobre señor, se recogieron muchos papelotes que contenían *sus recuerdos*, y entresacando los menos desatinados, y dándoles forma semirraccional, se han escrito los siguientes apuntes.

Claro es que en ellos se habla por cuenta de don Isidoro, y que se describen las cosas, no como fueron, sino como él, en su imaginación calenturienta, creyó verlas.

Y aquí empieza la vida de nuestro héroe.

*
*
*

Hasta los cuarenta años, D. Isidoro gozó de perfecta salud. Pero al cumplir *la cuarentena* le asaltaron como por sorpresa varias enfermedades, todas ellas provistas de nombres formidables. Don Isidoro empeñóse en que se moría, y, sobre todo, se le metió en la cabeza que había de morir en el mes de Enero ó en el mes de Diciembre.

«Al acabar un año, acabaré yo», decía con profundo convencimiento. Así es que el 31 de Diciembre era en estos últimos tiempos para el pobre señor un día tristísimo, un día de crisis y de angustia.

¡Morir en un San Silvestre! ¡Qué crueldad del destino y qué falta de respeto para con una persona de tan altas cualidades!

En uno de estos días nefastos volvía D. Isidoro en su coche de ver al médico, y había adquirido en aquella consulta la evidencia de que no le quedaban ni veinticuatro horas de vida.

Subió, ó le subieron, la escalera. Entró en su gabinete. Echó á todo el mundo fuera, y se entregó á la más negra desesperación.

¡Morir! ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Á quién estorbaba en el universo? ¿Qué mal hacía á nadie? ¿Qué iba ganando el Cosmos con que él muriese?

El no era una mala persona, ni era un imbécil. Admiraba la naturaleza, admiraba las artes. Así es que por amor á la naturaleza viajaba mucho, visitaba los Alpes, los Pirineos, Suiza y Andalucía. Así es, repetimos, que, á fin de proteger las artes, compraba cuadros y asistía á los conciertos y á los estrenos de los dramas.

¡Qué más se le puede pedir á un hombre honrado!

Él daba limosnas, muchas limosnas; siempre llevaba los bolsillos llenos de perros chicos y grandes y volvía á casa con los bolsillos vacíos.

Luego amaba al prójimo. ¿Qué más se le puede pedir al sér humano?

No era muy seguro que creyese en Dios; pero, por si acaso, procuraba no ofenderle, y de todas maneras casi creía en el diablo. Y esto es ya un principio de religiosidad.

Digámoslo de una vez, aunque D. Isidoro no lo confiesa: siempre fué *supersticioso*, muy supersticioso.

Dados estos antecedentes, se comprende que el hombre se diera á todos los diablos.

Y, en efecto, resolvió darse al diablo.

Don Isidoro había llamado al cielo, como don Juan Tenorio; pero el cielo no le había oído, sin duda porque no lo merecía. Se había hecho devoto, había rezado, siempre pidiendo á Dios que le devolviese la salud, pero en vano; le parecía, en sus delirios, que bajaba de lo alto una voz, diciéndole en tono burlón: «¡La salud! ¿Conque la salud? Ya sé para lo que quieres tú la salud; espera un poco.»

Acaso era la propia conciencia de D. Isidoro la que así hablaba.

¡Darse al diablo! Esto era su único recurso y su única esperanza.

¡Mire usted que pedir esperanzas al diablo, al único sér que nada espera! Pero el que está perdido se agarra á un clavo ardiendo, y D. Isidoro se agarró al enrojecido cuerno de Satanás.

Estaba resuelto: llamaría al demonio. Verdad es que de algún tiempo acá el demonio no acude, al menos en persona, á tales llamamientos; pero esto debe consistir en que como la fe está tan de-

caída, no se le llama de corazón y en serio. Se le llama pensando: «Te llamo, pero ya sé que no vendrás.»

No: nuestro hombre se propuso llamarle de veras, con todas las voces de su cuerpo y todos los infernales alientos de su espíritu.

Le llamó y no vino.

«Debe consistir, pensó él, en que aún es de día (eran las once y media de la mañana), y al diablo no le gusta la luz del sol.»

Entonces D. Isidoro cerró el balcón; corrió las cortinas; mandó encender un gran fuego en la chimenea, porque el diablo debe de ser muy friolero, según lo que abusa de las ascuas y del agua hirviendo; no encendió la luz eléctrica porque estos modernismos de la ciencia no son del gusto de Satanás. Satanás es clásico, eminentemente clásico; pero encendió una vela, una sola. No encendió *dos*, porque no se creyese que encendía *una vela á Dios y otra al diablo*. El estaba resuelto á entenderse de solo á solo con el Señor de las Tinieblas.

Después se acercó á la chimenea; sobre ella había un magnífico reloj, de que cuidaba mucho D. Isidoro, y al cual él sólo daba cuerda en días señalados del mes; á un lado y otro del reloj lucían figuras de bronce representando á Fausto y á Mefistófeles.

Cogió con gran trabajo al Mefistófeles y le colocó en una butaca: en la de enfrente se sentó y empezó su evocación casi á gritos y casi entre convulsiones.

—¡Satanás, ven á mí! ¡Yo te llamo Satanás, Lucifer, Belcebú, Mefistófeles; yo te llamo con todos los nombres que tengas! Ven á mí, noble sér de las tinieblas, del dolor, del mal y del pecado! Don Isidoro Valterra te llama; y sin esperar á que fabriquen el *contrato de trabajo*, está dispuesto á contratar contigo franca y lealmente! ¡Acude á mi voz, que te ofrezco mi alma, y mi alma vale la pena de que te tomes esta molestia. ¡Sér infame, ruin y maldito, ven pronto, que no puedo más.

Y D. Isidoro se quedó echado en la butaca y casi sin sentido.

Pasó un rato; se fué recobrando poco á poco, y fijó la vista con ansia en el sitio en que había colocado la figura de Mefistófeles.

La figura había crecido, se había hecho flexible y ya estaba arrellenada cómodamente en la butaca.

«Esto es un diablo de veras», pensó D. Isidoro entre alegre y aterrado.



Luego oyó una vocecilla de viejo que le decía:

—Aquí me tienes; ¿para qué me llamas?

—Para lo que te llaman todos: para venderte mi alma.

—Hace mucho que nadie me llama para venderme su alma: me la dan de balde.

—Sí; pero yo no soy tan tonto.

—Pues explícate.

—Según me ha dicho el médico, me quedan pocos días de vida.

—El médico atrasa: te quedan horas: al dar las doce de la noche en ese reloj, y al acabar el año, acabarás tú. Son las doce y cuarto, con que ajusta la cuenta.

Á D. Isidoro se le acabó, ó poco menos, de he-
lar la sangre, pero repuso:

—Pensé tener más vida.

—Tenías mucha más: estaba resuelto que llegases á los ochenta y nueve años; pero yo presenté un memorial á la Potestad suprema, pidiendo que me permitiese encargarme de tu vida; y tales méritos habías hecho, que la Superioridad accedió á mi solicitud. Conque yo resolví que murieses al dar ese reloj las doce de la noche.

—Está bien—dijo D. Isidoro, con algo así como un chispazo de luz en los ojos.—Hay que resignarse. ¡Pues aquí del contrato!

—Como quieras; aunque no vale la pena.

—Sí vale; porque tú sabes por experiencia que un alma no siempre está segura. ¿Y si á última hora me da por arrepentirme?

—Es verdad—dijo el diablo con noble franqueza.—Mejor es el contrato.

—Pues siéntate á mi mesa y escribe; yo dictaré. Pero antes dame por anticipado un poco de vida; las horas que me restan han de ser de perfecta salud.

—Es que todavía no hemos firmado el contrato.

—Es un anticipo.

—Sea—dijo el diablo bondadosamente; porque en no tratándose de la salvación, el diablo es bondadoso.—Se inclinó algo hacia adelante; extendió un brazo; prolongó un dedo, que fué creciendo á modo de florete, y le dió á D. Isidoro entre ceja y ceja la célebre estocada de Nevers.

Don Isidoro se sintió otro: ni más ni menos que á los veinticinco años.

—¡Admirable!—exclamó con júbilo.—Ya estoy á gusto; escribe.

El diablo se dispuso á escribir.

—Dicta.

Y dictó:

—«Ante las invisibles potencias celestiales comparacen.....»

El diablo le interrumpió:

—Espera; tengo un escrúpulo literario. Si las potencias son *invisibles*, ¿cómo podemos *comparacer* nosotros?

—Para nosotros ellas son invisibles; mas no lo somos nosotros para ellas. Sigue.

—«.....comparacen D. Isidoro Valterra.....» Me pongo yo delante porque yo soy *Gran cruz* y tú no tienes ninguna.

—Una tengo, y me sobra. Pero continúa, que yo no soy vanidoso.

—«.....Don Isidoro Valterra por una parte, y por otra Satanás, señor de los profundos; y lealmente estipulan el convenio siguiente:

«Artículo primero. Don Isidoro vende á Satanás su alma entera, con todos sus accesorios, en las condiciones que marcan las demás cláusulas.

»Artículo 2.º Don Isidoro vivirá..... hasta que den en el reloj aquí presente las doce.»

El diablo quiso interrumpirle, pero D. Isidoro se anticipó:

—Son tus palabras; tú lo has dicho: «Morirás cuando den las doce en ese reloj.» No quiero que me anticipes la muerte; francamente, no eres de fiar.

—Pero, ¿y si me haces trampa?

—No hago trampa: ahora verás. Sigue escribiendo.

—«Pero ninguna de las dos partes contratantes podrán tocar al reloj, ni adelantarlo, ni atrasarlo, ni pararlo tampoco. De lo contrario, este convenio se anula en perjuicio de la parte que á él falte.» ¿Estás satisfecho?

—Lo estoy. Acaba.

—Acabo: «Artículo 3.º Mientras viva D. Isidoro, es decir, hasta que den las doce en el reloj antes citado, Satanás le concederá cuanto le pida: salud, oro, posiciones elevadas, deseos ambiciosos; en suma, le ayudará con todo su poder en cuantas empresas buenas ó malas emprenda.»

—Oye: en las empresas buenas no puedo ayudarte.

—Si tú me ayudas, dejarán de ser buenas.

—Lo procuraré—dijo el diablo con angelical sonrisa.—¿Y qué más?

—Basta con lo dicho. Á firmar.

Y firmaron: D. Isidoro con su pluma; Satanás



EN EL GARLITO.....

Cuadro de Roberts.

con la uña del dedo corazón, dejando en el papel un rastro de fuego: *Satanás*, y la rúbrica, que parecía un rabo enroscado. Después sacaron una copia.

—¿Quieres más?

—No, puedes marcharte; pero antes.... ¿ves ese hermoso bargueño? Abrelo, no tiene nada; llénamelo de oro acuñado.

—¿No serían mejor billetes?

—No; hay que *sanear la moneda*, como ahora se dice, y empiezo por sanear la mía.

—Como quieras, me es igual.

Se acercó al bargueño, lo abrió, tendió hacia el hueco los diez dedos, que se convirtieron en diez caños de moneditas de cinco duros, y bien pronto rebosaba el noble metal.

Don Isidoro miró las doradas piezas con satisfacción y regocijo, y aun hizo observar al diablo que la masa había quedado floja; «si le dieras unos cuantos zarandeos para que se asentasen las monedas, aún cabrían más.»

Así lo hizo el diablo con suma complacencia, y pronto el bargueño quedó repleto y macizo.

—¿Quieres más?— preguntó *Satanás*.

—Por ahora, no.

—Pues me retiro. *Hasta luego*.

—Como gustes.

Don Isidoro le acompañó hasta la antesala, y al despedirle le dijo, extremando la cortesía:

—Ya sabes que has tomado posesión de tu casa.

—Hace tiempo.

Don Isidoro volvió á su gabinete restregándose las manos. Miró al reloj con sonrisa burlona y dió unos cuantos paseos por la habitación.

Así estuvo dos horas. Al acercarse al reloj por última vez, respiró á sus anchas. Ya no se oía la péndola y las agujas estaban fijas.

Don Isidoro se vistió, salió de casa y pasó el día y pasó la noche en grande.

Volvió á las once y media y se tendió en la butaca tranquilamente.

Poco después, en la otra butaca, flotaba una neblina, que no tardó en cuajarse en forma de diablo.

—Ya estoy aquí— dijo el *espíritu malo*.

—Ya lo veo.

—Vengo á buscarte.

—Me parece que es pronto. Pero no importa, *esperarás sentado*.

—Falta un cuarto de hora.

—Falta más, bastante más que un cuarto de siglo.

El diablo dió *un bote de carnero*, y D. Isidoro lanzó una carcajada.

—¿Qué dices?

—Mira el reloj.

Se acercó el diablo á la chimenea y se *quedó pálido*, porque también el diablo tiene sus pali-deces.

—¡Está parado!.... ¡Lo has parado tú!.... ¡Trampa!.... ¡Trampa evidente y probada!

—No. Es que no tenía cuerda bastante.

—¿Tú lo sabías?

—Naturalmente. Tenía seguridad absoluta de que á *las dos* se acababa la cuerda.

—¿Y no me lo dijiste?

—Ni tú lo preguntaste. Conque adiós.... es decir, al diablo...., hasta dentro de algunos años.

El diablo rugió colérico; pero al fin se fué con el rabo entre los cuernos, que no siempre lo ha de llevar entre las piernas.

Pasaron años, y, según los apuntes históricos de D. Isidoro, lo pasó en grande. Pero ¡qué desdicha! Tomó un criado que resultó admirable; ¡qué honrado! ¡qué inteligente! ¡qué leal! ¡qué trabajador!.... y ¡qué funesto!

Volvió una noche D. Isidoro, y al entrar en su gabinete le llamó la atención un tic-tac que le puso el cabello de punta. Se precipitó hacia la chimenea y el *reloj estaba andando*.

¡No fué grito, no fué alarido, no fué rugido el que lanzó D. Isidoro!

Fué algo sin nombre que rasgó el aire y bamboleó la casa.

Acudió el criado.

—¿Quién ha entrado aquí?

—Nadie. El reloj estaba parado y le he dado cuerda.

Entonces fué cuando D. Isidoro se lanzó sobre el fámulo y quiso matarlo.

*
*
*

En la muerte de D. Isidoro hubo dos circunstancias notables.

Por disposición suya le llevaron en aquel día el reloj de su gabinete y los adornos de la chimenea. Pero sólo le llevaron una figura de bronce, la de Fausto.

Del Mefistófeles nada se supo.



Don Isidoro tampoco preguntó por él. Dió cuerda al reloj; se sentó enfrente, y al dar las doce, dió su alma á..... ¿á quién? A la justicia eterna.

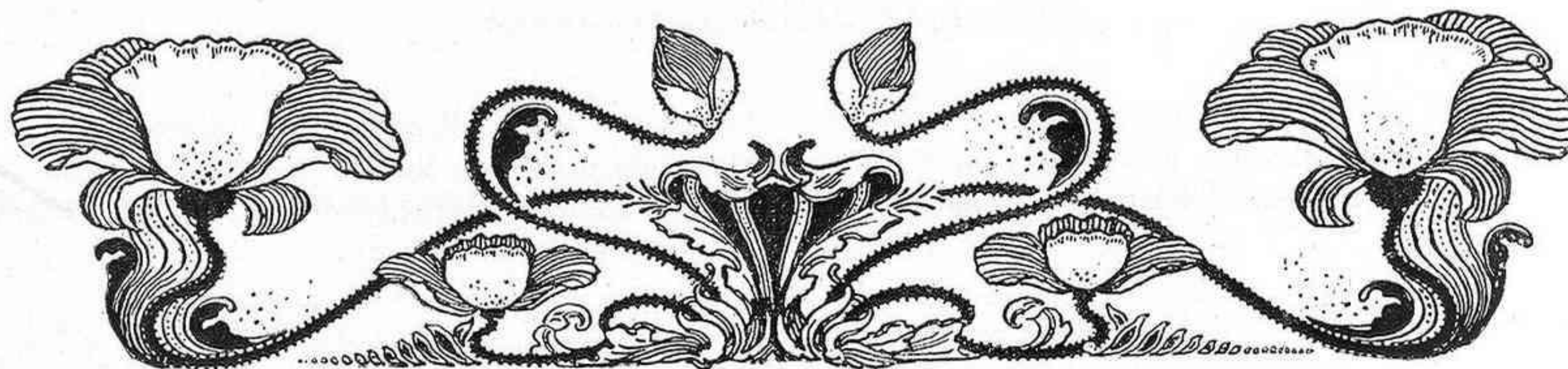
Algunas horas después no vinieron precisamente los diablos á llevárselo; pero vinieron los herederos con las caras tristes, los dedos engarbitados y vestidos de luto.

JOSÉ ECHEGARAY.



Cuadro de Botticelli.





EL PLACER Y EL DOLOR.

I.

¿Tuvo tal vez la escena algún testigo?
No lo sé, ni consigo
Dar del misterio con la oculta clave.
Sé que los dos un día, de repente,
Se hallaron frente á frente:
Cuándo y en dónde fué, nadie lo sabe.

Triste el anciano, sin vigor ni brío,
Cejijunto y sombrío:
Agil el joven, animoso y fuerte.
Así traza de entrambos la pintura
Quien más tarde asegura
Que el mozo dijo al viejo de esta suerte:

II.

—¿Te atreves á cruzarte ante mi paso?
¿Puedes pensar, acaso,
Que has de hacerme temblar por iracundo?
Soy el placer. La tierra es mi conquista.
Mientras el hombre exista
Seré el señor y el árbitro del mundo.

Mi ley tan sólo sobre el orbe impera.
Si el placer no existiera
Saltara el corazón roto en pedazos.
Sin mí ni aun la existencia se concibe.
Por mí vive quien vive,
Que la vida se forma entre mis brazos.

Yo soy para los labios carcajada;
Para el campo alborada;
Satisfacción para el ardiente anhelo:

Abundancia en la tierra y lozanía
En el alma alegría;
En el mundo calor; luz en el cielo.

Por mí logra la madre la fortuna
De mecer en la cuna
Al tierno infante que á vivir la liga:
Yo doy, cuando á la tierra me aproximo,
Á la vid el racimo
Y á la dorada mies la rubia espiga.

¿Persigue la ambición triunfos y gloria?
¿El soldado victoria?
Yo colmo sus afanes con exceso.
¿Delicias los rendidos amadores
Buscan en los amores?
Pues yo en su boca me transformo en beso.

Mi voz del hombre la carrera guía.
De la báquica orgía
Vibro en los cantos y en las copas moro.
Soy sombra en los ardores del desierto;
Para el náufrago puerto;
Para el avaro el relucir del oro.

Yo pueblo con imágenes de rosa
De la virgen hermosa
Los sueños en las noches de verano,
Y cobija á la vez mi ala de armiño
La esperanza del niño
Y los dulces recuerdos del anciano.

Es mi heraldo la risa delirante:
Mi séquito brillante
Cuanto de hermoso el universo encierra;
Besos, triunfos, honores, poderío...
El mundo es siervo mío:
El placer es el dueño de la tierra.—

III.

El mozo enmudeció. Vivo reflejo
 En los ojos del viejo
 Brilló, como centella, de repente:
 Pensativo quedóse breve rato
 Y al fin dijo:—¡Insensato!
 Rey del mundo soy yo, ¡yo solamente!

El dolor, el destino señalado
 A cuanto fué creado;
 La esencia de la vida, el sufrimiento;
 De esa vida que mueve mi palanca,
 Pues del dolor arranca
 Y es el sollozo su primer aliento.

¿Pone el placer, con carcajada loca,
 Más risas en la boca
 Que lágrimas yo vierto sobre el mundo?
 ¡Si con llanto formado se le hubiera
 El mar, sin duda, fuera
 Más salobre á la vez y más profundo!

¿Ve la madre en el hijo su fortuna?
 Pues yo trueco la cuna
 En fúnebre ataúd y en mal eterno.
 ¿Abril derrama sobre el prado flores?
 Pues cubro sus verdores
 Con el blanco sudario del invierno.

Soy el vencido á quien el fuerte oprime;
 La miseria que gime;
 La corrupción que las conciencias vicia:
 Soy el mal triunfador y el bien cautivo;
 El odio siempre vivo;
 La ingratitud, la infamia, la injusticia.

¿Brinda el amor ardientes embelesos?
 Yo oculto tras sus besos
 La vil traición que envenenando pasa.
 ¿Ofrece sazonados en estío
 Sus frutos el plantío?
 Yo formo el nubarrón que los arrasa.

Yo de la envidia la tristeza enciendo.
 Mi séquito tremendo
 Son la impotencia, el desengaño, el dolo...
 Nadie evitó pagarme su tributo.
 Tiránico, absoluto,
 Se extiende mi poder de polo á polo.

Escucha bien. La universal tortura
 Sollozo de amargura
 Llorosa al cielo sin cesar levanta.
 Con él la humanidad de zona en zona
 Que es mi sierva pregonada.
 ¡Es el himno al dolor que el hombre canta!

IV.

Calló el dolor, frunciendo el entrecejo,
 Y cuando el mozo al viejo
 Mudo y provocador miraba fijo,
 Con un nimbo de luz como corona
 Una augusta matrona
 Entre los dos cruzándose les dijo:

—Os movéis en verdad inútil guerra.
 El cetro de la tierra
 Ninguno de los dos lograr intente.
 Dad término al combate furibundo:
 No reinan sobre el mundo
 Ni el placer ni el dolor únicamente.

Entretejiendo triunfos y dolores,
 Como espinas y flores,
 Hace en el mundo el hombre su carrera,
 Y el pesar embellece á la alegría.
 ¿Fuera tan bello el día
 Si sus pasos la noche no siguiera?

¿Por qué causa la risa gozo tanto?
 Por venir tras el llanto.
 Por el humilde es grande el poderoso.
 Si el llano no existiese, ¿habría otero?
 ¿Sin las nieves de Enero
 Fuera Mayo tan dulce y tan hermoso?

Hoy tormento y dolor; placer mañana:
 Tal es la suerte humana:
 El vencido de ayer, al fin triunfante...
 Nobleza y falsedad, calor y frío:
 La luz y lo sombrío
 Todo mezclado en confusión constante.

Pensáis del mundo ser dominadores
 Y sois mis servidores;
 Esclavos que vivís en mi obediencia:
 Porque á los dos os mando y os obligo,
 Vencedora consigo
 El eterno contraste, que es mi esencia.

Yo necesito del placer fecundo
 Porque es germen del mundo;
 Del dolor, por la muerte, mi aliada:
 Y así, creando al par que destruyendo,
 Voy con los dos haciendo
 Á través de los siglos mi jornada.—

El placer y el dolor, contra ella unidos,
 Miraron sorprendidos
 A la augusta matrona aparecida.
 ¿Ser, insensata, nuestra reina quieres?—
 Le dijeron.—¿Quién eres?
 Y la matrona respondió:—¡La vida!

JUAN ANTONIO CAVESTANY.
 (De la Academia Española.)



El hijo del sordo-mudo.

(RECORTE DE UN PERIÓDICO.)

I

«El individuo que murió ayer arrollado por el salvavidas de un tranvía eléctrico llamábase don Juan Ruilópez; era sordo-mudo, de posición independiente, y habitaba en una propiedad aislada de Chamberí, sin más compañía, según creencia general, que sus perros: esto no era exacto: en el registro que hizo la Autoridad en la casa del difunto, se halló dormido en un felpudo un muchacho como de trece años, que al despertar ladró al Juzgado, y concluyó por lamer la mano á un guardia de Orden público. En vano se hicieron preguntas al niño, porque no las entendía, y así lo manifestó, valiéndose del idioma de los mudos, aunque no lo es.

»El caso no puede ser más raro: educado por un padre sordo-mudo que temía exponer á su hijo á los riesgos de la calle con sus bicicletas y tran-

vías, no salió nunca de casa, ni oyó la voz humana, sino en algún grito lejano y sin sentido. Comprende, pues, el castellano y se expresa en él por señas, pero no le puede hablar ni entender de viva voz, y le extraña ver salir las palabras de la boca del hombre. En cambio, el haber vivido siempre rodeado de mastines le ha acostumbrado á manifestar sus impresiones á la manera de los perros, con tal propiedad, que al guardia, con quien ha intimado, se le escapó esta barbaridad al oír cómo ladraba:

»—Ladra como un ángel.

»En cambio, el niño Ruilópez, viendo que el Secretario sacaba recado de escribir, tomó la pluma y trazó en buena letra esta respuesta, presentándola al Juez que le había interrogado:

—»No entiendo lo que ladras.

»Para el desgraciado joven el ladrido es el lenguaje oral, y el castellano un idioma silencioso que se expresa por señas ó por escrito nada más.

»Se ha tratado de dar compañeros de su edad á Antoñito Ruilópez, pero no le gustan los muchachos, porque no tienen hocico, y prefiere estar con sus mastines; á los niños no les gusta jugar con Ruilópez, porque muerde.»

II

Aunque registré los periódicos, no volví á leer en la prensa noticia alguna de este caso: se había hecho viejo para la información de actualidad. Algún tiempo después, hablando en una tertulia de aquel hecho extraordinario, noté que todos sonreían mirando á un profesor de la Normal. Estaba en presencia del maestro encargado de la educación de Antonio Ruilópez.

—Habla ya correctamente—me dijo.—Como tenía idea clara de las letras por la escritura, le ha sido fácil traducirlas á sonidos, pero se expresa deletreando y hay que hablarle despacio para que comprenda lo que se le dice.

—¿Y la pronunciación?

—Un poco áspera. Usted habrá observado que los perros parece que tiran los ladridos á la cara: así dispara la palabra mi discípulo.

—Pero ya no ladrará.

—Le estoy quitando el vicio. Sólo cuando sueña alto no puede evitarlo, ó cuando riñen dos perros, ó cuando llaman á la puerta.

—¿Le hará usted leer en voz alta?

—Verso y prosa.

—Y ¿qué tal?

—La prosa la gruñe un poco todavía, pero los versos, ¡ay!, los versos los aúlla.

—Eso es bastante general. Y ¿qué hace en las horas de recreo?

—Da carreras por el patio con un rabo postizo.

III

Mucho tiempo después vi pasar por delante de mi casa la carreta de los perros: un jovencuelo que caminaba al lado, remedando los ladridos, abrió de pronto la prisión y puso en libertad á los cautivos, que salieron á escape entre los votos de los laceros, las risas de las gentes más graves y el regocijo de la chiquillería. Así conocí á An-

toñito Ruilópez, dándole asilo para librarle de los guardias.

Era un jovencillo de cara seria, porque sólo expresaba la alegría con movimientos de su cuerpo; la voz era fuerte, y su acento entre alemán y portugués; su frase era concisa é imperativa.

—Estás aquí seguro—le dije,—pero no te vuelvas á burlar de la justicia.

El joven bajó los ojos.

—Mírame á la cara. ¿Por qué has soltado á los perros?

—Libré á mi profesor.

—Pues ¿dónde estaba?

—Preso en la carreta.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Ha sido maestro tuyo uno de esos perros? ¿Qué te enseñaba?

—Esgrima.

—¿De qué?

—De dientes.

—Alza la vista y no mires á mis pantorrillas. Es verdad: los perros no tienen otras armas.

Antoñito desnudó parte de su brazo y me enseñó la marca redonda de un mordisco: faltaba la tajada.

—¿Es el sello del maestro?

—No.

—¿Será tal vez una certificación?

—Sí.

—¿De qué?

—Pago de matrícula.

—Lo mismo que en nuestras universidades: también aquí nos sacan la tajada.

IV

Hace un año que cultivo el trato de ese apreciable joven, y he reunido una colección de máximas perrunas, traducidas por él á nuestro idioma. Hé aquí una muestra de refranes sin más corrección mía que limpiarlos de algunos canicismos:

«Si te ponen un collar, déjalo estar.»

«Á larga carrera, lengua fuera.»

«No es de perros sensatos llevarse mal en casa con los gatos.»

«Si hay tajada que comer, no te entretengas en roer.»

«Ladra á las gentes rotas, pero ojo con la punta de las botas.»

«Aunque esté echado el cerrojo, duerme con un ojo.»

«Cuando hagas el amor, no mires el tamaño ni el color.»

«Si ves sacar una pistola, vuelve la cola.»

«Lame manos y lo demás, que algo chuparás.»

«No dejes ni á tu abuela, que introduzca el hocico en tu cazuela.»

V

Ayer le visité; vive con su curador, y estaba solo: quería averiguar si la raza canina tiene historia, es decir, si de uno en otro perro se ha transmitido alguna tradición acerca del pasado.

—Tienen sus recuerdos, pero son tan absurdos, que no me atrevo á repetirlos.

—Cuéntamelo, te lo suplico. Habla ya de corrido, y no tendrás acento cuando pronuncies bien la jota.

—Pues bien: dicen los perros chinos que antiguamente andaban en dos pies y usaban sombrero y bastón como los hombres, y que las perras llevaban pendientes en las orejas é iban á la compra.

—Mucho han venido á menos.

—Todo lo contrario: en aquella postura incómoda adelantaban muy poco al andar, y los ratones les mordían las patas, sabiendo que no se les veía; y es que miraban á las nubes y los astros, y disputando si la luna era una torta ó un farol, tuvieron riñas y guerra y hambre en que enflaquecieron como galgos los mastines, y se cortaba el pan con el espinazo de los galgos. Sus trabajos para vivir eran grandes: tenían que construir fortalezas, soplar la lumbre y escaldarse la lengua al probar la sopa hirviendo. En fin, pasó mucho tiempo hasta que lograron poner los cuatro pies en tierra: desde entonces todo varió: corrieron más que el gamo, rastrearon toda clase de comidas, vivieron sin trabajar y miraron á su sabor por debajo de las puertas.

—Y ¿qué idea tienen del hombre?

—Que es un infeliz nacido para dar de comer al perro, y está muy atrasado. No tiene lanas que le arropan y viste de postizo; es tan tonto, que cambia cuartos de vaca por cuartos de metal; tira á la basura lo mejor de la comida; hace calor y no saca la lengua; no sabe rascarse la cabeza con los pies; y mientras él anda en dos, incómodo y expuesto, pone cuatro patas á las sillas y las mesas para que descansan; pero es trabajador y quiere progresar, como se comprende al verle encorvarse haciendo cortesías, y al fin recibirá su recompensa.

—Y ¿cuál será?

—La de andar á cuatro pies.

Me despedí del joven, que me acompañó por urbanidad y abrió la puerta, pero retrocedí al ver que subía la escalera un mastín enorme y sin bozal.

Ruilópez adivinó la causa de mi inquietud, y dijo con dulzura:

—No tema usted, es una visita.



JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.





I

SOBRE la acera, en un charquito de caldo poco grasiento, había esparcidos muchos garbanzos y patatas, un poco de tocino, dos tajadas de carne y un hueso, y entre todo esto, los pedazos designales de un puchero roto, continente, antes de la catástrofe, de aquella comida de jornalero.

Separábanse al pasar para no ensuciarse los transeuntes, sin parar mientes la mayoría de ellos en la desgracia que representaba aquel pucherillo deshecho en medio de la calle.

Bien pronto dos perros olfatearon el inesperado festín y dieron cuenta de las esparcidas viandas, disputándose luego entre gruñidos el hueso que restaba, y que, como de costumbre, fué botín del más fuerte. La acera quedó limpia.

II

No lejos de allí, junto á la valla de una casa en construcción, un albañil, separado de sus compañeros que dormían la siesta tumbados en el suelo, paseaba impaciente sin separar la mirada de la calle por donde esperaba ver llegar á su hija con la comida cotidiana.

Pero transcurría el tiempo y se acercaba ya la hora de reanudar el trabajo, y la muchacha no parecía, y el pobre Niceto, un hombrón de treinta años, inquietábase más y más con el estómago vacío y la cabeza llena de pensamientos intranquilizadores.

¿Qué le habría ocurrido á la chica? ¿Qué habría

pasado en su casa? Aquello no había sucedido nunca. Todos los días de trabajo, sin faltar uno, al sonar las doce en el próximo reloj de la Trinidad, bajaba el albañil del andamio y encontraba á su hijita, la chatilla Rosa, que á los nueve años de edad, aún no cumplidos, tenía el aire de una mujer formal, y que le aguardaba sentada en la acera, á la sombra en verano y al sol en invierno, con la blanca servilleta extendida á modo de mantel, y sobre ella, la libreta reciente, el hondo plato con el pan migado para la sopa y el puchero con el cocido humilde, pero bien condimentado, de garbanzos tiernos y amarillas patatas.

Algo muy grave había sucedido, no cabía duda.

Y en estas cavilaciones, imaginando desgracias posibles, el jornalero se separa de la obra para llegar á la esquina de la otra calle y ver de lejos si venía la muchacha; y fumaba un cigarrillo y otro para entretener el apetito, que ya iba pareciéndose al hambre.

Por fin sonó la hora del trabajo; los albañiles, desperezándose, abandonaron su lecho de piedras, subieron otra vez á los andamios y Niceto, después de vacilar un momento, uniósse á ellos y subió también.

Aquella mañana había tenido con el capataz unas palabras sobre si esto ó si lo otro, cosas del oficio y de poca importancia; pero podía suponer el hombre que si Niceto se retiraba antes que los demás lo hacía enojado por la disputa.

Resolvió, pues, no pedir permiso para marcharse, y continuar en el trabajo; pero en aquellas cuatro horas que pasaron hasta las seis de la tarde, el pobre albañil desde lo alto del andamio, exponiéndose muchas veces á caer porque la debilidad le producía vahidos, no cesó de mirar á la calle

con la esperanza siempre de que la niña apareciera por allí abajo. La muchacha no vino, y el jornalero se aferró entonces á la idea de que en su familia había ocurrido algo gravísimo.

Por eso, al terminar el trabajo, echándose al hombre la chaqueta, emprendió con rapidez la marcha hacia su casa, con tanto anhelo como temor de llegar á ella.

III

Vivía muy lejos, en el camino de Carabanchel, y dudó si llegar á la plaza Mayor para montar allí en el tranvía; pero éste se retrasaba muchas veces, y creyó preferible ir, como siempre, andando.

Por medio de la calle, para que no le estorbase la gente, iba casi corriendo, cuando al llegar á la plaza del Progreso vió sentada en medio del jardinillo á la muchacha. La vislumbró desde muy lejos y dudó. Al persuadirse de que era ella corrió en su busca.

Con su bracito apoyado en el respaldo del banco rústico y el otro caído á lo largo del cuerpo, cabizbaja, inmóvil, estaba la chatilla. Tenía junto á sí la cesta de la comida, y en ella fijos los ojos muy abiertos y encendidos por el llanto.

—¡Rosal!—gritó Niceto.

La chica al oír la voz de su padre, como quien despierta de un letargo, le miró espantada y sin moverse.

—¿Qué es esto? ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasao? ¿Por qué no me has llevao la comida? Vamos, dí, responde pronto. ¿Por qué has llorao? ¿Qué te han hecho?

Todas estas preguntas salieron de su boca á borbotones y dichas con la voz trémula de la inquietud y del temor, en un tono que tanto tenía de reconvención como de cariño.

—¡Ay, padre, padre!—exclamó por fin la muchacha rompiendo á llorar ruidosamente.—No me pegue usted.

—¿Pues qué has hecho para que te pegue? ¿Cuándo te he pegao yo? Dilo, bribona.

—Nunca, nunca; pero hoy sí lo merezco.

—Habla pronto, si no quieres que te zurre de veras; y basta de llanto, y no llares la atención de los que pasan. ¿Qué te ha sucedido?

Entonces la niña lo contó. Balbuciente y entre sollozos que no podía contener, dijo que al notar

que dentro de la cesta iba poco seguro el puchero de la comida, quiso colocarlo mejor, y al sacarlo se le cayó al suelo y se hizo pedazos.

—¡Acabáramos!—exclamó al oírlo Niceto, respirando con libertad.—¿Y por qué demonios no fuiste á decírmelo?

—Porque temí que usted me pegara..... ¡Como era una cosa tan gorda!

—Vamos, vamos á casa, que tu madre estará con la misma inquietud que yo he tenido.

—No, madre no me espera hasta el anochecer, porque me dijo que fuera á casa de la tía Isidra en cuanto comiéramos, y creerá que estoy allí.

¡En cuanto comiéramos! Esta frase hizo al padre caer en la cuenta de que también la muchacha había sido víctima de la rotura del puchero y que no habría comido tampoco. Levantó la tapa de la cesta que la niña llevaba colgada del brazo, y vió que la libreta estaba intacta.

—Oye tú, chiquilla, ¿y por qué no te has comido el pan?

—¡Estaría bueno!—exclamó Rosa.—¿Qué había yo de hacer eso sabiendo que usted no había comido?

Niceto se inclinó hacia la pequeña, y cogiendo entre las manos su cabecita rubia, se la comió á besos.

IV

Cuando ya tranquilos y alegres el padre y la hija se encaminaban á casa, se le ocurrió de pronto al albañil algo que le hizo funcir el entrecejo y detenerse.

—¿Sabes lo que pienso, Rosita?

—¿Qué piensa usted, padre?

—Que en cuanto tu madre sepa lo que te ha pasao, arma el gran zipizape y nos da la noche. Ya sabes lo que es, una santa de Dios; pero con unos prontos, que sólo yo se los aguanto. Ni tú te libras de una azotina, ni yo de un disgusto, si procuro evitarla.

Rosita contestó con una mirada elocuentísima. Lo que su padre decía era indudable.

—No hay más remedio—añadió el albañil—que ocultarla lo que ha pasao, para lo cual es preciso comprar otro puchero.

—Eso es lo mejor, padre, eso es lo mejor—dijo la muchacha con la alegría de quien se ve libre de un gran peligro.



Entraron en una cacharrería y por treinta céntimos, que Niceto guardaba para tabaco, compraron un puchero, el que hallaron más parecido al otro en forma, en color y en tamaño.

Y cuando de nuevo emprendieron la caminata, pensaba el albañil para sus adentros:

—Mi hijita, teniendo hambre, no ha comido porque yo no comía, lo cual prueba que este camino tiene un alma mu grande.

Y la muchacha iba diciendo para sí:

—Mi padre se ha quedao sin una perra pa comprar este puchero y evitar así un berrinche á mi madre y á mí una cachetina, lo cual prueba que mi padre es un bendito.

Y así, orgullosos el uno del otro, cogidos de la mano, marchaban con tal gozo en el pecho, que compensaba la angustia del estómago.....

V

La señá Pepa, la esposa de Niceto, gruñía por todo y á todas horas. Si no precisamente una santa, como su marido aseguraba, era buena, muy buena; pero con un genio de todos los diablos.

Su hombre la temía más que á un pedrisco, y con éste tenía gran semejanza, porque sus iras pasaban pronto.

Cuando vió llegar aquella noche juntos al padre y la hija, los recibió diciendo á gritos:

—¡Vamos, ahora me explico la tardanza! El papá y la niña se habrán entretenido, como de costumbre, mirando los escaparates y diciendo aquello de: si yo fuese rico, te compraría esto y lo otro y lo de más allá. ¡Bobadas que entontecen á la chica! Más valiera que hubierais venido de prisa; á poco más se me pega la cena.

Niceto y Rosa no se dieron por entendidos. Poco era callar entonces, cuando para evitar un disgusto acababan de hacer mayores sacrificios.

La señá Pepa, gruñendo todavía, fué á desocupar la cesta de la comida, y al encontrarse con la

libreta entera no pudo menos de exclamar con sorpresa:

—¿Qué es esto? ¿Habéis comido hoy sin pan?

Niceto y la chatilla se quedaron atónitos; aquella imprevisión lo descubría todo; pero, como inspirado súbitamente, contestó riendo el albañil:

—¡Quia, mujer! Si es que traemos tanta gazuza que digo, dije: pues compro una libreta más. Y ahí la tienes pa zampárnosla luego.

La niña sonrió admirando el ingenio de su padre para tramar embustes; pero asustóse de nuevo al ver que su madre, sacando de la cesta el puchero y mirando á su fondo, decía con acento irónico:

—Si traéis tanta hambre no será por haber comido sin gana, porque el puchero está tan rebañao que paece nuevo.

Se agravaba el conflicto, y comprendiéndolo Niceto, arrebató el cacharro á su mujer y dijo mirándolo:

—Sí que es verdad; está limpio como una patena; pero basta de conversación—añadió poniéndolo en el fregadero entre unas cazuelas—y á cenar, que es muy tarde.

Como echándolo á broma, cogió él mismo la gran fuente en que humeaba el guisado dispuesto para la cena y la puso sobre el mantel.

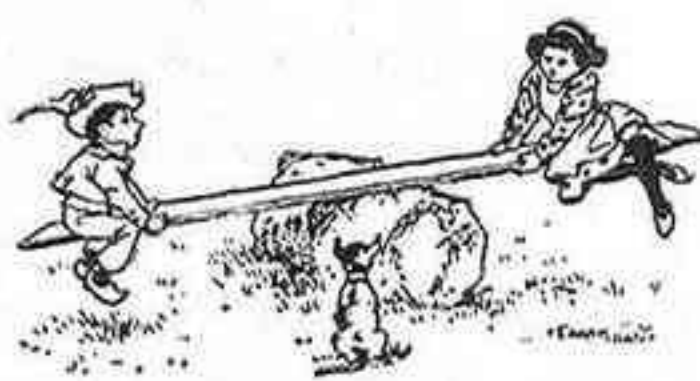
Niceto y Rosa, con no disimulada voracidad, metieron á la vez la cuchara, sin esperar á que la madre se sentara á la mesa.

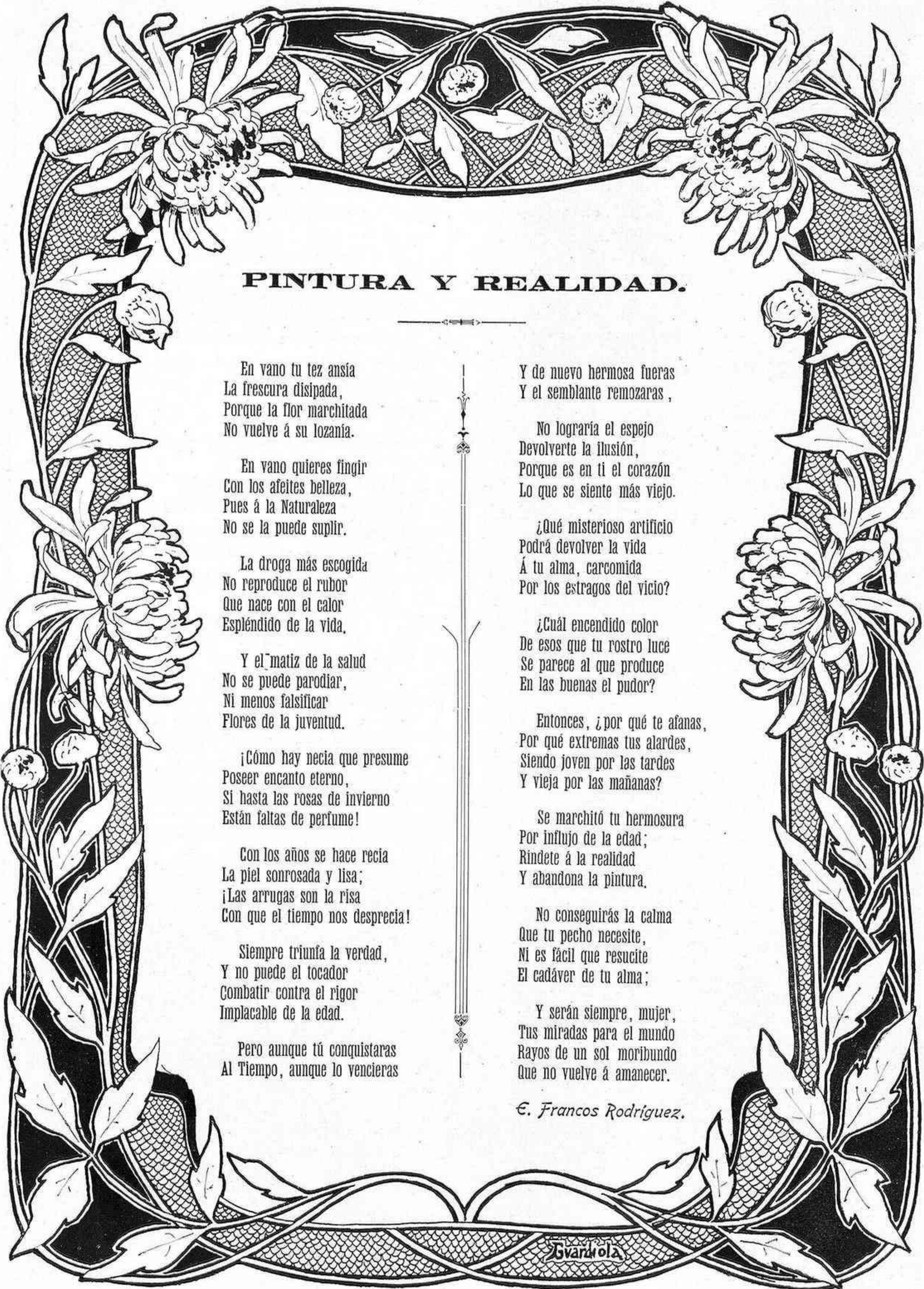
—¡Válgame Dios!—exclamó la señá Pepa al verlos;—cualquiera diría que tenéis hambre atrassá. ¡Ni que no hubierais comido en tó el día!

—Ya te lo dije antes—contestó el albañil con la boca llena;—por eso traje la libreta pa postre.

Echáronse á reir los tres, cruzóse entre el padre y la hija una maliciosa mirada de inteligencia, y siguieron cenando con más deleite que nunca, no sólo porque era mayor el apetito de ambos, sino porque el guisado aquella noche tenía para ellos una salsa muy sabrosa: la satisfacción que nunca experimentan los malos y que es el premio más grande de los buenos.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





PINTURA Y REALIDAD.

En vano tu tez ansía
La frescura disipada,
Porque la flor marchitada
No vuelve á su lozania.

En vano quieres fingir
Con los afeites belleza,
Pues á la Naturaleza
No se la puede suplir.

La droga más escogida
No reproduce el rubor
Que nace con el calor
Espléndido de la vida.

Y el matiz de la salud
No se puede parodiar,
Ni menos falsificar
Flores de la juventud.

¡Cómo hay necia que presume
Poseer encanto eterno,
Si hasta las rosas de invierno
Están faltas de perfume!

Con los años se hace recia
La piel sonrosada y lisa;
¡Las arrugas son la risa
Con que el tiempo nos desprecia!

Siempre triunfa la verdad,
Y no puede el tocador
Combatir contra el rigor
Implacable de la edad.

Pero aunque tú conquistaras
Al Tiempo, aunque lo vencieras

Y de nuevo hermosa fueras
Y el semblante remozaras,

No lograría el espejo
Devolverte la ilusión,
Porque es en ti el corazón
Lo que se siente más viejo.

¿Qué misterioso artificio
Podrá devolver la vida
Á tu alma, carcomida
Por los estragos del vicio?

¿Cuál encendido color
De esos que tu rostro luce
Se parece al que produce
En las buenas el pudor?

Entonces, ¿por qué te afanas,
Por qué extremas tus alardes,
Siendo joven por las tardes
Y vieja por las mañanas?

Se marchitó tu hermosura
Por influjo de la edad;
Ríndete á la realidad
Y abandona la pintura.

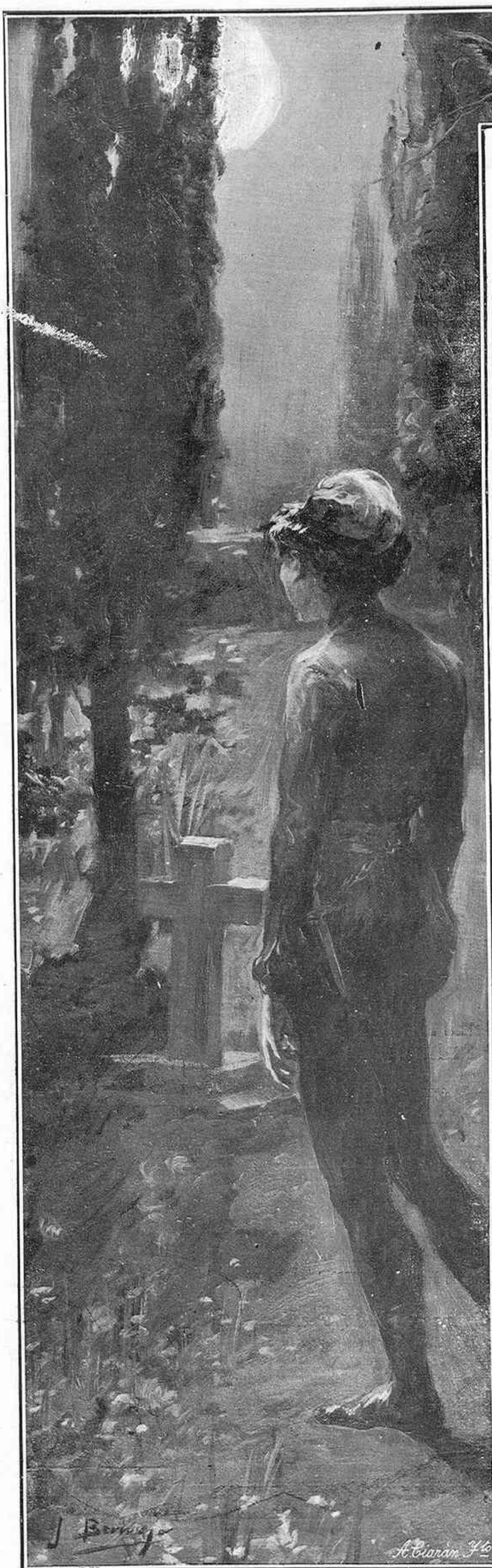
No conseguirás la calma
Que tu pecho necesite,
Ni es fácil que resucite
El cadáver de tu alma;

Y serán siempre, mujer,
Tus miradas para el mundo
Rayos de un sol moribundo
Que no vuelve á amanecer.

E. Francos Rodríguez.

Guardiola





EL ENTIERRO DE OFELIA.

I.

Es la mañana. De los rosales
Brotan alegres, cual de un salterio,
Vibrantes cantos, himnos triunfales
Que alzan jilgueros y alondras reales,
¡Los trovadores del cementerio!

II.

Al pie de un sauce verde y sombrío,
Junto á marmórea tumba labrada,
Hámlet, el príncipe pálido y frío,
Con otro joven, en desafío,
Cruza, bizarro, su recia espada.

III.

Paran la lucha los dos rivales:
Que un blanco féretro busca su fosa
Por la ancha senda de los rosales,
Y en él, ceñida de albos cendales,
Descansa Ofelia, la virgen diosa.

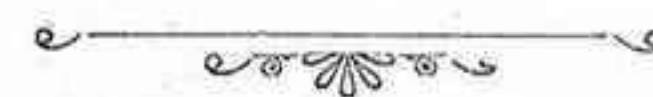
IV.

Aquella clara noche de estío,
Junto á reciente tumba entreabierta,
Hámlet, el príncipe pálido y frío,
Derrama, presa del desvarío,
Llanto de sangre por su hada muerta.

V.

Vierten los astros lumbres radiosas;
Entre cipreses níveos jazmines
Dan sus esencias más olorosas;
De los sepulcros se abren las losas,
Y suenan cítaras y bandolines.

MANUEL REINA.



EL LLANTO DEL GRAN CAPITÁN.

Finge el ronco torrente himno guerrero;
La nacarada luna
Semeja casco de bruñido acero,
Y argentado pavés la azul laguna.

Bajo el claror de fúlgidas estrellas,
Á la margen del lago,
Piensa el Gran Capitán en sus querellas
Y de la patria en el reciente estrago...

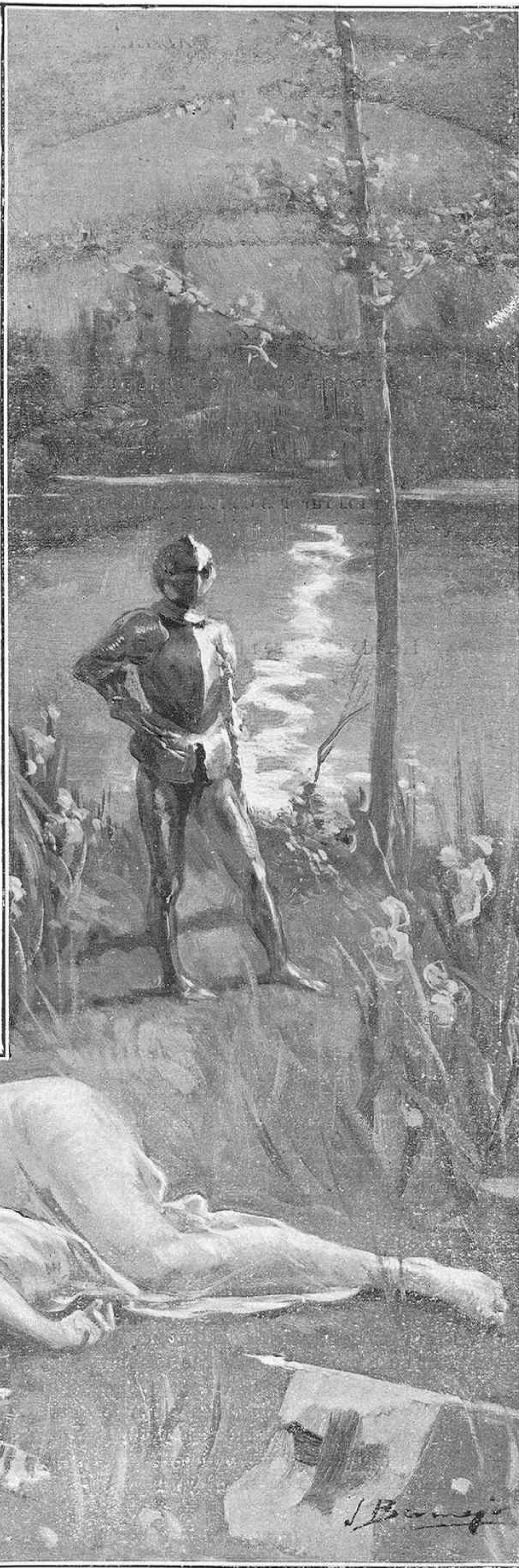
De castillos ciñendo áurea corona,
Y entre zarzas caída,
Ve el heroico adalid á una matrona,
Deshecho el corazón por ancha herida.

Y en torno de la bella, desolados,
Á nobles paladines
Rompiendo, sin combate derrotados,
Sus armas, sus broqueles y clarines.

Sangre simulan en la orilla amena
Las encendidas flores;
El aquilón desátase, y resuena
Como el tronar de bélicos tambores.

Y en céspedes de grana y amaranto
Vierte el Gran Capitán abrasadoras
Lágrimas de furor... ¡ardiente llanto
Que ha de forjar espadas vengadoras!

MANUEL REINA.



EL HIJO DE LA CANTINERA.

Un hijo tuvo la cantinera
Bello y alegre como el amor;
De ojos dorados, rizo cabello,
Faz de arrebol.

Bravo era el hijo como la madre:
Niño mimado del batallón,
Ya se abrigaba con la bandera,
Ya se dormía sobre el tambor.

En los furores de los combates,
Acompañada por el cañón,
Daba á los vientos alegres cantos
Su tierna voz.

Entre las balas, luchando intrépido,
Herido el pobre niño cayó.

Para que olvide pena y dolores,
Toca la música del batallón.

Á los acordes, el pobre infante
Lanza sonrisas—rayos de sol;—
Mas ¡ay! sus ojos tienen de cirios
El resplandor.

La cantinera, la triste madre,
Siempre ocultando su corazón
Atravesado por siete espadas,
Finge ante el hijo risueño humor.

Una mañana de primavera
El valeroso niño expiró,
Y con la madre lo lloran todos
Los nobles pechos del batallón.

LA SERENATA DE DON JUAN.⁽¹⁾

—Princesa angelical de ojos rasgados
Y garganta de pétalos y aromas,
Á ti vuelan mis versos, arrullados
Por las torcaces cálidas palomas.

De mis versos el límpido torrente
Refleja en su cristal tus formas bellas,
Como el Guadalquivir en su corriente
Retrata al ígneo sol y á las estrellas.

¡Seductora beldad, no seas esquivia
Con este corazón que por ti late,
Y que enlaza á las rosas de tu ojiva
Los épicos laureles del combate.

Mis cantos, melancólica sirena,
Estamparán sus ósculos de mieles
En tu faz donde brilla la azucena,
Y en tu labio en que sangran los claveles.

Mis cantos rozarán con su plumaje
Tu frente y tu mejilla de escarlata,
Y labrarán su nido en el encaje
Que orla tu seno de marfil y plata.

Ondulan en mis cantos, precursores
De mi eterna ilusión fascinadora,
Los rojos estandartes triunfadores
De robusta pasión abrasadora.

Mis cantos ciñen fúlgida cimera,
Que orna florida rústica guirnalda,
Y lucen regio arnés, do reverbera
El rayo de tus ojos de esmeralda.

Son mis cantos, en fin, bajel ligero
Que llena Amor de músicas y risas,
Y boga en mar de rutilante acero
Al blando soplo de aromadas brisas.

*Princesa angelical de ojos rasgados
Y garganta de pétalos y aromas,
Á ti vuelan mis versos, arrullados
Por las torcaces cálidas palomas.*

Mas ¡ay! si tu hermosura y tus amores
Me quisieran robar locos rivales,
Mis cantos, melodiosos ruiseñores,
¡Se cambiarán en tigres y chacales!

(1) Del poema inédito *La Juventud de Don Juan*.

MANUEL REINA.



EL TESORO DE SORBAS.

I

LA villa de Sorbas, en Almería, encaramada en un montículo de cortes verticales, ceñido por el doble abrazo del río Aguas y del arroyo que como naturales fosos le defienden, mantiénese allí cara al Mediterráneo, hostil y africana, al arrimo de las ruinas de su castillo moro y mostrando en su única entrada practicable las bocas de sus célebres *cuevas* carilavadas, encaladitas al exterior como viviendas andaluzas y por dentro amarillentas y negruzcas con los tonos de la arenisca miocena ahumada por los hogares.

Por allí no han pasado las luces ni el nivel del progreso. Con la arcilla extraída de aquellas socavaduras constrúyense objetos de alfarería iguales á los usados por los súbditos de Boabdil; las gentes son bronceadas de tez, perezosas al trabajo, activas á la lucha, amigas de la zambra, vindicativas, supersticiosas, árabes de raza.

Todavía pueden sorprender allí la pluma y el lápiz del artista ó la *instantánea* del aficionado color regional, tipos castizos, poesía, tradición, bellezas nativas.

Una nota disonante, moderna, había, sin embargo, en Sorbas al ocurrir los sucesos de mi cuento; el Sr. Martín Uribe, el herrero: un bilbaíno de la propia calidad del metal que trabajaba, que á costa de labor ciclópea y terquedad vizcaína logró aclimatarse en aquella tierra de moros, é imponer sus productos al pueblo y aun á toda la región, suplantando al viejo gitano que de tiempo inmemorial tenía allí junto á las cuevas

fragua y herradero de bestias, ambos á la usanza primitiva.

Martín Uribe plantó en Sorbas un taller de forja y fundición á la moderna, como montado por quien sudó largos años en los altos hornos bilbaínos y conocía el arte de fundir y forjar como los propios dedos de su mano callosa. Así construía rejas de arado y aperos de labranza, como prensas aceiteras, rejería y toda suerte de material de construcción, y aun utensilios domésticos.

Tenía Martín Uribe un hijo hermoso con la robusta belleza de la gente vasca, el cual, como nacido y criado en tierra andaluza, juntó al recio temple de su raza la gallardía y apostura propias de aquella patria del garbo.

Y al tal mocito, Gabriel por nombre, asentósele en el alma, desde la niñez, el mayor imposible amoroso que se le hubiese antojado al mismo Lucifer, inventor reconocido de lo que á nadie se le alcanza: cortejar no menos que á la castellana del lugar, á la alcurniadísima heredera de los Silvas de Toledo, los *Señores de Sorbas*, como ellos se decían, que bufaban de altivos y reventaban de linajudos.

Como que el D. Rodrigo de Silva, actual poseedor, desposeído de los *estados* imaginarios de los Silvas, que de tres siglos á esta parte no vieron cinco duros juntos, tenía el escudo nobilísimo grabado y esculpido en todos los enseres caseros, hasta en el roñoso cajoncillo de pino en que el buen hidalgo guardaba los peines y navajas de afeitar; y con los pergaminos genealógicos que amontonaba en tres arcones apolillados, hubiera

podido poner parche á todos los tambores y pande-
deretas que se rompen en Madrid por Navidades.
Y en cuanto á la nonagenaria D.^a Mayor de To-
ledo, madre de D. Rodrigo, que era ella misma
un pergamino viviente, parecía la historia inse-
pulta de la familia y guardaba en *sus fastos* más
grandezas enmohecidas que el propio Archivo de
Simancas. Muy bien sabía la reverenda dueña y
harto inculcó á su hijo que todos los castillos del
Reino de Granada eran legítima propiedad y feudo
de los Silvas ó de los Toledos, y de todo ello ha-
bía en la casa ejecutorias y papeles que lo canta-
ban muy clarito; de suerte, que en el D. Rodrigo
venían á juntarse y confluír por ambas líneas,
paterna y materna, todas las noblezas, mayoraz-
gos, privilegios y señoríos, y con ellos la legítima
posesión y dominio de todos los castillos, villas y
lugares del opulento reino granadino, con sus
correspondientes bosques, ganados, huertas y tie-
rras de labrantío. De todo aquello era amo y señor
natural D. Rodrigo, sin que le faltase para co-
brarlo y tenerlo en su mano sino una sola cosa
que posee mágica virtud para mover así las len-
guas de los letrados como el mohoso rodaje de los
tribunales de justicia: ¡dinero, dinero y dinero!
como decían á grito herido D.^a Mayor y su uni-
génito á cuantos querían escucharlos, que iban
siendo muy pocos en Sorbas, tanto porque aque-
llas invocaciones al precioso metal solían ir acom-
pañadas de duros *sablazos* al prójimo plebeyo,
cuanto porque las gentes estaban ya ahitas de oír
hablar de pergaminos y riquezas; porque en ma-
dre é hijo el ansia del pícaro dinero que había de
restituirles sus dominios, trocóse en sugestión
morbosa, en verdadero delirio de codicia que les
hacía imaginar á toda hora herencias maravillo-
sas ó tesoros escondidos. Así, á la madre la llama-
ban en Sorbas D.^a Urraca y al hijo *Sueñatesoros*,
y aunque, fuera de aquellos desvaríos de grande-
zas, eran ambos ilusos la bondad misma, no que-
daba alma viviente que se expusiera á oír sus la-
mentaciones y desbarros.

Otra persona de aquella familia, por lo pasiva
insignificante, era D.^a Elvira de Guzmán, la es-
posa de D. Rodrigo, una granadina obesa, que no
vivió nunca sino para ambicionar dos cosas: un
título nobiliario, y muchos sartales de perlas y bri-
llantes: la codicia de ambas grandezas hízola
aceptar la mano y los soñados dominios de Silva,
y si bien en diez y nueve años de matrimonio
sólo vió en su casa miseria y locuras, consolábase

esperando mansamente en el logro de las prome-
tidas bienandanzas.

Víctima de aquellos tres visionarios era María,
la niña de Silva, cuyos floridos diez y ocho años
andaluces secábanse entre las negras paredes del
caserón lúgubre y yermo. Lo que sería una mari-
posa de luz aleteando en el hueco de una cala-
vera, érase la alegre niña revolando por aquel
solar cavernoso y muerto. Horas y horas pasá-
banse D.^a Mayor y D. Rodrigo desdoblado ran-
cias ejecutorias y siguiendo con el dedo las intrin-
cadísimas ramificaciones de verdaderos *bosques* de
árboles genealógicos; el mismo tiempo que la pa-
cífica D.^a Elvira, embutida en un despanzurrado
butacón de gutapercha, estábase tejiendo y des-
tejiendo vueltas de *crochet* en una pesadísima col-
cha, digna de Penélope por lo inacabable.

Y entretanto, Mariquita se parecía por lucir
desde los balcones las faldas de percal floreado,
las toquillitas de colores suaves, la fresca rosa
prendida al frondoso pelo negro; y en los balco-
nes cuidaba de sus pájaros y flores; y allí vivía,
cantaba y respiraba á plenos pulmones el aire,
como con sed de beberse el espacio, que era liber-
tad y vida.

Y como frente á los balcones estábase á toda
hora, hermoso como el arcángel de su nombre,
Gabriel, cuya persona respiraba juventud y no-
bleza, cuyos ojos pedían ansiosamente amores, y
cuya constancia y rendimiento decían más que
palabras....., ¿qué había de suceder, sino que Ma-
ría se enamorase de Gabriel, y que Gabriel se vol-
viese loco de pasión al verse correspondido por
María? Y eso sucedió, sin que el recato y miste-
rio con que ambos celaban su cariño hiciese otra
cosa sino añadir leña al fuego.

II

Un atardecer de otoño, en que los tres Silvas
mayores hallábanse encerrados en su madriguera
—un cuarto interior con ventanas á un patinejo
sucio—y entregados respectivamente al *crochet* y
á los pergaminos, Gabriel y María, aprovechando
la soledad de la calle, de donde los primeros fríos
barrieron á los curiosos, atreviéronse por primera
vez á hablarse. ¡Hablarse!.... ¡Qué divino atre-
vimiento, qué no gustado deliquio! ¡Oír por pri-
mera vez el propio nombre en los labios amados!
¿Hay mayor dicha?



CONCIERTO.
Cuadro de Andreotti.

—¡María!—articuló Gabriel, temblando de pies á cabeza.

—¡Gabriel!—osó pronunciar María, doblando el grácil busto sobre el antepecho.

Y.... entre el balcón y la calle, en el húmedo ambiente vespertino, los ecos de aquellos dos nombres siguieron sonando con degradaciones remotas, supramundanas; y absortos en aquellas músicas divinas que misteriosamente se cruzaban entre ellos, ni uno ni otro se atrevían á cambiar más palabras....

Doblando lentamente la esquina de la calleja frontera al caserón, apareció una vejezuela andrajosa y claudicante, que andaba con ayuda de una muletila corta: era *tía Jeroma la morisca*, una gitana casi centenaria, que vivía allá en la última y más negra de las cuevas, en un boquete hondo y tenebroso conocido por la *Cueva de la bruja*; tal fama gozaba la tía Jeroma, cuya nota de morisca era acaso expresión del odio del pueblo, que á plena luz la denostaba y aun apedreaba heroicamente, y en horas de sortilegios y *espantos* solía buscarla, supersticioso, en demanda de *buenaventura*, suerte de cartas, cura por ensalmo ó hierbas milagrosas; ó en busca de *filtros* y maleficios, emplazamientos de muerte y venganzas mudas y sin huellas.

Ante las almas piadosas andaba la tía Jeroma con mucho pujo, renqueo y ¡Dios me valga!, y cuando se creía sola, tiesa y calladita. Segura de que los enamorados no habían de verla, mirólos con avidez, y sus ojuelos verdosos lanzaron un relámpago felino.

—¡Cogida te tengo, maldita casta de los Silvas! murmuró entre encías,—que no guardaba señal de dientes;—y paróse á respirar con el ansia de quien logra el mayor anhelo de su vida.

Nadie lo sabía en el pueblo; pero ella no olvidaba que por causa de aquella mala ralea de los Silvas, del padre mismo de D. Rodrigo que fué de *la Justicia*, ahorcaron en Granada á su hombre, *por unas tristes puñalás* y unos *apaños* que no los sacaron de miserias. *Jurada se la tenía* desde entonces; siguiéndolos se vino á Sorbas; y ahora, ahora veía ella los dos filos del cuchillo que había de *jundirles* hasta el puño. Y como el monólogo es la expresión de la emoción aguda, breve y caluroso mantúvolo callandico la vieja, si es que no tenía por interlocutor al demonio, su amigo. Pero tomada pronta resolución, con acompañamiento de muleteo y quejumbres, llegóse á

Gabriel, y poniéndole la sarmentosa mano en el brazo, díjole en tono prestigioso:

—¡Grabié, hijo del *jerrero*, mú artos pusistes tus ojos! ¡Guárdate del lobo cano y de la leona vieja!

—¡Quita, bruja!—gritó el muchacho con sorpresa y repulsión.

—¡No gaste *fantesía*, niño, que la *jierbesiya* que pisas ensierra quisá tu vía ó tu muerte!

—¡Déjame, estantigua!

—¿Quiere tú, lusero é Sorba, lográ er bien más grande que logró galán enamoraó? ¿Quiere que te ponga yo en la mano esa rosita der *qüerto* der Paraíso? Pó dame mil reale pá acabar mis día, y te la doy.

—¡Vete, *morisca*!

—¿Qué son pá ti esos *parnese*, comparaó con la gloria divina?

—¡Quién te hace caso!

—¡Que te lo juro po er descanso é mis muerto! ¡Que te lo firmo con mi sangre! ¡Mal rayo me mate, si no jablo el evangelio! Y si no.... ¡pruébalo!

—¿Y qué harías?—preguntó el mozo ya alucinado.—¡Alguna barbaridad!—añadió, reflexivo y dudoso.

—¡Con la muerte al ojo te piensa que quió ganame el infierno! Vamos.... ¿no darías esas mo-nea por aquel sielo?

—Por ella.... ¡qué no daría yo!

—¡Trato jecho!.... ¿Palabra de hombre?

—¡Como me cumplas la tuya!....

—¡Dala por cumplía!

Y Gabriel, temeroso de ser visto, alejóse de la calle; y la vieja, gañendo y renqueando, entróse en el negro portalón de los Silvas.

En el patinejo hallábase lavando Manuela, y cortando leña Andrés, dos viejos perros de la casa y su única servidumbre. Con ellos habló larga y quedamente la tía Jeroma; y algo estupendo debió decirles, porque ambos se quedaron haciéndose cruces, y corrieron á contar el caso á los señores.

III

Antes de amanecer chirriaron llave y cerrojo en el zaguán de los Silvas; abrió Andrés la puerta carcomida, asomó por ella un turbio farolillo, y, como *aparecidos* de otras edades, mostráronse

D.^a Mayor arrebuja en luengo y ceñido manto y D. Rodrigo rebozado en halduda capa; asida la madre al brazo del hijo, tropezando, sacudidos de frío y como de emoción ó susto, aventuráronse por las pedregosas callejas de Sorbas frías y desiertas.

En la *Cueva de la bruja* ardía desde media noche la hoguera precursora de conjuros y sortilegios. La tía Jeroma aguardaba clientes; y ¡vive Dios! que hablaba con el demonio la maldita, según sabía preparar el teatro para escenas prestigiosas.

Al fondo del boquerón tenebroso, la hoguera, alma de los aquelarres, lamía con sus llamas embrujadas las negras estratificaciones de la arenisca comida y calcinada por el fuego. Alimentaban la fogata gibosos troncos de olivo y pencas de pita ó chumbera desecadas al sol, cuyos calados filamentos brillaban como encajes ígneos entre vaporosas cenizas blancas; otras pencas y troncos á media combustión parecían en torno al foco vivo negros dragones de escamas y bocazas de lumbre; y en derredor al fuego blanqueaban amontonados huesos de perros ó de lobos, fémures roídos, mondadas calaveras, por cuyas cuencas se transparecía la llama.

A completar el cuadro rembrandtiano, el agua fuerte macabra á lo Durero, el capricho goyesco, llegaron los dos Silvas, mojados por el rocío de la madrugada el manto de la señora y la capa y el fieltro del hidalgo: faltaba sólo á la linajuda la holandesa toca repulgada, y al caballero la tizona de taza y la enrizada gorguera; pero, aun sin esos toques, la ilusión era perfecta: la faz apergaminada de la madre tenía el austero misticismo de algunas reverendas señoras retratadas por Sánchez Coello ó Pantoja de la Cruz; el rostro alargado, la apuntada barba, el recortado pelo, blanco hacia las sienas, la palidez ascética, la psicología entera de D. Rodrigo, surgían de un lienzo del Greco..... ¡pleno siglo xvi!

Desarrebozados de manto y capa, temblorosos, febriles como atacados de dolencia del alma, hablaron los Silvas á la bruja, que, surgida de un seno del antro, se inclinaba ante ellos.

—¿Sería verdad lo que la hechicera aseguró á los criados? ¿Podría creerse en sus perfidias y sugerencias infernales?

De rodillas cara á la hoguera, con los brazos en cruz y las lágrimas en los ojos, confesó la centenaria, entre hipos y sollozos, que ella, como

el pueblo aseguraba, descendía de moriscos, y que sus más antiguos pasados conocidos fueron moros, señores en la corte de Boabdil, muy allegados á la persona del monarca; y que á estos sus abuelos, en los días aciagos de la conquista, confió el vencido soberano sus más grandes tesoros; ¡y qué tesoros! montes de monedas de oro purísimo, ríos de perlas y esmeraldas, toda la fabulosa opulencia de un príncipe mahometano, encerrado todo ello en cofres de hierro, en vasos de bronce ó en ventradas tinajas de barro; de todo lo cual fueron, por tradición religiosa, guardadores avaros los ascendientes de Jeroma, que ocultaban fanáticos aquellas riquezas, con juramento solemne de padres á hijos, de que jamás caerían en manos de *infielos*.

—Infielos eran para ellos los cristianos, señores míos—gemía Jeroma;—pero yo, ¡gracias á Jesús crucificado y á la Virgen bendita! soy cristiana—y se golpeaba el enjuto pecho;—cristiana hasta la muerte, y no puedo pensar en morirme llevándome á la tierra ese secreto: ¡porque los tesoros del rey Boadil enterrados están bajo los solares de los señores de Silva y de derecho pertenecen á ellos y á nadie más!—acabó en tono sibilítico.

Las pupilas de D.^a Mayor se dilataron como en presencia de un prodigio, y los ojos de D. Rodrigo centellearon de alucinación y codicia.

—¿No nos engañas?—preguntó D.^a Mayor con voz cavernosa.

—¡Si mintieras, te acordarías de mí!—amenazó D. Rodrigo con furia de loco.

—Las pruebas de ello tengo aquí, en el seno—dijo la morisca, sacando de él un pergamino roñoso y redoblado, en que aparecían trazados con tinta negra y roja unos casi borrados signos, que antes semejaban notación de viejo antifonario que árabes caracteres.—Bajo la casa de la plazuela—decía la embaidora como si lo leyese en aquel logogrifo—están los tesoros de nuestro Señor el Sultán. Y gimiendo enronquecida, juraba:

—¡La cabeza pondría yo en el tajo, si lo que digo no fuera cierto como la muerte y como el día del Juicio de las almas!

La hora, el lugar de la escena, la alucinación del insomnio, el tono fatídico y solemne de la vieja, y, más que nada, la propia fantasía desbordada ante la idea del logro de las soñadas codiciadísimas riquezas, ejercían irresistible sugestión sobre los visionarios; sugestión de la cual aprovechó diabólicamente la taimada gitana, decla-

mando con el énfasis sentencioso y la conturbadora mímica de los de su ralea:

—Por el Dió que está en lo sielo, m'atrevo á jurá que esto grande zeñore han tenío la *corasoná* y el *aviso* de su fortuna; porque *está escrito* —usaba esta fórmula árabe en sus conjuros— *escrito está* que er tesoro escondío *clama* dende la tierra y que er corasón *anunsia* los biene como los male!

D.^a Mayor y D. Rodrigo alentaban ruidosamente; la emoción les reventaba en el pecho; aquello era lo mismo que ambos pensaban; tuvieron siempre el presentimiento de los tesoros, la predestinación á la grandeza; de aquí sus sueños y visiones. ¡Estaba escrito! En toda alma española hay un yacimiento fatalista, árabe puro.

Concertóse que la vieja iría á la madrugada siguiente á señalar el sitio del tesoro que ella veía claro y distinto como los dedos de su mano, sobre todo cuando cerraba los ojos. Y nada más se habló: las grandes emociones son lacónicas.

IV

La casa del tesoro no era, según la morisca, la que los Silvas habitaban, sino otra aún más vieja y ruinoso, toda gibas, grietas y goteras, que á la menor trepidación cernía tierra y aserrín, y se desconchaba sola, retorciendo y doblando todas sus líneas con marcado esfuerzo á tumbar de una vez la rota osamenta. Aun así, todavía albergaba aquel cascajo á unos cuantos infelices no muy bien hallados con su vida, y que por tenerla en amenaza perpetua pagaban á los señores de Silva las únicas rentas con que éstos sustentaban lo poco que en ellos no vivía de ilusiones.

Grande fué la sorpresa de aquellos inquilinos de escombros al verse expulsados con apremio por derribo perentorio, en evitación de hundimiento, según se les notificó.

—¿Jundimiento?...—se decían aquellos castizos andaluces.—¡Más jundío que está esto!

Y nadie los movía. Pero cuando á la madrugada vieron aparecer con picos y linternas una cuadrilla de albañiles acaudillados por los Silvas y por la tía Jeroma, creyéronse presa de trasgos y visiones, ó víctimas de negra pesadilla, y cada cual, como el paralítico del Evangelio, tomó su lecho y dióse á huir más que á paso.

—¡Por aquí, por aquí!—decía la empecatada gitana, aplicando las piquetas á los escasos puntos firmes en que se sustentaba la casa. Entretanto, D.^a Mayor mandaba á Andrés y á su hijo hacer grandes excavaciones en patio, cuadra y zaguán. ¡Nada por ningún lado!

De pronto, no se sabe cómo fué aquello, ¡cris! ¡cras! ¡patatrás! ¡brum! La casa se hundió, y por milagro no los cogió á todos debajo. Pero nadie se extrañó de ello: así buscarían mejor. Y durante tres días, á cielo abierto, y ayudados inevitablemente, primero de toda la chiquillería andante y después de casi todos los habitantes de Sorbas, estuvieron los Silvas, los albañiles y la bruja busca que te buscarás el tesoro. Desescombróse el solar por ensalmo, se cavó todo el suelo, se cernió la tierra.... ¡Ni señal de arcas, ni ánforas, ni tinajas de oro!.... ¡Ni un mal puchero con ochavos morunos!

Cuando D. Rodrigo acabó de creer la triste realidad, á punto estuvo de estrangular entre sus manos á la morisca.

Desasióse ésta como pudo de aquellas garras de loco, y puesta de rodillas ante los dos *grandes señores*, confesóles con llanto congojoso y juramentos espeluznantes que se había equivocado, que sin duda el demonio, enemigo de cristianos, jugóles aquella mala pasada, pues de todo fué causa una palabra no bien entendida, que ella creyó significar *plaza* y luego recordó que no significaba sino *calle*; error perdonable en quien no entendía *de lengua mora* sino *lo que venía* en el pergamino, y eso por habérselo leído su padre antes de morir, siendo ella una *chavala*. Claro estaba como la luz del Mediodía que, bajo la casa misma de los Silvas, bajo el solar de su nobleza, estaban los tesoros del Sultán.

—¡Allí, allí en la cueva—decía con extravío de visionaria;—viéndolos estoy como si la tierra se *gorviese* vidrio claro!

Y.... ¡cómo no creerlo! Allí, allí, en la misma casa donde ellos los habían presentido y buscado tantas veces; allí, bajo la bóveda árabe de ladrillos que cimentaba el caserón, hallábanse soterrados los montones de oro, los raudales de perlas y esmeraldas. ¿A qué dudar? ¡Manos á la obra!

De madrugada, con mayor sigilo y aparato de fuerza destructora que la primera vez, bajáronse todos, hasta D.^a Elvira y Mariquita, á la cueva moruna de recia fábrica. Al pie de uno de los macizos pilares en que estribaba la bien trabada bó-

veda, llevó la bruja toda la fuerza de picos y azadones; allí, cabalmente, dentro ó bajo aquel pilar había de hallarse la boca ó entrada, el sésamo prestigioso de la cueva del tesoro.

Mordían los picos con furia los recios ladrillos árabes, apretados en compacta masa por la humedad y los siglos, y cuando por un momento parábase los hombres jadeantes á respirar, oíase, apagando el de los jayanes, el alentar afanoso de los Silvas, que, como si la tierra se hiciera translúcida—según les sugirió la gitana—veían ya bajo ella esplender el oro y relampaguear la pedrería.

De pronto, una azada tropezó con un cuerpo metálico; oyóse un grito loco de D. Rodrigo; se vió rebrillar algo en su mano..... ¡una moneda, y árabe, y de oro!..... ¿Estábase allí enterrada desde luengos siglos? ¿La puso alguna mano traicionera, algún chusco? ¡Quién lo averigua! Pero el delirio, el vértigo de acción, la furia destructora que se apoderó entonces de los Silvas, de Andrés y de los albañiles es inenarrable.

Trabajaban los ganapanes como fieras, como poseídos; corrían todos, todos escarbaban con las manos, hundiendo las uñas en la tierra..... Y como allí no entraba luz, ni nadie contaba ya el tiempo, la delirante embestida al robusto pilar duró largas horas. Y como sobre aquel pilar y sobre aquella parte de bóveda pesaba y se mantenía lo más robusto y sano del caserón, cuando la brecha era ya grande y el pilar vacilaba y se cuarteaba la bóveda, un ruido sordo y creciente como de huracán ó tormenta comenzó á rimbombar sobre la cueva; miráronse todos con angustia indecible..... Los muros de la casa, quebrantados por el recio golpear, atacados por el pie, se rajaban, se rendían, y una serie de estampidos formidables como cañonazos dejó aterrados y cadavéricos á cuantos se hallaban allí sepultos.

Arriba, el bárbaro fragor del desplome y las nubes de polvo que envolvían la calle advirtieron á los vecinos del hundimiento de la casa de los Silvas.

Cuando Gabriel Uribe oyó el estrépito y vió el derrumbamiento, pensando en su María, corrió como loco á salvarla ó á perecer con ella; y tras de Gabriel corrió el señor Martín, que adoraba á su hijo y tenía las entrañas tiernas cuanto duros los miembros; y en pos de ellos se lanzaron sus obreros de la herrería, y los vecinos de la calle, y Sorbas entero, que no se daba aún cuenta de lo ocurrido.

Ciego, demente, se arrojó Gabriel por entre el polvo y los escombros, y bajo la lluvia de piedras y maderos que seguían derrumbándose hacia el centro; y con Gabriel iban defendiéndole y abriéndole paso con sus manos de hierro su padre y los demás cíclopes de la herrería. Y como hacia la cueva se oyese lamentos desesperados, hacia ella se precipitó el puñado de valientes, y abierta brecha en los escombros, bajo los cuales hallaron á dos ó tres albañiles mal heridos y á otros tantos magullados ó contusos, lanzáronse adentro, y allá, en el fondo del antro, bajo los arcos enteros aún de la recia bóveda, á la luz de un mortecino farolillo adivinaron, más que vieron, los ojos de Gabriel la forma blanca y ligera de María, que el mozo, transido de amor, rodeó con sus brazos, sacándola en triunfo de entre riesgos de muerte, saludado por los vivos y gritos de alegría del pueblo, siempre amigo de valientes y de amores contrariados.

También el bravo Martín Uribe halló bajo la bóveda protectora un cuerpo que salvar, el de la anciana D.^a Mayor, casi asfixiada entre el polvo y casi muerta de espanto. No pensó el rudo forjador en rencores de raza, y en sus brazos de acero sacó al aire puro el cuerpo de la desmayada señora. Y sobraron bríos de herreros que pusieran á salvo al cadavérico D. Rodrigo y á la enorme D.^a Elvira y al viejo Andrés, que apenas alentaban de asfixia y de susto.

Cuando con el aire de la calle y las rociadas de agua fresca en las caras, y otros primeros auxilios que les prodigaron las buenas gentes del pueblo, comenzaron á respirar y á recobrase los malandantes visionarios, ordenó el generoso herrero llevarlos todos á su casa, donde no faltaría techo seguro, pan abundante y alma ancha para recibirlos á todos.

Con lágrimas en los ojos y con efusivo apretón de manos agradeció el descaecido caballero la oferta del menestral; y asida María del brazo de Gabriel, y la abatida D.^a Mayor el de Martín Uribe, sin que faltase apoyo á D. Rodrigo y á D.^a Elvira, encamináronse todos lenta y trabajosamente por entre la masa del gentío hacia la vivienda de los herreros.

Trémula, casi expirante, arrastrábase la impotente D.^a Mayor asida al duro brazo de Martín Uribe.

Silencio solemne, casi religioso, rodeaba el triste desfile. Nadie se burlaba. ¡Había en aquel grupo

tanto de majestad caída, de ideales malogrados, de ilusiones muertas! Además, ¡veíase cada cual tan al vivo representado en aquellos sueñatesoros! ¿Quién de ellos no hubiera hecho lo mismo? ¡Quién tiraría la primera piedra á los perseguidores de ideales!

Juntáronse á contemplarlos el médico, siempre pesimista, y el cura, siempre conciliador.

—¡Ahí tiene usted la *Historia de España!*— dijo el médico señalando á D.^a Mayor;—gastó la

vida y arruinó sus solares en busca de soñados tesoros, y ya, sin gloria, ni aun piedras suyas, no encuentra más apoyo que el fuerte brazo de un obrero!

Y el cura, que sabía que no sólo de pan se vive, dijo con grave rostro al médico, señalándole las dos parejas de Uribes y Silvas:

—Descubrámonos, amigo, ante los soñadores de grandezas, y..... celebremos las bodas de la tradición con el trabajo.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

POSTRIMERÍAS.

¡Buscando voy la calma! Es el deseo
Último de mi vida;
El solo bien que adoro y en que creo;
Luz en la sombra; bálsamo en la herida.

Quizá cuando los goces me embargaban
Potencias y sentidos,
En el estruendo de la lucha hallaban
Deliciosos acordes mis oídos;

Y pretendí del héroe la victoria,
Y el lauro del poeta,
Y en la mujer adiviné la gloria,
Siendo el amor mi aspiración secreta:

Pues todo, porvenir, dicha, fortuna,
Cuanto era mi embeleso,

Por un beso á los rayos de la luna
Lo troqué veces mil; por sólo un beso.

No lo habéis olvidado todavía,
Visiones seductoras
Que aún, á despecho de la edad impía,
Resucitáis para alegrar mis horas;

Y pasada la fiebre del combate,
Que yo tampoco olvido,
Algo conservo en mí que vibra y late
Y que matar los años no han podido.

Es el amor; pero el amor del alma,
Libre de ruin deseo;
El amor, compañero de la calma,
Único bien que adoro y en que creo.

MANUEL DEL PALACIO.



CANTO DE AMOR.

(A mi madre.)

Parado ante el borde
De tu lecho inerte,
Del lúgubre lecho donde estás tendida
Quizás para siempre,
Hundo las miradas
En tus ojos vidriados y débiles,
Para ver cuánta vida le queda
De tu pecho á la lámpara tenue;
Y al oír que gritas
Cual grita en el vaso la luz que se muere,
La misericordia sacude mi alma
Lo mismo que al árbol sacude un torrente.
Para echarla al lago
Donde tú pereces,
Al lago en que todo se extingue y se apaga
Tras las aguas, sin luz, de la muerte,
De mis pobres nervios que tanto han sufrido,
Una cuerda hiciese,
A ver si cogiéndola tus manos crispadas,
Pudieran las mías, tirando, atraerte.
¡Mirar que te ahogas,
Mirar que feneces
En los oleajes de sombras y olvido,
Y ser yo impotente
Para entrar partiendo las ondas á brazo
Y á la vida de nuevo volverte!
¡Alma de mi alma!
¡Lauro de mis sienes!
¡Ala de mis hombros caída en el suelo,
Sin la cual no puedo volar como siempre!
¡Cógete á mis brazos
Igual que otras veces,
Enrosca tu cuerpo temblando en el mío,
Húndete en mí mismo, cual luz en la fuente,
Y haré de mis manos argollas de bronce
Para sujetarte, para retenerte!
Cada vez que dices
Con eco doliente:
«¡Si Dios se acordara del alma que sufre,

Y mi cuerpo á la tierra volviese!»
Cada vez que escucho
Esas resignadas palabras, parece
Que salta, estallando, del cielo la bóveda,
Y que el sol apaga su antorcha perenne.
Me imagino, madre,
Una luna apagada tu frente;
Me imagino tus ojos queridos
Dos sagrarios sin luz; me estremece
Ver tu boca cual nido sin vida
Y tus dedos cual zarzas crueles.
Tu pecho es la piedra, que ya no desborda
La vida en raudales sonoros y alegres;
Tu cuerpo es un tronco; tus pies dos andrajos
De carne sin fuerza; tu pelo es de nieve.
Reina de mi alma, cuerpo ya borroso
Vestido de surcos, de arrugas y pliegues:
En mi frente calca tu frente abatida,
En mis ojos tus ojos dolientes,
En mis labios tus labios marchitos,
En mi pecho tu pecho inocente;
Enlaza á mis dedos tus dedos nudosos,
Junta á tus arterias las mías que hierven,
Y absorbe en un trago gigante, terrible,
En que ansiosa bebas del pie hasta la frente,
El horno estallante de fuerza y de vida
En que todo mi cuerpo se enciende.
¡Oh Dios! tú que truecas las sombras en luces,
Haz que en este abrazo de vida y de muerte
Pase hasta sus ojos la luz de mis ojos,
Pase hasta su mente la luz de mi mente,
Pase hasta su pecho del mío la llama,
Y lo anime, lo encienda y lo bese;
Y hasta el último hilacho de carne
Que de mi esqueleto fatídico cuelgue,
Pase á hacerse rosas al suyo adorado
Y de luz y esplendores lo encene.

*
*
*

¡Recuerdas, ¡oh madre!
 Los días de penas
 En que errantes y solos, yo enfermo,
 Mis hermanos sin pan, y tú ciega,
 Dormíamos juntos,
 Como en el rebaño las dulces ovejas,
 Sobre capa inservible, tendida
 En las inhumanas y rígidas piedras?
 En ti recostados,
 Juntas las cabezas,
 Porque ser querías la tierna almohada
 Que lecho nos diera,
 Recuerdo que en torno
 Exhalaba tu cuerpo una esencia
 Que nos calentaba con vaho más tibio
 Que el de lanas y estambres y sedas;
 Y es que tu amor puro
 Inflamaba la pobre vivienda,
 ¡El cariño de madre, que vence
 Al abrigo mayor de la tierra!
 Para que volase
 De mí la tristeza,
 Yo hice una guitarra
 Con cañas y cerdas,
 Y tocándola quedo, tejía
 Coplas andaluzas con notas y penas.
 Un día saliste
 Callada y discreta
 A traernos algo
 Para nuestra mesa,
 Y tanto tardabas,
 Que alarmados nos puso tu ausencia;
 Pero al fin tornaste
 Veloz y contenta,
 Trayendo en tus manos vistosa guitarra
 Con trastes y lazos, clavijas y cuerdas,
 Para que cantase sus penas de enfermo
 Tu pobre poeta.
 Jamás me dijiste con qué me compraste
 La guitarra aquella;
 Pero yo he sabido, madre de mi alma,
 Que de puerta en puerta,
 Limosna pediste para regalarme
 La dulce vihuela:
 ¡Guardo la guitarra como si tu vida
 Estuviese enredada en sus hebras!

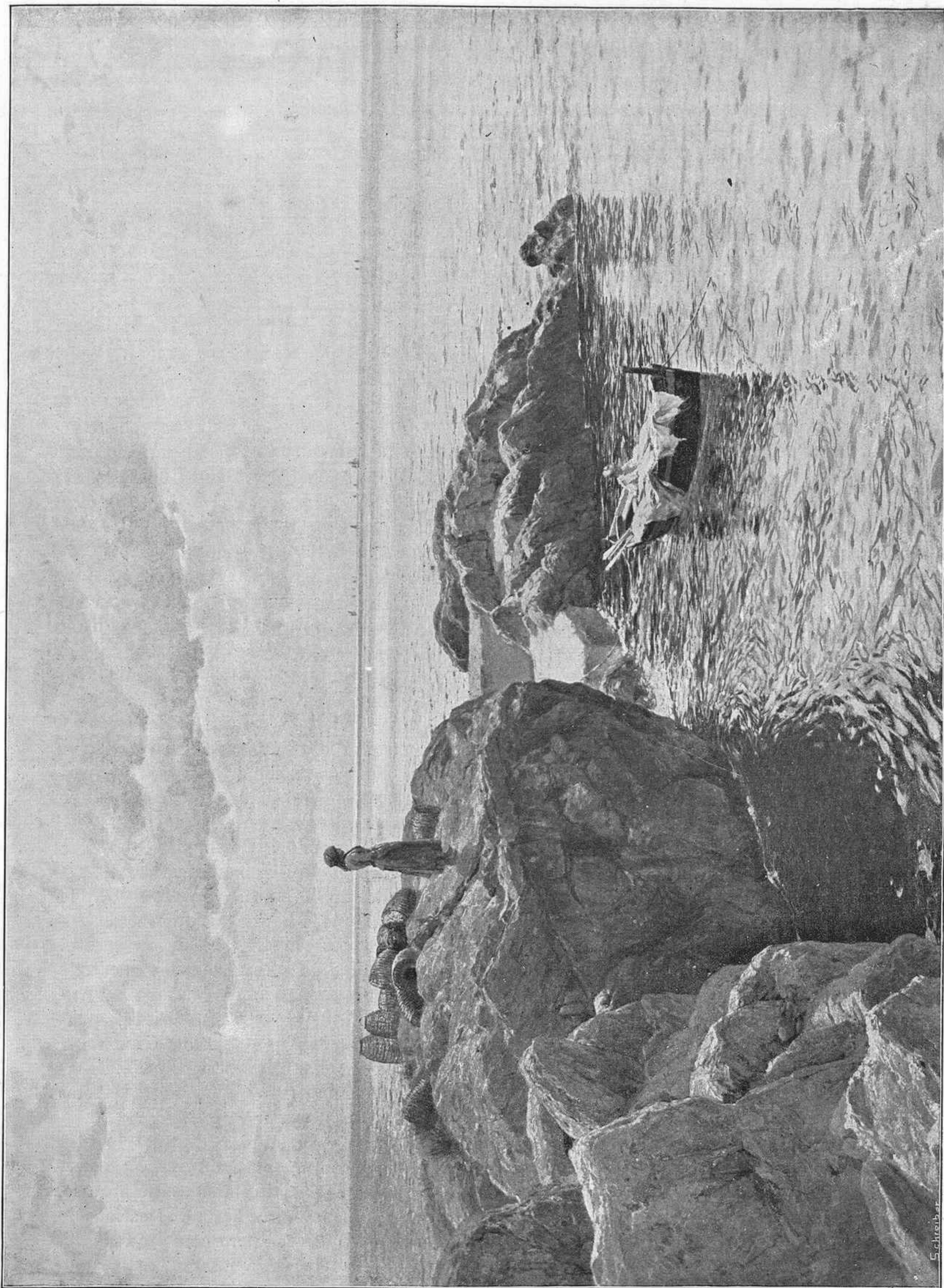
Pronto, madre mía,
 Sé que has de dejarme,
 Sé que has de ir muy lejos, donde ya más nunca
 Tornes del viaje;
 Sé que ya tus ojos
 No habrán de mirarme;
 Sé que ya tu cara, tus manos, tu cuerpo,
 Serán sombra y aire;
 Sé que por la vida, lo mismo que un loco,
 Iré sin hallarte,

¡Tú, el único pecho que bien me ha querido!,
 ¡Tú, mi amor, mi sueño, mi vida, mi madre!
 ¡Qué dolor inmenso pensar en que pronto
 Tragaré la tierra lo que fué tan grande,
 Lo que fué el delirio de mi vida entera,
 Lo que dió á mi cuerpo espíritu y sangre!
 Con sonar á hueco bajará á la tumba
 La espantosa caja que su forma guarde,
 Y de aquellos ojos quedarán dos cuencas,
 De sus dos oídos dos mudas señales,
 De sus manos santas huesos pavorosos,
 De su pecho noble fúnebre cordaje,
 De su boca pura desdentada grieta
 Donde las arañas cuelguen sus telares,
 De su cabellera pálida ceniza,
 De su casta frente polvo impenetrable.
 ¡Nunca, nunca, nunca, me veré en sus ojos!
 ¡Nunca, nunca, nunca, besaré su imagen!

Con valor inmenso
 Tienes apartado
 El sudario triste que habré de ponerte
 Por tu propio encargo.
 Es humilde y pobre,
 Es sencillo y blanco,
 Como si á unas fiestas de luces divinas
 Te hubiesen llamado.
 Hablas de la muerte
 Con dulce entusiasmo,
 Y yo, que te escucho, noto que mis huesos
 Se rompen de espanto.
 Te pondré, si mueres,
 Por traje sagrado,
 Un vestido negro de sedas y blondas
 Que despide rayos.
 Un ramo de lirios
 Te pondré en las manos
 Que parezcan hechos de hostias virginales
 Y cisnes nevados.
 En torno á tu cuello
 Colgaré el rosario
 Con que duermo siempre, porque me lo diste
 Un día, llorando.
 Con mis labios puros
 Cerraré tus párpados,
 Y un millón de luces entre tus pestañas
 Dejaré temblando.
 Luego haré de besos
 Un velo bordado
 Que echaré á tu forma como si mi alma
 Fuese tu sudario.
 Después, la locura
 Llevaré en el cráneo
 Como un billar negro que vaya en mi frente
 Por toda la vida pegando porrazos.

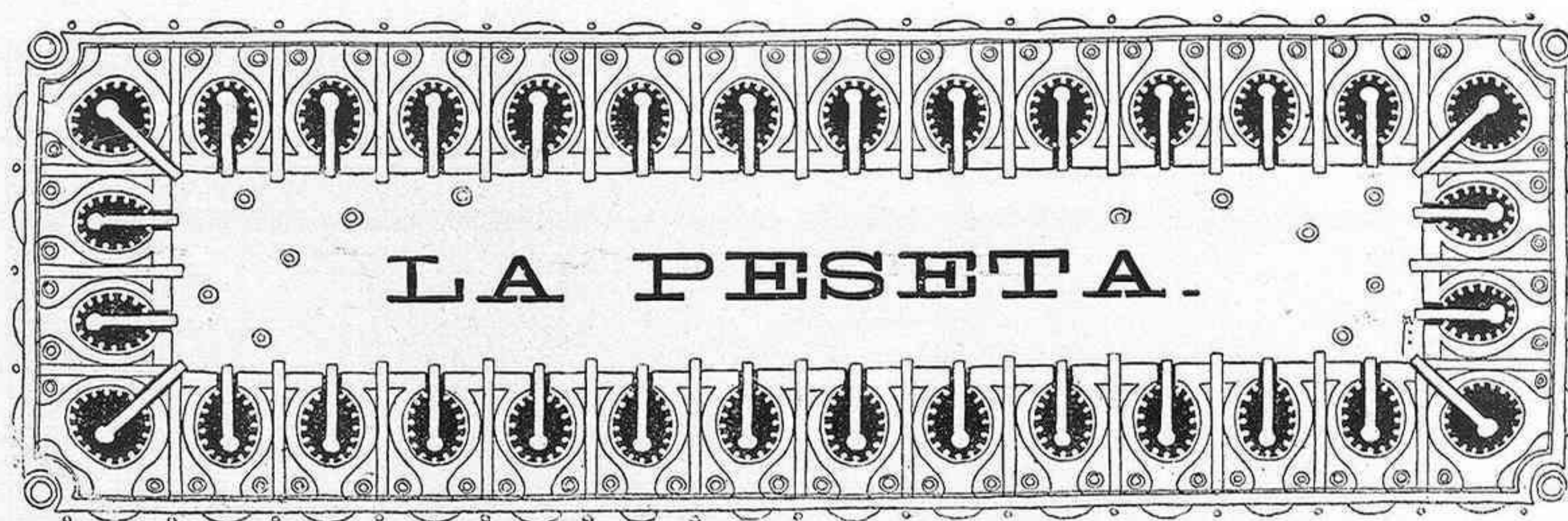
SALVADOR RUEDA.

Madrid, 1902.



MARINA.
Por Bohne.

Schreib



LA PESETA.



INTELIGENTE y guapo, más hablador que un carnaval, y alegre cual mañana de Abril, era Paco, hijo de un modestísimo empleado que, imponiéndose superiores esfuerzos á sus menguados recursos, le costeaba la carrera de ingeniero, sobrellevando alegremente apuros y privaciones, porque el muchacho, descollando entre sus compañeros, veía ya próxima la época de terminar brillantemente los estudios.

La habitual estrechez de aquella casa llegaba á un punto que en miseria rayaba en inverosímil economía, indispensable para hacer frente á cargas superiores á los medios de levantarlas, reduciendo los gastos inevitables, y prescindiendo de todos los demás sin consentir ni el más ligero extraordinario: con la sola excepción de la peseteja de los sábados, para que el chico, después de una semana de incesante trabajo, echara una cana al aire é hiciera ¡una calaverada! según frase de su madre. El comía á la carrera en tales días, y, más alegre que unas pascuas se escapaba al teatro.

Iba siempre al mismo: á uno en donde, por ser *moda* tales noches, se daban cita las madrileñas elegantes. Ni miraba el cartel, ni casi nunca subía al gallinero, sola localidad de él conocida, hasta muy avanzada la representación; ni, á veces, aguardaba el fin de ella para retirarse; ni se enteraba, sino á trozos, y mal, de lo que veía.

La explicación de estas rarezas era que Paco estaba enamorado de la luna: siendo aún más raro que la luna no le pusiera del todo mala cara.

¡La luna!... Ustedes juzgarán: Amelia era hija única de un grande de España, ministro y por contera millonario.

Una vez sola se habían hablado; vivían en es-

feras tan diversas que no era fácil se encontraran, sino por extraordinario evento, cual el que los hizo conocerse en un baile dado por el Director á cuyas órdenes servía el padre de Paco en el Ministerio donde el pobre señor llevaba treinta años amarrando expedientes con balduque.

Era el chico lo bastante buen mozo para que las muchachas, al mirarle, no se fijaran demasiado en la raída trama ni en el corte de quince años atrás de su *frac de familia*, y tenía Amelia edad y genio que viendo aquello no se enteraban de esto. Bailaron dos ó tres veces, charlaron por los codos, se miraron mucho más de lo justo y lo correcto: y aquella noche fué la gran efeméride en la vida de él. Respecto á ella, sería en mí indiscreción imperdonable meterme á escudriñar su corazón de quince años para sacar á plaza mis descubrimientos.

Desde entonces, por cuantos medios tuvo á su alcance procuró él verla con frecuencia, sin conseguirlo sino los domingos á la entrada y salida de misa. Cuando Amelia no se iba en coche, seguía de lejos, sin pretender ser visto, pues el contraste del lujo de ella con la propia modestia deslumbraba y avergonzaba al pobre Paco. Andando el tiempo averiguó que los sábados, cuyas noches eran las únicas que él tenía disponibles, estaba Amelia abonada á un teatro, y desde entonces la taquilla de éste se tragó todas las pesetas del estudiante sin perdonar ni una.

Limitóse primero á situarse durante los entreactos en el rincón más escondido del patio, acechando la platea de Amelia, pues desde el paraíso, y estirando el pescuezo, casi hasta dislocarlo, sólo lograba verle la coronilla; pero como indudablemente hay algo que avisa á las mujeres cuando un hombre las mira, disimulo tan grande y tal

reserva no evitaron que la muchacha se enterase de la contemplación, no pareciendo, á la verdad, desagradarle mucho, si de ello ha de juzgarse por las ojeadas, con que distraidamente y muy de tarde en tarde en un principio, correspondía á ella: apartando asustada sus azules ojos de los negros de Paco al tropezarse las miradas, pero tardando poco en volver á llevarlos dulcemente por el mismo camino, siendo menor el susto á cada nuevo encuentro.

Cuando se encaramaba él al gallinero por empezarse el acto, y una vez instalado, iba observando que cada día divisaba desde aquellas alturas algo más que el moño de la niña, quien tan pronto volvía la cabeza á un lado como á otro, ó levantábala hacia los pisos altos cual si buscara algo, dióse cuenta de que tales pesquisas se repetían en el *foyer* á la salida, hasta una noche que, al descubrirle escondidito detrás de una columna, para ocultarse de papá y de mamá, ya supo la muy pícara donde había de buscarle las demás, y adónde tenía que enviarle la última sonrisa, pues á tanto llegaban ya las cosas.

No cabe más inocente idilio; sin embargo, en él hallaba Paco felicidad para siete días. Y no se crea fuera ningún melencólico romántico; pero tenía veinte años, y sobre todo, aun teniendo cuarenta, estaba enamorado.

* * *

Acicalado y peripuesto cuanto daba de sí su pobre guardarropa; con la peseta en el bolsillo, y en él la mano, para evitar la pérdida del talismán que había de darle en tres horas de dicha un montón de felices recuerdos para llenar una semana entera; alegre como unas castañuelas, iba nuestro estudiante camino del teatro, tan preocupado con un solo pensamiento que ni advertía siquiera el horroroso frío de aquella clara noche de luna del mes de Enero, capaz de helar los mismos pensamientos en cabeza menos caliente que la suya. Corría viento suave de Guadarrama, un traidor y sutil cefirillo, muy propio de inviernos madrileños, donde á docenas venían envueltas pulmonías; y la gente, encogida y tiritona, arrebuja en capas, abrigos y mantones, apresuraba el paso para esquivar cuanto antes las caricias de aquella espantosa temperatura.

Al cruzar una bocacalle enfilada al Norte, le saludó una ráfaga helada que, colándose por bajo

de la capa, le hizo sentir el frío por primera vez desde que salió de casa. En el mismo momento, una joven demacrada y andrajosa, con un niño en los brazos, le atajó el paso, diciéndole:

—¡Señorito, una limosna por amor de Dios!

—Perdone, hermana; no llevo suelto —contestó Paco.

—¡Que hoy no he comido, señorito! —insistió ella con plañidero tono.

Nuevamente se detuvo el muchacho para repetir á la mendiga que no podía socorrerla; y al mirarla cubierta con un leve vestido de percal, pues el pañuelo de lana, hecho jirones, de que por todo abrigo disponía, lo había plegado en varios dobleces para arropar al niño, sintió en el cuerpo la impresión de aquel frío aún con mayor intensidad que un momento antes; y reparando en que, casi desnuda, la infeliz soportaba los rigores de aquella glacial noche, le apretó el alma tan dolorosa compasión que degeneraba en sufrimiento.

—¿De veras no ha comido usted nada en todo el día? —le preguntó.

—¡Por mi hijo, se lo juro! Le juro que es verdad.... Estoy helada; me muero de hambre y frío....; no podré darle el pecho; se morirá también el angelito de mi vida —contestó la portuuesa, dando diente con diente, sollozando y apretando á su hijo contra el seno.

Ante aquel infortunio se sintió Paco trastornado: los ojos se le inundaban de agua, el corazón se hinchaba hasta llenarle el pecho....

Se acordó de la peseta que en la mano tenía, y la apretó aún con mayor fuerza.... No, no.... Pensaba que gozoso daría su alimento de una semana entera antes que ella.... Pero no tenía más y aquella desgraciada madre se moría pensando en la muerte de su hijo.... Sintió un impulso irresistible que nacía de muy hondo, y no vaciló ya: sacó la mano, y al dar á la mendiga lo que en ella guardaba, dijo:

—Sólo tengo eso, hermana.

—Dios se lo pagará y le dará tanta felicidad como bien me hace.

Cuando, repuesto de su enternecimiento, echó de nuevo á andar, se preguntó el muchacho adónde iría, si con su única peseta se le habían escapado las miradas y sonrisas de Amelia.

—¡Cómo ha de ser! Tendré que contentarme con verla al bajarse del coche y cuando suba á él á la salida.

Así lo hizo, pasándose la noche á la intemperie,

pataleando, y soplándose los dedos para engañar el frío, y hacerse la ilusión de que así se calentaba pies y manos. Y todo ¿para qué?.... Para verla cruzar como una flecha, sin que ella se enterara de que él estaba allí, hecho un sorbete, desafiando pulmonías.

*
* *

Tras de mucho luchar, derrochando energías que sostuvo el cariño, los amantes platónicos de antaño, convertidos en esposos hogaño, se sacudían los importunos más pegajosos entre los concurrentes á la gran ceremonia, y entraban por primera vez en *su casa*, juntos y solos. Una vez dentro, estrechando en sus brazos á Amelia, dijo Paco, cual recordando un sueño muy lejano:

—La mendiga tenía razón; Dios le ha hecho caso.

—¿De qué hablas? ¿Qué es eso?—preguntó Amelia.

—Que hace ya tiempo, una noche, yendo camino del teatro, di mi única peseta á una infeliz que se moría de hambre; y me quedé sin verte.... Por cierto que tú recompensaste mi buena acción con unos monos de tres semanas, no mirándome en otros tantos sábados.... ¿Te acuerdas?.... Pues aquella mujer me hizo la profecía de que sería feliz. Ya ves no hice mal cambio: di una peseta, y tú me diste tu corazón cuando yo aún no tenía dónde caerme muerto.

—Eso es mentira, que tú me lo robaste.

JOSÉ DE ELOLA.



UN FESTÍN.
Cuadro de Süs.



CELOS DE HUMO.

RAIMUNDO nació y vivía en las condiciones mejores para ser feliz, y, sin embargo, era muy desdichado.

¿Por qué? Porque no tenía confianza en su mujer. ¿Merecía esa desconfianza la honesta Julia? Habíase casado enamorada, y enamorada seguía.

Pero Raimundo era un celoso verdaderamente inaguantable. Sólo una muchacha tan inteligente y sensata como Julia, y tan acostumbrada á sacrificarse á su amor, hubiera soportado con paciencia y hasta con íntima vanidad aquellos celos que ella llamaba salvas de cañón, porque si rugen y truenan, son á la vez homenaje que el amor rinde á la hermosura.

Desde la pregunta dejada caer al acaso y que parece de mera curiosidad, hasta las preguntas encadenadas, que parecen indagatoria de un delincuente; desde la queja amorosa hasta la acusación indeterminada; desde el enojo pasajero hasta la amenaza formal; desde la vigilancia racional hasta el espionaje ofensivo, todo lo hacía Raimundo, y todo lo sufría Julia con la tranquilidad de una conciencia pura y la discreción de la mujer fuerte que sabe conocer y perdonar los excesos naturales de la pasión.

Y por su parte cuidaba con minucioso esmero de evitar, no ya razones, sino ocasión ó pretexto para la suspicacia conyugal.

Decía ella que no había dejado de ser niña ni aun cuando fué mujer de su casa. Y era verdad. La potestad paterna se había prorrogado del padre al marido. ¿Salir sola á la calle? Nunca. Ni hubiera podido, porque, acostumbrada á constante acompañamiento, hasta desconocía el plano de Madrid.

¿Recibir visitas en ausencia de Raimundo? Ja-

más. Los criados sabían que no estaba en casa para nadie.

¿Hablar aparte con un hombre en sociedad? Ó no se ponía en ocasión, ó si no podía excusarla, se ruborizaba como una colegiala.

Pero con tantos miramientos y precauciones no conseguía aquietar los celos de su marido, ni evitó que las que ella llamaba salvas de cañón llegasen á ser tiros con bala.

Sucedió que Raimundo llegó una noche á su casa y se dirigió al tocador de Julia tan apresuradamente, que ni siquiera se cuidó de quitarse el sombrero. Diríase, al verlo, que, espoleado por oportuno aviso, iba á sorprender en flagrante traición á su mujer. Ella no estaba en el tocador. Estaba en su saloncito de música, entreteniendo la ausencia de su marido.

Raimundo no registró cajones ni papeles ni bolsillos, como solía hacerlo otras veces, y siempre sin resultado. Se fué derechamente á la caja de cristal y plata, donde Julia guardaba sus guantes, y sacó de ella unos blancos, que Julia había usado aquella tarde. Los olfateó repetidamente con avidez de perro que ventea la caza segura, y después los mordió con rabia.

Entró seguidamente en el saloncito donde Julia tocaba el piano, y, sin decir palabra, le refregó bruscamente la cara con los guantes.

Julia, tomándolo á broma, aunque no de buen gusto, se sonrió, apartando con dulzura su hermosa cabeza.

—No te vale. Si has de saturarte hasta que te hartes de ese olor—dijo Raimundo refregando otra vez con más violencia.

—Raimundo, ¿qué es esto?—exclamó Julia ya sentida y levantándose rápidamente de su asiento.

—¿Qué es esto? A ti toca explicarlo, que no á mí. No me engañaban mis temores ni mi olfato. ¡Niega ahora!

—Sí serán.
—Como que al dejarlos sobre tu mesita, cuando volvimos aquí, creí percibir ese olor. Y no he de-



—Efectivamente no se puede negar que los guantes exhalan un olor insoportable.

—De tabaco.

—De tabaco, sí.

—Y son los mismos que llevabas puestos esta tarde cuando te dejé en casa de tu hermana.

jado de pensar en ello toda la noche. Y por eso he regresado para comprobar si era verdad ó aprensión mía.

—Pues es verdad, y verdad que yo tampoco sé explicar—añadió Julia con la ingenuidad de su perfecta inocencia.



—Pues yo sí me la explico. Esos guantes estaban puestos en tus manos. Y esas manos traidoras han acariciado á un hombre. Y ese hombre ha traspasado á tus manos, oprimiéndolas, la fetidez de su amor impuro.....

—Y de su tabaco —interrumpió Julia con ironía punzante.

Raimundo, aunque no merecía ser tratado de mejor manera por su mujer, injustamente agraviada, se exaltó con la burla tanto, que azotó con los guantes el rostro de Julia, la cual, rompiendo á llorar, se fué á encerrar en su cuarto.

Raimundo abandonó la casa resuelto á divorciarse de su mujer, ya que la falta de pruebas no le autorizaba para una resolución sangrienta.

Los corazones que se han amado de verdad quedan trabados para siempre. Aunque el estallido de una querrela amorosa separe los cuerpos, las almas siguen en convergencia. Sólo que en los días de dulzuras convergen en el amor, y en los días amargos en el aborrecimiento, ese aborrecimiento tan pronto en llegar como en convertirse en reconciliación. No hay enamorado que no haya aborrecido algún momento con tanta fuerza como ama. Raimundo aborrecía á Julia por traidora; Julia á Raimundo por injusto.

Los dos esposos pasaron aquella noche pensando en la imposibilidad de vivir maritalmente, pero al fin pensando uno en otro.

Raimundo lloraba de ira por no haber sorprendido á la infiel para matarla.

Julia lloraba el infortunio que se le venía encima por camino tan extraño.

Ambos se desesperaban por acertar el enigma, que era para él acertar quién sería el amante; para ella acertar cómo y de dónde aquel maldito olor de tabaco había llegado á sus guantes.

Y ni uno ni otro daban con ello.

Así pasaron algunos días; el matrimonio parecía definitivamente deshecho. Una tarde los esposos coincidieron en un pensamiento: el de ir á casa de la hermana de Julia. La atracción misteriosa de los amores les hacía converger siempre en un mismo punto.

Julia iba á contar sus penas á su hermana. Raimundo á buscar la pista del soñado amante.



El día del delito supuesto, el día de autos, Raimundo asistía á un banquete político, y Julia, por no quedarse sola, había comido con su hermana Gertrudis.

A la comida, puramente familiar, no asistió más hombre que el de la casa, un señor ya maduro y que no fumaba.

Esto declaró la hermana, sin tranquilizar á Raimundo, que casi la llamó encubridora de la infidelidad.

La declaración empeoró la causa. Si el marido no fumaba, el olor tenía que proceder de otro



hombre, y ese no podía ser Raimundo, puesto que precisamente aquel día no comió con su mujer.

Y no cabía el negarlo; el olor era tan evidente y tan fuerte, que duraba todavía á pesar del tiempo transcurrido.

Todo, pues, conspiraba contra la infeliz Julia, de quien ya empezó á sospechar hasta su propia familia.

La entrevista de los esposos y los hermanos parecía preparada por el demonio para acabar en una discordia general.

Las acusaciones, amenazas y violencias se enredaban, y mientras, Raimundo, que era gran fumador de pipa, no dejaba de encenderla y chuparla.

Los buenos fumadores entretienen sus inquietudes y espantan sus males con el tabaco. Y esta mala condición del vicio resolvió, afortunadamente, la cuestión, cuando ya iban á tirar cada uno por su lado, después de la reñida conferencia.

Gertrudis, mujer observadora por naturaleza, y serena y desapasionada porque la cuestión no iba con ella, se cuadró ante la puerta del gabinete, é impidiendo la salida, dijo:

—De aquí no salís peleados. ¿Conque por no recordar los sucesos va á disolverse una familia y á morir la felicidad de toda vuestra vida? Vamos á ver: ¿qué hicisteis aquel día?

—Acompañé — respondió Raimundo — á esa mujer á tu casa, confiándola á tu honradez, que la descuidó malamente.

—Bueno, bueno. Y aquí permaneció con nosotros hasta que volviste por ella.

—Y la acompañé á nuestra casa, y al llegar ya advertí el olor.....

—Y cuando salisteis de aquí ¿llevaba puestos los guantes?

—No — dijo Julia, — me los quité para comer, dejándolos con mi sombrero en este mismo gabinete. Y al salir, como yo no uso bolsillo, se los entregué á Raimundo para que los guardara en el de su gabán.

—Y se los guardó en la mala compañía de estos chirimbolos de fumar.

Y, diciendo y haciendo, Gertrudis metió la mano en el bolsillo de Raimundo, y sacó de él una bolsa de tabaco y una pipa ennegrecida.

—¡Majadero! ¿Habían de oler á rosas, si estuvieron más de una hora en contacto con esta asquerosidad? ¡Majadero y remajadero!

Julia, llorando de alegría, abrazó y besó á su salvadora.

Raimundo quedó tan corrido y avergonzado de su ridículo papel, que casi sintió que su mujer no le hubiera engañado de verdad. Tal es el orgullo humano, que á veces prefiere ser engañado á engañarse.

Gertrudis rompió la pipa, y echó la bolsa al fuego de la chimenea, diciendo á Raimundo:

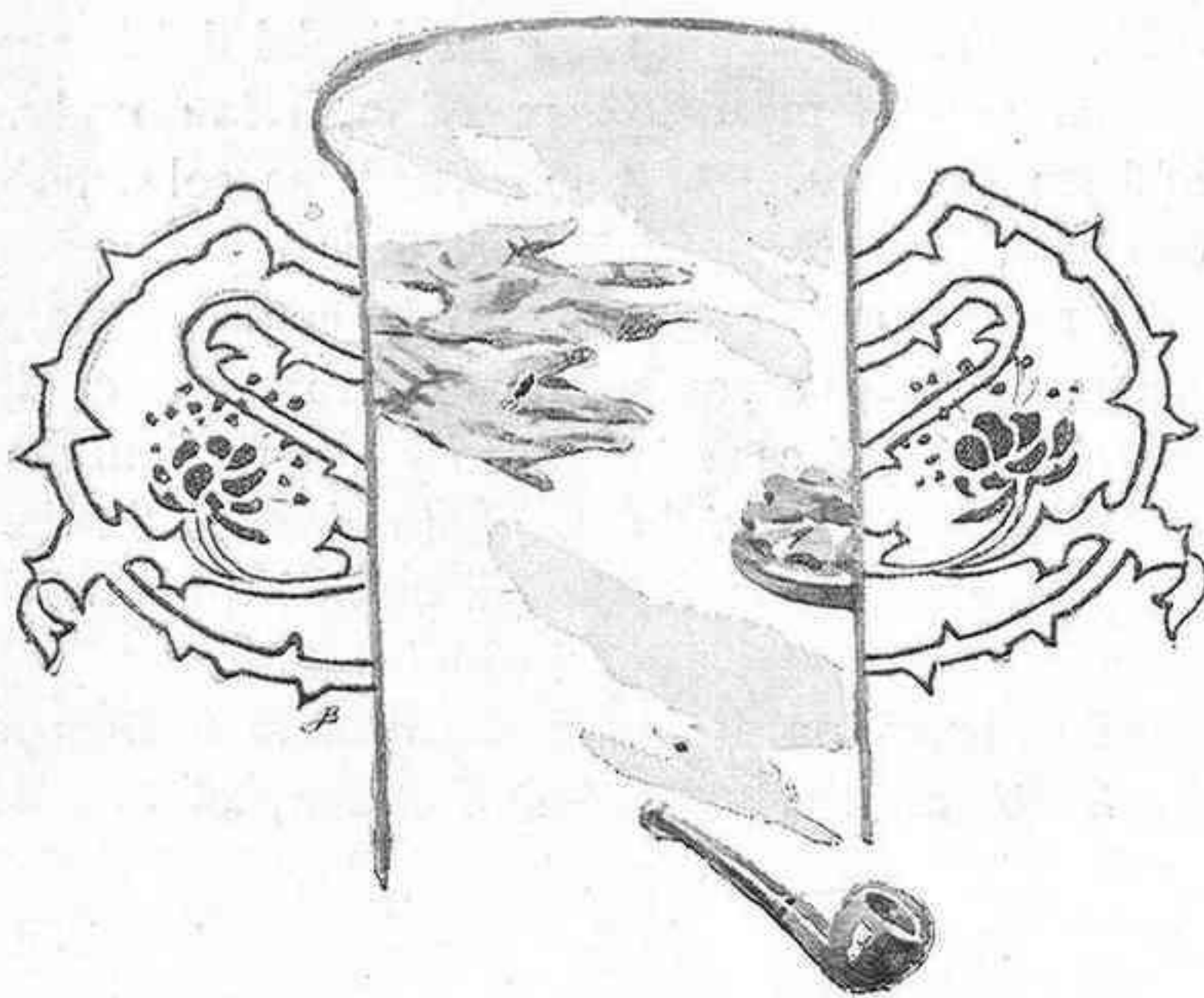
—Para castigo de tu tontería, se te prohíbe el tabaco.

—No fumaré más. Es una garantía de mi honor, porque de ese modo, si los guantes de mi mujer vuelven á fumar, no podréis decirme que es de mi tabaco.

Y después de este rasgo de celoso impenitente, dió el brazo á Julia, y ambos regresaron á su casa.

Esta historia, trivial y desustanciada á primera vista, contiene su substancia y su moraleja, y es la de que las desventuras, sobre todo las de los celos, salen casi siempre de nosotros. Los espejismos salen de los ojos de la cara, y los ojos del alma tienen también sus espejismos.

EUGENIO SELLÉS.



LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Arsenal, 18, Madrid.

Madrid, 30 de Septiembre de 1902.

Año LXXI.—Núm. 36.



1 y 2.—Trajes para recepción y comidas.

Núm. 1.—De paño ligero bordado. Cuerpo con berta bordada y con *choux* de encaje delante. Mangas fruncidas y huecas sobre un gran puño adornado con pequeños pliegues y botones de fantasía. Cuello con bisés. Falda bor-

dada, con pequeños pliegues rectos. En los intervalos á los lados, en el cuello y en el delantero, motivos bordados.

Núm. 2.—De crespón de la China. Cuerpo drapeado y con ajuero de moaré bordado formando estola. Mangas

cortas plegadas en la parte alta y anchas por abajo, adornadas con guipur. Falda guarnecida con piquillo de encaje formando un trébol y una guirnalda de rosas de muselina colocadas en forma de V.

AÑO LXII

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **36** pesetas;
Seis meses, **18**; Tres meses, **9**;
Un mes, **3**.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;
Seis meses, **12**; Tres meses, **6**;
Un mes, **2**.

TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;
Seis meses, **9**; Tres meses, **4,50**;
Un mes, **1,50**.

CUARTA EDICIÓN

Un año, **12** pesetas;
Seis meses, **6**; Tres meses, **3**.
Un mes, **1**.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **40** pesetas;
Seis meses, **21**; Tres meses, **11**.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;
Seis meses, **12**; Tres meses, **8**.

TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;
Seis meses, **9**; Tres meses, **5**.

CUARTA EDICIÓN

Un año, **14** pesetas;
Seis meses, **7**; Tres meses, **4**.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración. Arenal, 18, Madrid.



Feit:
J. M. Lumbroso

A. G. 22